COMUNIDAD Y COMUNISMO EN RUSIA

Jacques Camatte

COMUNIDAD Y COMUNISMO EN RUSIA

Jacques Camatte

Tomado de la edición original:

Jacques Camatte – Comunidad y comunismo en Rusia
Colección: «Lee y Discute». Serie V, núm. 60.
Edita: ZERO, S. A. Máximo Aguirre, 5. Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. Lérida, 80. Madrid-20.
Traductor: Manuel Higuero.
Edición Madrid, España diciembre de 1975.

Título original:
Bordiga et la revolution russe: Russia et necessité du communisme (Invariance, núm. 4) 1974 Jacques Camatte, Brignoles

Primera edición y digitalización en México
Proyecto Espartaco
CDMX
2020

La reproducción de este libro,
a través de medios ópticos,
electrónicos, químicos, fotográficos
o de fotocopias, es alentada por los editores.

COMUNIDAD Y COMUNISMO EN RUSIA

Jacques Camatte

NOTA EDITORIAL

Marx y Engels se mantuvieron a lo largo de toda la vida creyendo y esperando una revolución socialista inminente. La crítica burguesa suele decir que se equivocaron, al extrapolar del capitalismo como modo de producción tensiones y tendencias propias solamente de algunas formaciones sociales determinadas o, a lo más, propias en general del modo de producción capitalista en el momento de su afirmación y de su primer impacto revolucionario contra la realidad económica y social preexistente (cf. Werner *Sombart: Der proletarische Sozialismus*, Jena, 1824). Habrían confundido una simple enfermedad infantil con la crisis final del nuevo modo de producción.

Los marxistas «ortodoxos» y también incluso algunos revisionistas, se limitan a diferir en el tiempo la verdad de las afirmaciones de Marx y Engels: éstos, dentro de una compresión formalmente correcta de las modalidades de funcionamiento del modo de producción capitalista, simplemente habrían subestimado su fuerza vital y su capacidad de adaptación a nuevas circunstancias.

La debilidad de esta posición está en el planteamiento de una cuestión que es política y teórica, como si fuera un problema filológico interpretativo, repitiendo el equívoco de la «ortodoxia» de la Segunda Internacional, que pretendía resolver el problema político de la fase ascendente del capitalismo monopolista a través de la demostración textual del hecho de que en ningún lugar habría Marx establecido fechas para el hundimiento del capitalismo, y que, además, las expresiones hundi-

miento y teoría del hundimiento no forman parte de su lenguaje técnico (cf. K. Kautsky: *Bernstein und das Sozialdemokratische Programm*, Stuttgart, 1899). La fuerza de este texto de Camatte intenta ser una exposición de su comprensión dialéctica del pensamiento marxista, tan sólo posible a partir de la opción que suponga una ruptura sin contemplaciones con la ideología burguesa que intenta reproducir en el interior de la teoría del proletariado su filosofía de la Historia como lucha del «progreso» contra la «reacción», para la libertad del individuo, consistente en su autonomía creciente respecto de cualquier contexto comunitario. Una filosofía de la Historia similar considera necesariamente adquiridas por el movimiento proletario todas las negaciones ya pronunciadas por la ideología burguesa y se constituye como su opuesto, pero como un opuesto necesariamente condicionado por ellas y subordinado en su misma oposición. De este modo el socialismo se reduce conceptual y prácticamente a la extensión y generalización cuantitativa de las posibilidades implícitas en el desarrollo de las fuerzas productivas que la burguesía ya ha producido. Pero esta extensión y generalización corresponde a la dinámica misma del modo de producción capitalista: es posible realizar todas las reivindicaciones de 1848 sin el comunismo. Nada más fácil, para una filosofía revisionista, que afirmar la convergencia en la era tecnológica, de marxismo y economía burguesa o de socialismo y capitalismo. A esta tentación no se escapan ni siquiera aquellos países en los cuales, como sucedió en Rusia, como sucede aquí hoy en Italia, el proletariado se encuentra frente a una clase burguesa incapaz, por su atraso y división, de

realizar las consecuencias últimas del modo de producción capitalista; de ahí que se vea obligado a realizarlas él mismo en contra de ella. Así, también en este caso queda fuera el problema del comunismo; éste es de otra naturaleza.

En el «VI capítulo inédito» de El Capital Marx distingue entre dominio formal y dominio real del capital. El primero se realiza cuando el plus-trabajo que la clase dominante extrae de las clases subalternas es metido en el circuito del intercambio burgués y se convierte en plusvalía. En este momento el capitalismo coincide con el interés y la acción de una clase identificable de personas: la burguesía, los capitalistas. El enemigo contra el que se dirige la lucha es entonces evidente y preciso: la supresión de la clase de aquellos que se apropian de la plusvalía coincide con la emancipación de toda la sociedad, acabando con la alienación. Esta liberación es posible porque el capitalismo, en este estadio de su desarrollo, ha liberado fuerzas productivas capaces de romper el aislamiento y la competencia entre categoría y categoría, lugar y lugar, comunidad y comunidad, que constituían las características de los modos de producción precedentes, de tal manera que una forma de comunidad universal es el modo natural en el que los hombres emancipados constituyen la propia agregación social. Además, la hostilidad del proletariado al capitalismo se legitima en igual medida por el objetivo empeoramiento de las propias condiciones de vida que el campesino experimenta en su transición al estado de trabajador «libre» (libre de los medios de producción, es decir, proletario, claro) como por la separa-

ción de la comunidad vista como condición natural de trabajo y vida que esta transición implica. Es en relación a una sociedad en la cual el dominio del capital es aún en gran medida solamente formal como Marx y Engels formulan su Manifiesto revolucionario del 48.

El dominio real del capital implica, en vez de eso, que no sólo el plus-trabajo se convierte objetivamente en plusvalía, sino que la actividad productiva entera, en sus tiempos y en sus ritmos, en su organización directa como en la de toda la sociedad, que se hace funcional a la producción, está centrada en el único fin de acumular plusvalía, una cantidad creciente de plusvalía. En una sociedad así, el capitalismo tiene que sufrir una verdadera metamorfosis: se convierte cada vez más en un esquema formal, de comportamiento y de relaciones. El capitalista individual, como sujeto en función del cual y en el interior del cual se mueve el sistema productivo, sale del sistema productivo mismo: propiedad y administración del capital se separan. En este sentido la sociedad por acciones constituye una supresión del capitalismo dentro del capitalismo mismo. Donde el propietario del capital accionista es el Estado, a la administración no se contrapone ya una propiedad que haga referencia a un sujeto individual identificable: el capitalismo se conserva como esquema formal, funcional en adelante sólo a sí mismo y ni siquiera ya al interés de una minoría. Esto no equivale a equiparar a todos como víctimas bajo el dominio del capital o a negar las divisiones y desigualdades existentes entre grupo y grupo, categoría y categoría, etc., pero el sistema no vive para permitir estas desigualdades: al contrario, tolera y

estimula estas diferencias para poder perpetuarse mejor.

El capitalismo reducido a esquema formal de organización social y distribución del poder es el resultado de la revolución fallida del siglo pasado y constituye la forma histórica de la contrarrevolución de nuestro siglo que se ha subordinado al marxismo de los revisionistas y de los stalinistas, obligado a convertirse, en forma diferente, en la ideología del progreso y de la industrialización.

En esta situación, los problemas de la revolución socialista, de la transición al socialismo y de la dictadura del proletariado se plantean en términos sustancialmente nuevos: todas estas palabras se han usado para legitimar un capitalismo en interés del proletariado, o mejor, una aceptación por parte del proletariado de constituir y hacer funcionar un sistema social dominado por el modo de producción capitalista en ausencia de una burguesía individualmente identificable. Si es cierto, en general, que un capitalista es simplemente «un funcionario del capital», en la Unión Soviética esto es aún más literalmente cierto que en ningún otro lugar.

Camatte proporciona dos indicaciones para plantear este problema. La primera surge del análisis de la situación de la Rusia revolucionaria y pre-revolucionaria: centro de una acción dirigida a la instauración del comunismo aparece la forma tradicional de las comunidades campesinas rusas. Lo que el comunismo reclama, de hecho, es una nueva forma de humanidad (más que de hombre individualistamente entendido) en la que sea superada la oposición tradicional entre individual y universal, en la que el sentido de la vida sea re-

descubierto en la relación sustancial con los otros hombres en el interior de la comunidad. Precisamente esta característica, que podía constituir la aportación más importante y decisiva para la constitución del socialismo en Rusia, hace sospechar a los bolcheviques porque es irreductible de forma inmediata a una interpretación en términos de lucha de clases y de dictadura del proletariado. Se opera así una curiosa inversión: el medio (lucha de clase y dictadura del proletariado) se autonomiza respecto al fin (el socialismo y la realización de un *Gemeinwesen*, de una esencia común que le es consustancial) y se afirma en contra de él.

La primera conclusión que resulta de este análisis es la importancia de una referencia, allí donde todavía existen, a los lugares aún no revolucionados por el capital, en los que no se ha logrado la inversión entre valor de uso y valor de cambio, donde vuelve a ser el hombre objeto y fin de toda actividad productiva y no el valor de cambio y la pérdida de cualquier capacidad de goce genuinamente humano, no formalizado y abstracto. Por otra parte, el goce más abstracto es también el más burdamente materialista, «debe ser cuantificable, mensurable, productible como mercancía y funcional a la ulterior producción de mercancías... Sucede, pues, en consecuencia, que el hombre... se siente libre solamente en sus funciones animales, como el comer, el beber, el procrear, y todo lo más el habitar una casa y el vestirse, y en cambio se siente nada más que una bestia en sus funciones humanas... Cierto que comer, beber y procrear son también funciones estrictamente humanas. Pero en esa abstracción, que las separa del restante abanico de la acti-

vidad humana y las hace convertirse en objetivos últimos y únicos, son funciones animales» (Marx: Manuscritos económico-filosóficos)[1]. Los lugares en los que aún persiste una memoria del valor de uso son hoy día aquellos en los cuales la explotación capitalista alcanza el paroxismo de su intensidad: se trata de hecho, por ejemplo, de las reservas sudafricanas, en las cuales es mantenida en pie una apariencia de estructura comunitaria únicamente para reducir los costos de explotación de la mano de obra a través de diversas formas de trabajo forzado o semiforzado. Sin embargo, y a pesar de su sumisión formal, estos lugares son los que más en profundidad alimentan la rebelión y proponen una alternativa.

La segunda indicación de Camatte invita a reflexionar sobre el hecho de que contra un capitalismo que se ha hecho estructura de la persona, la rebelión sólo es posible a partir de una estructura humana revolucionada: *«l'unification de l'humanité ne peut pas non plus s'operer uniquement au travers d'une lutte entre deux élément: les hommes d'un côté (avant on disait les proletaires) l'Etat capitaliste (la classe dominante disait-on auparavant) de l'autre, mais elle doit aussi se dérouler en chacun de nous; car, tous, à des degrès diverses, nous avons été capitalisés. Si la lutte perde de son manichéisme, et de son millenarisme elle demeure toujours aussi nécessaire et deviente plus dure, plus virulente...»* (Invarience, 4, 1974, p. 61)[2]. Del nexo entre la primera

---

[1] Hay traducción española.

[2] «… la unificación de la humanidad no puede ya operarse únicamente a través de una lucha entre dos elementos: los

y la segunda indicación de Camatte surge una pregunta sobre el lugar en el cual en nuestra tradición histórica y en nuestra estructura social es practicable y posible una tal educación al comunismo, al *Gemeinwesen*, es decir, a la comunidad (¿O a la comunión?) entre los hombres.

R.B.

«Jacques Camatte defiende desde 1961 la posición de Marx, según la cual el ser humano es el verdadero *Gemeinwesen* del hombre: *"Das menschliche Wesen ist das wahre Gemeinwesen des Menschen."* En ese *Gemeinwesen* la mediación es el hombre mismo y no puede, pues, estar representada por ninguna institución del pasado y del presente, por ningún Estado y ninguna Iglesia se han constituido en el pasado como comunidades materiales del capital. El *Gemeinwesen* del que habla Jacques Camatte no puede, pues ser confundido con ningún tipo de *comunión*, cuando se requiera identificar tal comunión con las instituciones, la organización y las tradiciones de cualquier Iglesia existente.»

JACQUES CAMATTE

---

hombres, de un lado (antes se decía los proletarios), y el Estado capitalista (la clase dominante, se decía anteriormente), por otro, sino que debe también desarrollarse en cada uno de nosotros; pues todos, en diversos grados, hemos sido capitalizados. Si la lucha pierde parte de su maniqueísmo y de su milenarismo, continúa siendo tan necesaria como siempre y se hace más dura, más virulenta...»

BORDIGA
Y LA REVOLUCIÓN RUSA:
RUSIA Y LA NECESIDAD
DEL COMUNISMO

JACQUES CAMATTE

(Este trabajo fue el prólogo a un conjunto de textos de Bordiga, *Rusia y revolución en la teoría marxista*, y extractos de *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*. Pero el editor que iba a publicarlo en septiembre de 1973 no pudo. El primer texto aparecerá, sin embargo, andando ya 1975.)

CAPÍTULO I

Publicar textos de Bordiga y prologarlos puede provocar en nosotros cierto malestar. En efecto, la revolución rusa y su involución constituyen uno de los problemas de más envergadura de nuestro siglo. Gracias a ellos una muchedumbre de pensadores, de literatos y de políticos, etc., no está en paro. Entre estos, una banda de especuladores afirman que la U.R.S.S. es comunista, que las relaciones sociales han sido transformadas y que, sin embargo, los hombres viven igual que aquí, la alienación persiste. No basta transformar las relaciones sociales, hay que cambiar al hombre. Cada cual se pone en marcha a partir de este descubrimiento, se encierra en su especialidad y se pone a producir su solución sociológica, ecológica, biológica, psicológica, etc. Otros se aprovechan para probar que el capitalismo puede ser humanizado y adaptarse a los hombres reduciendo el crecimiento y proponiéndoles una ética de renuncia: contentarse con producciones intelectuales y estéticas, a la vez que restringen sus necesidades materiales y amorosas... Y al mismo tiempo esta banda pone en funcionamiento los ordenadores para anunciar el apocalipsis si no siguen sus consejos de capitalistas ilustrados. Hay otros, finalmente, que se adelantan y asienten sin más: en la U.R.S.S. no hay ni capitalismo ni socialismo, sino una cierta mezcla de los dos, «¡un coctel a la rusa!» Y se agarran a las diferentes ciencias para lanzar sobre el mercado supersaturado sus novedades.

Por eso meter a Bordiga en ese turbión activista, y meternos nosotros mismos, no tiene

más remedio que desconcertar y provocar repulsión. Sin embargo, nos parece necesario correr el riesgo de vernos arrastrados dentro de esa infamia mercantil, porque, en cualquier caso, como ya notaba Marx, «¿Puede uno no mancharse de barro en medio de las relaciones y del comercio burgués? En ese ambiente es natural que haya lodo...» (Marx a Freiligrath, 29-2-1860). Esto, por una parte. Y, por otra, tras el movimiento de mayo de 1968, el mito del comunismo ruso comienza a ser profundamente desenmascarado y cada día deprava menos el espíritu de los que buscan y luchan. En este sentido, los textos de Bordiga pueden ser útiles para pasar del mito a la realidad y facilitar la comprensión de la revolución comunista del futuro.

La revolución rusa es, desde hace ya mucho tiempo, un hecho del pasado; sin embargo, es interesante estudiar su resonancia histórica y las cuestiones que no han podido solucionar. Bordiga, que siguió tan de cerca todas las peripecias de esta revolución y sus prolongaciones multiformes, murió en 1970, pero su experiencia del fenómeno ruso conserva un carácter instructivo y apasionante.

Echaremos, antes que nada, un vistazo al ser humano que produjo esta obra que presentamos para precisar el punto de vista histórico global desde el que se mira la revolución rusa. Bordiga es conocido sobre todo a través de los juicios de Lenin, que le reprochaba su abstencionismo y lo tachaba de anarquista. Y así, para muchos, Bordiga será solamente izquierdista que desapareció de la escena revolucionaria hacia 1928. Y, superficialmente hablando, es verdad. Convencido de que es la contrarrevolución la que produce

los grandes hombres, los bufones que él llamaba «Battilocchi», se retira y se sumerge en un anonimato[3] justificado, lo que no quiere decir que abandonase el movimiento comunista. Desde 1944 a 1970 participó en la actividad del partido comunista internacionalista, el que fue a partir de 1964 Partido Comunista Internacional, y sus trabajos aparecían en periódicos como *Battaglia comunista, Il programma comunista* y en las revistas *Prometeo y Sul filo del tempo*.

Bordiga ha resumido su postura sobre la revolución rusa al final de la primera parte de *Russie et Revolution dans la theorie marxista*, que manifiesta simultáneamente su comportamiento teórico[4] fundamental y su resisten-

---

[3] Ya otras veces hemos abordado esta cuestión y hemos intentado definir la importancia histórica de Bordiga. Cf. *Invariance*, serie I, núm. 9: «La izquierda comunista de Italia y el partido comunista internacional» (en francés), así como la introducción (en italiano) a una recopilación de textos de Bordiga sobre el comunismo: *Bordiga y la pasión del comunismo*. Ed. Crimi-Vecchia Talpa, c/o Fasano, Apartado postal 231-80100, Nápoles, Italia.
Algunos textos de Bordiga han sido traducidos al francés en *Programme communiste*, en *Le fil du temps* y en *Invariance*. Las traducciones publicadas en las dos primeras son frecuentemente inexactas, no en el sentido de traducción mal hecha técnicamente, sino en cuanto que los traductores se han creído obligados a suprimir lo que no les convenía o añadir lo que les parecía.
A fin de evitar la multiplicidad de notas, advertimos al lector que los temas abordados en este estudio, a veces meras alusiones, han sido tratados de manera más o menos exhaustiva en la revista *Invariance*.

[4] Hablamos de comportamiento teórico por no separar la teoría de la práctica. Debe tenderse cada vez más a tener una actividad global en la que se integren todas las manifestaciones humanas.

cia absoluta a la duda. El hubiera definido al revolucionario como aquel que no es permeable a la duda, y no a la duda heurística, que no es en definitiva una argucia de la razón, según Hegel, como meter entre paréntesis la certidumbre, sino a la duda que consiste en dejarse penetrar por el poder adverso, dejarse invadir por la ideología del ambiente y permitir que la muerte nos impregne abandonando todo entusiasmo y todo perspectiva revolucionaria; lo que se concreta en dejarse llevar por las corrientes en vigor y en la aceptación de las fórmulas reinantes.

Bordiga ha escrito mucho sobre la revolución rusa; su actividad, en gran parte, ha estado condicionada por la necesidad de defenderla, aunque por otra parte declara en 1951:

> «El análisis de la contra-revolución en Rusia y su reducción a fórmulas no es un problema central para la estrategia del movimiento proletario en su nueva puesta en marcha que esperamos, ya que no es la primera contra-revolución, ya que el marxismo ha conocido y estudiado muchas.» (Reunión de Nápoles.)

Toda su actividad tendía a ir más allá de la revolución rusa, a plantear la revolución futura, aunque puede asegurarse que en definitiva no llegó a romper el cordón umbilical que le unía a esta revolución.

En 1917 se puso inmediatamente a favor de los bolcheviques, sin conocer todavía la totalidad de los acontecimientos, y, en algunos casos, llegó a prever las medidas que se iban a tomar. La revolución no le sorprendió

ni provocó en él un poner en tela de juicio el marxismo, sino que fue para él una confirmación luminosa. Le preocupó fundamentalmente la preparación del partido, tanto en Italia como en el resto de Occidente, en orden a conseguir el mismo objetivo que los bolcheviques: la toma de poder. Este punto de vista es el que determina la polémica sobre la creación de los soviets. Él pensaba que estos últimos nacen en el momento de la revolución, pero en Italia, sobre todo en 1917, había que facilitarla y dirigirla, y el órgano de clase esencial para ello era el partido. Además, él constataba que los soviets, muchas veces, partían de una concepción anarcosindicalista: el proletariado crea órganos que sustituyen –estando aún en pie el modo de producción capitalista– las organizaciones del capital (cf. sus artículos de 1919-1920 en *Il soviet*).

Desde 1919 Bordiga considera que se había perdido una gran ocasión revolucionaria, que la fase revolucionaria había pasado. Había que reforzar el partido y prepararse a resistir la ofensiva de la derecha que intentaría destruir las fuerzas socialistas. Sus intervenciones en la Internacional Comunista van orientadas en pro de una potenciación del partido, y reclaman que se adopten medidas a fin de que todos los partidos de la Internacional tomen posturas puramente marxistas; de ahí su papel en la adopción de las 21 condiciones, dos de las cuales fueron escritas bajo su inspiración, porque, para afrontar la lucha a escala mundial, había que mantener posiciones de clase claras, netas y sin equívoco de ninguna clase.

Más tarde, en plena fase de retroceso, cuando la IC (Internacional Comunista) inten-

ta reemprender una actividad revolucionaria de cara a las masas (frente único) y bolchevizar a los P.C. nacionales, Bordiga se rebela contra todas estas formulaciones, considerándolas medidas de camuflaje del repliegue y manifestaciones evidentes de una nueva ola de oportunismo. Sin embargo, aún no pone en cuestión el carácter proletario de la revolución rusa ni su carácter socialista; él veía particularidades, pero no habló como el K.A.P.D. (Partido Comunista Obrero de Alemania, que lo hizo desde 1922) de «revolución burguesa hecha por los comunistas» (principio que determina el antagonismo entre el gobierno de los soviets y el proletariado) ni de la dualidad de esta revolución:

> «La Tercera Internacional es una creación rusa; una creación del partido comunista ruso. Se creó para sostener la revolución rusa, una revolución en parte proletaria, en parte burguesa.» (*Tesis de la Internacional Comunista Obrera.*)

Y así, cuando Korsch le envía la *Plataforma de la Izquierda*, le responde[5]:

> «No se puede decir que "la revolución rusa sea una revolución burguesa". La revolución de 1917 ha sido una revolución proletaria, aunque no sea acertado generalizar sus lecciones de "táctica". Hoy se plantea la cuestión de saber lo

---

[5] «Plataforma de la Izquierda», que se adoptó en Berlín el 2-4-1926 tras una conferencia nacional de la extrema izquierda, y que se publicó en un folleto, *Der Weg der Komintern* (El camino del Komintern).

> que sucede a una dictadura proletaria en un país si la revolución no se extiende a todos los demás. (...) Se diría que excluís la posibilidad de que el partido comunista tenga una política que no conduzca a la restauración del capitalismo. Lo que supondría una justificación de Stalin o la aceptación de la inadmisible política que propugna la "renuncia del poder".» (28-10-1926.)

Lo que quiere decir que durante todo este periodo no se pronuncia sobre la cuestión de la naturaleza social de la U.R.S.S. Porque para él lo esencial —y esto lo han comprendido pocos de sus críticos– era la naturaleza del Estado ruso y la clase que estaba en el poder. Y esto lo dice el programa y la acción del partido que dirige el Estado. Bordiga piensa que el partido ruso no debería haber dirigido el Estado él solo, sino la Internacional. Por eso el debate de 1926, que terminó con el triunfo de la teoría del socialismo en un solo país, es crucial para él, porque manifiesta una transformación capital del Estado, que ya no puede llamarse proletario, al no estar al servicio de la revolución mundial. Sin embargo,

> «no se puede decir por las buenas que Rusia sea un país que tiende hacia el capitalismo». (*Ibídem*.)

Sólo después que la Unión Soviética se ponga al lado de las democracias occidentales será cuando Bordiga afirme que ha triunfado realmente la contra-revolución y que el capitalismo se levantaría en la U.R.S.S.

Y si el capitalismo tiende a triunfar, ¿Cómo, entonces, caracterizar a la U.R.S.S., y, por

otra parte, a partir de qué se ha desarrollado el capitalismo? ¿Ha habido retroceso, es decir, ha habido un momento en que tendría que haber surgido el socialismo y, a pesar de todo, se ha reinstaurado en Rusia el modo de producción capitalista? En este debate, que se desarrolla ampliamente desde 1945, Bordiga mantiene su tesis política, aunque habla aún de caracteres socialistas de la economía en «La Rusia soviética desde la revolución hasta nuestros días» (1946). En este mismo artículo, a la cuestión planteada de ¿Cuál es la clase que está en el poder en la U.R.S.S.?, responde:

> «En efecto, la clase que explota al proletariado ruso –y que quizá en un futuro no lejano se manifestará con evidencia– en el interior del país está constituida hoy claramente por dos formas históricas: el capitalismo internacional y esa misma oligarquía que domina dentro del país, sobre la que se apoyan los campesinos, los comerciantes, los especuladores enriquecidos y los intelectuales ávidos de los favores del más fuerte.»

Todo el artículo pone de manifiesto la perspectiva internacional de Bordiga y la importancia que da el factor político, es decir, a la capacidad que puede tener un Estado proletario a la hora de aplicar medidas encaminadas a sentar las bases del socialismo. En cuanto a la clase dominante, la caracteriza en otros artículos como un conjunto de empresarios camuflados, lo que no le impide hablar también de burocracia, pero sin considerarlo como un grupo social determinante ni como

una clase dominante, cual hiciera Chaulieu. Se ven las dificultades con que tropieza cuando intenta delimitar la existencia de esa clase. Tendría que intervenir mucho más en el debate sobre la naturaleza social de Rusia, en la que algunos veían un capitalismo de Estado dentro del cual el Estado sería omnipotente y podría dirigir al capital, y otros veían un capitalismo burocrático (Chaulieu, en *Socialisme ou barbarie*, núm. 2), y sobre el papel de la U.R.S.S. en la relación de fuerzas internacionales. La mayoría de los revolucionarios de «izquierda» tendían a considerar a la U.R.S.S. como el centro de la contrarevolución, puesto que el capitalismo de Estado o el capitalismo burocrático era, a su parecer, una forma de dominación del capitalismo mucho más poderosa y más perfecta que la que puede darse en Europa occidental e incluso en los EE.UU.

Buscando una respuesta, Bordiga comienza a redactar *Propiedad y capital*, donde entre simples repeticiones leninistas aporta elementos verdaderamente fundamentales para una explicación, contribuyendo con ello a una clarificación del futuro de la sociedad rusa. En el capítulo «Tendencia moderna de la empresa sin propiedad, adjudicaciones y concesiones» afronta una cuestión sobre la que volverá más tarde en *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, y afirma:

> «El Estado moderno no ha tenido nunca en realidad una actividad económica directa, sino que siempre ha delegado por medio de adjudicaciones y concesiones en los grupos capitalistas.» (*Prometeo*, núm. 1, serie II, p. 22.)

Se ve clarísima la crítica positiva a la teoría del capitalismo de Estado y de la clase burocrática. Y con mayor precisión en el capítulo «Intervencionismo y dirigismo económico como manejo del Estado por parte del capital»:

> «No se trata de subordinación parcial del capital al Estado, sino de una subordinación ulterior del Estado al capital.» (*Ibídem*, p. 24.)

Por fin analiza «Las fases de la transformación en Rusia después de 1917», donde se plantea la cuestión de la clase dominante en Rusia:

> «La dificultad de determinar físicamente el grupo de hombres que constituyen esta burguesía, que no se ha formado espontáneamente, y que en la medida en que se formó bajo el zarismo fue destruida después de octubre de 1917, no deja de ser un grave problema por el modo de pensar democrático y pequeño-burgués con que los supuestos dirigentes de la clase obrera han infectado la conciencia de ésta durante decenios.» (*Prometeo,* número 4, serie II, p. 123.)

Era, pues cuestión de saber quién representa los intereses económicos capitalistas. Es natural que Bordiga chocase con esa forma de pensar burguesa en su versión arcaica, es decir, democrática: todo lo que existe, todo lo que se manifiesta, tiene que ser representado, necesita un intermediario entre él y los que lo contemplan: es como delegar la exis-

tencia en el intermediario de cara a los que tienen que constatar y estudiar a ese ser que existe. Para Bordiga, hombre fundamentalmente antidemocrático, el intermediario no tenía la menor importancia; sin embargo, para la mayoría de los que se preocuparon de Rusia, la burocracia fue la elegida para llenar su vacío. Bordiga muestra, por el contrario, su dependencia de los hombres de negocio.

> «A medida que las empresas burguesas se transforman de personales a colectivas, anónimas y en definitiva "públicas", la burguesía que nunca ha sido una *casta*, sino que surge como defensora del derecho de la igualdad virtual y total, viene a ser "una red de núcleos de intereses que se constituyen dentro del radio de acción de cada empresa". Los personajes de esa red son sumamente variados; no son tanto propietarios o banqueros o accionistas, sino más bien negociantes, expertos en economía, *business-men*. Una de las características del desarrollo de la economía consiste en que la clase privilegiada está compuesta de un material humano que cambia y fluctúa cada vez más (el rey del petróleo que fue portero y cosas así).
> Esa red de intereses y de personas, más o menos visibles, tienen, como en todas las épocas, relaciones con la burocracia del Estado y con los "círculos políticos" sin que lo parezca directamente.
> Por encima de todo, y por supuesto, dicha red es "internacional": hoy no existen ya clases burguesas nacionales, sino burguesía mundial. Hay, eso sí, *Estados nacionales* de la clase capitalista mundial.

> Uno de ésos es hoy el Estado ruso, aunque tenga alguna originalidad histórica propia. Es el único que ha surgido de dos revoluciones coronadas por la victoria política de los insurgentes; es el único que se ha replegado de la segunda meta revolucionaria a la primera, aunque aún no ha terminado esta última del todo: hacer de toda Rusia un área de economía *mercantil* con profundas consecuencias sobre Asia.» (*Ibídem*, p. 123.)

En cuanto al papel de la U.R.S.S. a escala mundial, Bordiga afirmaba que el centro de la contra-revolución se encontraba no en la U.R.S.S. sino en los EE.UU., que pueden intervenir por sí mismos y a través de la O.N.U., y en su polémica con Damen[6], para entenderse, decía gráficamente:

---

[6] Antiguo miembro, vivo aún, de la izquierda italiana, fue diputado comunista antes de la II Guerra Mundial, defendió activamente durante ella la tesis de la transformación de la guerra imperialista en guerra de clase y fue uno de los principales fundadores del partido comunista internacionalista en 1943 (Bordiga no tomó parte: no estaba de acuerdo en la oportunidad de crear dicho partido). Una de las causas de la escisión de 1952 fueron sus desacuerdos con Bordiga, en particular los que se referían a la cuestión rusa y al desarrollo del movimiento obrero después de la guerra. Una parte del partido se convertía en el partido comunista internacional (con Bordiga) y la otra conservó su antiguo nombre (con Damen) y siguió publicando el diario *Battaglia comunista* y la revista *Prometeo*. Damen, por su parte, publicó un folleto titulado *A. Bordiga: validez y limites de una experiencia* (Milán, 1971). El mismo año apareció otro libro dedicado al mismo asunto, de un autor que no estaba en ninguno de los movimientos indicados: *Amadeo Bordiga*, de Andreina de Clementi (Ed. Enaudi).

> «... quitemos a Baffone (Stalin) de Moscú y, por no tomarle el pelo a nadie, pongamos a Alfa en su lugar (Bordiga). Truman, que está a la expectativa, se presentará a los cinco minutos». (Carta a Damen, julio de 1951, citada en O. Damen: *Amadeo Bordiga*, E.P.I., Milán, 1971, p. 46.)

Bordiga ve el triunfo fundamental de la contra-revolución en el hecho de que los stalinistas hayan ayudado a los EE.UU. después de la guerra del 39-45, la U.R.S.S. fue comprada con los dólares americanos; y lo mismo pasaría, dice, con China después de la guerra de Corea.

Todo esto fue expuesto en forma de tesis después de la reunión de Nápoles (1951) del partido comunista internacionalista: «Enseñanzas de las contra-revoluciones. Revoluciones dobles. Naturaleza capitalista revolucionaria de la economía rusa». Para algunos era algo escandoloso calificar de revolucionaria a la Rusia de 1951. Para él, ha habido y hay otras revoluciones, además de la que nosotros tenemos que hacer, la revolución comunista: así lo confirma en *Rusia y revolución en la teoría marxista*. Supuesto que esta revolución comunista no ha surgido ni existen claros síntomas de que se avecine, es evidente (para Bordiga) que la generalización del Modo de Producción Capitalista (MPC) en la U.R.S.S. y en Asia es un fenómeno revolucionario, como lo había sido el desarrollo del capital en Europa en 1848, según la afirmación de Marx.

Por tanto, si ahora se considera que la revolución rusa no ha parido, en definitiva, más

que el Modo de Producción Capitalista, es imprescindible, por lo pronto, determinar los caracteres de la sociedad rusa, así como los de la clase dominante. En el fondo, las cuestiones se repetían incansablemente, porque el análisis que se hacía no llegaba hasta el punto esencial del proceso del capital ni abordaba sus más recientes tendencias; por eso Bordiga tiene que recurrir a Marx para precisar el fenómeno ruso.

> «No cabe dentro del materialismo la visión que se pierde cuando no encuentra en primera línea y en persona a los capitalistas. El capitalismo es una fuerza impersonal ya que en el joven Marx. Es verdad que el determinismo no tiene sentido sin los hombres, pero los hombres son su instrumento, no su motor.» «Brújulas locas», en *Battaglia communista*, núm. 20, 1951.)

El debate giraba, y sigue girando aún, en torno a la definición del capital. En «Homicidio de los muertos» (*Battaglia communista*, núm. 23, 1951) recuerda que para Marx el Modo de Producción Capitalista se caracteriza por la producción de plusvalía, por el hambre de sobre-trabajo («El capital hambriento de sobre-trabajo», *El Capital*, Ed. Soc., t. 1, p. 231), y a partir de ahí afronta el «nuevo capitalismo de Estado».

> «Aunque el capital constante se reduzca a *cero*, el gigantesco desarrollo del beneficio capitalismo permanece en pie. Lo que equivale a decir que el beneficio de la empresa se mantiene, aunque se prive

> al capitalista del inconveniente de conservar el capital.
> Esta hipótesis se encarna hoy en la realidad del capitalismo de Estado. Transferir el capital al Estado no es más que reducir a cero el capital constante. No cambia nada en la relación entre empresarios y obreros, ya que ésta depende de las magnitudes capital variable y plusvalía.
> ¿El análisis del capitalismo de Estado es una *novedad?*
> No abandonaremos a Marx sin proporcionar, aparte de la fórmula fría, un pasaje ardiente:
> "El capital es trabajo muerto, y como el vampiro no vive sino chupando el trabajo vivo, y su vida es más pujante mientras más puede chupar."»

Sobre esta base, Bordiga desarrolla el tema, sobre el que vuelve con frecuencia, concerniente a la relación entre capitalismo de Estado, negocios y explotación especulativa de las catástrofes naturales (definiendo la economía italiana como especialista de la economía de la calamidad), y muestra hasta qué punto el capital, cuando está en pleno desarrollo, no es más que gansterismo generalizado, delincuencia universal, y demencia, añadiríamos nosotros.

> «Para explotar el trabajo vivo, el capital tiene que aniquilar el trabajo muerto. Ansiando chupar sangre joven y caliente, chupa los cadáveres.»

Pues sólo destruyendo el capital constante (y particularmente su parte fija) es posible provocar nuevos procesos de producción

donde el capital pueda saciar de nuevo su hambre de sobre-trabajo.

Por otra parte, en *El diablo en el cuerpo* responde a la cuestión de cuál es la clase dominante, tomando como base también una análisis hecho por Marx en el primer libro de *El Capital*.

> «El capitalista, en persona, ya no nos hace falta; el capital vive sin él y cumple su función cien veces mejor. El sujeto humano ha llegado a hacerse innecesario. ¿Una clase sin individuos que la compongan o el Estado al servicio no de un grupo social, sino de una fuerza impalpable obra del espíritu o del diablo? Remitimos la ironía a nuestro viejo Marx; he aquí la cita prometida: "El capitalista, cuando transforma el dinero en mercancías que se convierten en elementos materiales de un nuevo producto, al incorporarles la fuerza de trabajo viva, transforma el valor del trabajo pasado, muerto, objetivado, en capital, valor que se revaloriza por sí mismo como un monstruo vivo que obrara como si tuviese el demonio en el cuerpo" (t.1, p. 195).»

En 1952, en respuesta a los *Problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S.*, de Stalin, Bordiga escribió *Diálogo con Stalin*, donde se reafirma en lo que había dicho en los artículos anteriores (cf. *En el turbión de la anarquía* mercantil): la revolución rusa se ha terminado; y refutaba después la tesis stalinista según la cual la ley del valor persistiría en el socialismo, refutación que se ve obligado a hacer con mucha frecuencia y que cada vez

le lleva más a recurrir a los trabajos de Marx y a reemprender el estudio integral de la crítica de la economía política.

Afirmar que la revolución rusa se había terminado dejaba sin resolver la cuestión de cómo es posible que el proletariado haya hecho una revolución burguesa (Bordiga tachó a Lenin de gran burgués y a Stalin de revolucionario romántico). Entonces, ¿Octubre del 17 no tuvo nada de proletario? –se preguntaban algunos–, y de nuevo el tema: ¿Cómo caracterizar a la clase dominante? Ante estas cuestiones es cuando Bordiga redacta una serie de artículos en que estudia los orígenes remotos de la revolución rusa e insiste en la misma conclusión del K.A.P.D. en 1922: la revolución rusa ha sido una doble revolución, burguesa y proletaria; la segunda ha sido reabsorbida (lo que se afirmaba ya en parte en 1946), y la primera se ha desarrollado considerablemente; por tanto, la revolución burguesa ha sido realizada por el proletariado:

> «Con este estado de frustración, extendido con las guerras perdidas en las fronteras, y la humillación nacional de haber visto a musulmanes y amarillos más avanzados en el manejo de la técnica capitalista de guerra, se realizaban todas las predisposiciones de ánimo necesarias para esta tarea «romántica» del proletariado que consistía en resolver el jeroglífico histórico entregando el poder a sus explotadores sociales en lugar de quedarse con él. Toda una literatura había trabajado ya en este sentido: una serie de colosos a partir de Gogol habían escrito la novela de la revolución antes que su

> historia, mientras que Tolstoi, Dostoievski y Gorki, de manera diversa y en distinta medida, habían absorbido los postulados sociales de Occidente, concebidos de forma romántica y no marxista.» (Primaveras floridas del capital», en *Il programma comunista*, núm. 4, 1953.)
> «Ante una burguesía sin conciencia y sin fuerza de clase, los marxistas se dedican a jugar el papel de "iluministas", es decir, a recitar la parte romántica propia del pensamiento burgués.» («Malenkov-Stalin: etapa y no remiendo», *ibídem*, núm. 6, 1953.)

Finalmente, en *El oso y su gran novela* hay ocho tesis sobre Rusia que definen el resultado del proceso revolucionario. La tesis quinta trata de la clase dominante:

> «No basta para refutar las tesis anteriores afirmar que en Rusia no hay actualmente una clase burguesa estadísticamente definible, ya que es un hecho constatado y previsto por el marxismo, mucho antes de la revolución, que la fuerza del capitalismo moderno se define por las formas de producción y no por lo grupos nacionales de individuos.» (*Ibíd.*, núm. 3, 1953.)

Desde entonces Bordiga podía pensar que estaba suficientemente clarificado el "problema ruso" y que era posible abordar otras cuestiones importantes:

> «El camarada (Bordiga, se entiende) previno que un parte de esta reunión se de-

> dicaría a los problemas de América y de los países capitalistas occidentales en general, suponiendo que el notable trabajo anterior había cristalizado suficientemente en una definición general de nuestro modo de considerar a Rusia y su economía social. Y ha puesto de manifiesto el concepto marxista de doble revolución, una injertada en otra, o revolución impura (dando a la palabra no un sentido moral, sino histórica). El *Diálogo con Stalin* y otros textos han sistematizado suficientemente esta parte; por tanto, tenemos que hacer ahora el estudio de una revolución pura, es decir, anticapitalista solamente proletaria...» (*Il programma comunista*, núm. 9, 1953).

Sin embargo, era difícil para los militantes del P.C.I. cortar el cordón umbilical que les vinculaba a la revolución rusa, y para ellos todas estas explicaciones no terminaban de descifrar el «enigma»; por ellos presionaron para que se tratase el asunto de manera exhaustiva, de tal forma que hubo que volver a la cuestión de Rusia y comenzar *Rusia y revolución en la teoría marxista*, después de haber expuesto «Los factores de raza y nación en la teoría marxista» (reunión de Trieste, 1953) y haber tratado la «cuestión agraria» en una serie de artículos desde finales de 1953 hasta mediados de 1954, que de hecho no son más que una introducción al estudio de Rusia (Bordiga insiste, en efecto, sobre la tesis de que capitalismo es igual a revolución agraria y sobre el hecho de que el problema agrario es el problema central que tenía que resolver la revolución rusa y que tendrá que resolver también la futura revolución comunista).

El lector puede hacerse, pues, una idea de cómo ha surgido el trabajo que presentamos y podrá darse cuenta de que la mayoría de los temas tratados habían sido tocados parcialmente en artículos anteriores, y que por otra parte hay un continuo vaivén, por así decirlo, entre las explicaciones sobre la sociedad rusa y las clarificaciones sobre la crítica de la economía política. Hay un tema constante: el de la dictadura del proletariado, que podía haber dirigido el desarrollo de las fuerzas productivas en la inmensidad de Rusia. Por eso lo que interesa a Bordiga es la naturaleza del Estado, sin que se ilusione con que el Estado podría no estar determinado por la estructura económica y social. Él sabía muy bien que la U.R.S.S., a partir de un cierto momento, las fuerzas sociales habrían de eliminar inevitablemente el estado proletario al no estar sostenido por la revolución en Occidente. Pero no sitúa la involución de la revolución en el terreno económico, sino en el político; sólo se preocupa realmente de la estructura económica y social cuando el Estado ha llegado a ser definitivamente capitalista; entonces es cuando se puede comprender el nacimiento y orientación de las fuerzas que deberán luchar por la futura revolución comunista. Es revelador que sea en la época del XX Congreso, momento en el que Rusia reconocía, como él afirma, su integración en el campo capitalista, cuando lanzó su previsión de la revolución comunista para 1975.

A partir de 1957 lo que Bordiga escribió sobre la U.R.S.S. no tiene gran interés. Solamente ilustra lo que ya había afirmado y explicado en los textos anteriores, al tiempo que repite con virulencia el axioma de que no se

construye el comunismo, sólo se destruyen los obstáculos para su desarrollo. Para efectuar una ulterior contribución fundamental tendría que analizarse exhaustivamente el proceso de Modo de Producción Capitalista. Fuera de algunas observaciones esenciales, que podían ser punto de partida para fructuosas investigaciones, ese análisis era superficial y demasiado «fisiocrático», ya que tenía en cuenta la masa de la producción y su ritmo de crecimiento. Sin embargo, en 1964, después del fracaso de la medidas económicas de Krustchev, su destitución y la satisfacción dada a los kolkhosianos, Bordiga hace la siguiente constatación:

> «En adelante es evidente que en Rusia el camino hacia formas activas de capitalismo será arduo y difícil; el gran capital tendrá que recomenzar su lucha contra la pequeña propiedad privada que, sin poderlo evitar, él mismo ha suscitado y reforzado. Así se enterró el gigantesco e histórico esfuerzo de la vanguardia bolchevique, que vislumbró en la estela de la revolución mundial del proletariado, como única posibilidad de resistencia –en cuanto que era una especie de fortaleza sitiada–, el ampararse en el capitalismo de Estado controlado por la dictadura proletaria, a la espera de dar el salto hacia el socialismo económico por medio de las armas de la futura e inevitable ola revolucionaria de los países industrializados de Occidente.» («Involución rusa. Tierra y libertad», en *Il programma comunista*, núm. 22, 1964.)

Desgraciadamente, este diagnóstico fue utilizado inmediatamente de manera política, intentando demostrar que la U.R.S.S. no podría alcanzar a los EE.UU., en contra de lo que había pregonado Krustchev. Habría que haberse planteado si es que no hay zonas geosociales donde no pueda desarrollarse el Modo de Producción Capitalista, y, en el caso de que se desarrolle, si no es a costa de inmensas dificultades, de suerte que la misma parte positiva que ha tenido en Occidente se haga añicos. Pero para eso había que adoptar una actitud crítica de cara a la acción de los bolcheviques, y Bordiga no estaba en condiciones de hacer tal cosa. Él mantendrá siempre los presupuestos leninistas y los impulsará hasta el fin. De forma que puede decirse que con él se termina la revolución rusa, en cuanto fenómeno político que controlase las fuerzas económicas hacia el futuro socialismo.

Para comprender realmente la postura de Bordiga sobre Rusia es conveniente conocer sus otras obras. Vamos a resumirlas brevemente. Bordiga fue fundamentalmente antidemocrático y anti-innovador; luchaba contra los que pensaban que era necesario y posible crear una nueva teoría o que había que poner al día el marxismo, que él define como sigue:

> «La expresión "marxismo" se emplea no para designar una doctrina descubierta e introducida por el señor Karl Marx, sino para referirse a la doctrina que surge con el proletariado industrial moderno, y le "acompaña" en el transcurso de una revolución social –y nosotros conservamos el término "marxismo"– a pesar de todas

> las especulaciones y la explotación de dicho término por parte de una serie de movimientos contra-revolucionarios.» (*La constante histórica del marxismo*, 1952.)

Lo esencial es la referencia a una clase que se define por el modo de producción que tiende a instaurar; las modalidades según las cuales intenta realizar esa instauración constituyen su programa. Para la clase proletaria, las líneas fundamentales de su programa se establecen a partir de 1848. Dichas líneas son: el proletariado ha de constituirse en clase, y luego en partido, y después erigirse en Estado a fin de destruir todas las clases, incluida la suya, dejando paso al desarrollo del comunismo (cf. *Los fundamentos del comunismo revolucionario*, 1957). El partido es concebido, pues, por un lado como la clase, como prefiguración de la sociedad comunista, «proyección en el presente del hombre social del mañana» (cf. *Teoría de la función primaria del partido*, 1959), y, por otro, como un órgano de resistencia, justo cuando la clase proletaria ha sido vencida y se encuentra bajo la influencia de la ideología ambiental, y es imprescindible mantener la «línea de clase». El marxismo, considerado no sólo como teoría de la revolución, sino también de la contrarevolución, permite la resistencia que consiste en el mantenimiento del programa integral de la clase. Por eso el partido formal al que pertenecía Bordiga pretendía ser intermediario entre la fase anterior, en que el proletariado se había constituido en clase, y la clase futura, en que la revolución emergerá anónima, poniendo en movimiento a la totalidad de la clase. Bordiga admite que el partido formal puede desaparecer, es decir, que puede suce-

der que no haya, durante cierto tiempo, ningún revolucionario que defienda el programa de clase, mas el partido renacerá como coronación de un «lejano pero luminoso futuro» como consecuencia de la misma dinámica de la sociedad capitalista y del hecho de que el comunismo es una necesidad absoluta para la especie.

Lo fundamental en una fase de retroceso (es decir, de contra-revolución triunfante que hace retroceder a la clase a posiciones anteriores) es la descripción del comunismo y el comportamiento básico de Marx y Engels que, según Bordiga, se pasaron la vida entera haciéndola. Así podrá mantenerse la línea del futuro en este presente repugnante y resistir a la contra-revolución mediante el rechazo de cualquier fórmula democrática o novedad veleidosa. Esto implica un anti-activismo estructural, porque no se puede intervenir más que en ciertos períodos «fecundos de la historia» de la humanidad; entonces es cuando hay que lanzarse a pecho descubierto en la batalla y no ceder al primer choque contra el enemigo ni abandonar la partida si en un momento éste consigue la ventaja. Este es el sentido de sus reflexiones en el debate de 1926: se tenía que haber resistido, el proletariado mundial organizado en la I.C. tenía que haber hecho frente al capitalismo a la espera de que se abriese otro ciclo revolucionario. Pero, a partir del momento en que esto se abandonó, había que apurar el cáliz hasta las heces y aguardar que la contra-revolución haya terminado sus tareas. Bordiga pensó que esto se hizo en 1956; de ahí su proclamación de un nuevo ciclo revolucionario que culminaría en 1975.

En el transcurso de esta fase de espera es necesario renovar, una vez más, el marxismo negado por los stalinistas, sin perder de vista nunca los movimientos inmediatos de la clase, a fin de determinar hasta qué punto se sacuden la dictadura implacable del capital. Aunque esto hay que hacerlo sin ilusionarse. Por eso afirma que no habría revolución después de la Segunda Guerra Mundial (las naciones fascistas habían perdido la guerra, pero el fascismo la ganó); que la Tercera Guerra Mundial no era inminente y que la guerra fría no dejaba de ser más que una forma de paz. Por eso no cabía una revolución en breve plazo, como pensaban los que creían en un tercer conflicto inmediato, que tenía que engendrar, según ellos, inevitablemente la revolución. El movimiento de Berlín (1953) no es el punto de partida de un nuevo ciclo revolucionario, como tampoco los motines de 1956 en Hungría, porque son obra de movimientos interclasistas, y el proletario no puede triunfar más que organizándose autónomamente para luchar por sus propios objetivos.

Es evidente que todo esto pertenece ya al pasado y que muchos dudarán de su importancia. ¿Qué importa no haber aplaudido a Yugoslavia como nuevo país del socialismo? ¿Ni haber hecho lo propio con Cuba o con China, ni haber afirmado que el centro de la revolución estaba en adelante en los países del tercer mundo? ¿Qué importa esto si todo el mundo está convencido actualmente de lo contrario?

En efecto, Bordiga pudo tener una postura bien determinada, gracias a la cual se escapó a la mascarada revolucionaria de la postguerra dirigida por los trotskistas y grupos asimilados, porque supo prever certeramente el

proceso de la sociedad. Ahí está su coherencia: una teoría no es válida si no hace posible una previsión. Y no se puede prever nada si no se tiene ninguna certeza.

Bordiga estuvo muchas veces en desacuerdo con los bolcheviques sobre la cuestión de la democracia: era abstencionista y rechazaba toda participación en el Parlamento, todo mecanismo democrático; en cuanto a la táctica, había que definirla con rigor, según él, en función de las condiciones de la lucha bien determinada en las fases históricas en que intervino el proletariado; también rechazó más tarde la teoría del capitalismo de Estado, y consideró la teoría del imperialismo como complemento insuficiente, etc. A pesar de eso, ya lo hemos repetido, no romperá nunca con Lenin, porque para Bordiga, Lenin es el teórico de la dictadura del proletariado (en coherencia con Marx) y fue capaz de aplicarla en un inmenso país; por otro lado, todo el desarrollo de las revoluciones anticoloniales le confirmaba en la idea de lo acertada que era la postura leninista. De ahí nace su defensa acrítica de los bolcheviques, y con ella, la de la izquierda italiana y la suya misma, contra las acusaciones de anarquismo, de ultraizquierdismo, de pasividad, etc., lo que le llevó a mantener juicios totalmente erróneos sobre el K.A.P.D., Pannekoek, etc., sobre todo en las cuestiones en que éstos estaban en definitiva muy próximos a él.

Pero esto no es más que un aspecto particular de la obra de Bordiga. Lo que es esencial, lo que le caracteriza y le hace apasionante, lo que le da vida es –como ya hemos indicado en *Bordiga y la pasión del comunismo*– su certeza en la revolución, en el comunismo,

expresada de un modo profético. Para él, la humanidad progresa a través de saltos revolucionarios hasta el advenimiento del comunismo; su evolución es obra de millones de hombres que marchan a tientas y que a veces saltan iluminados por las gigantescas explosiones revolucionarias. El comparó toda la historia humana (cf. «Altos y bajos de la civilización burguesa» en *Il programma comunista*, núm. 22, 1951) a un inmenso río bordeado por dos diques: a la derecha el de la conservación social, sobre el que van en procesión canturriando salmos los curas y los gendarmes, así como los pregoneros de las mentiras oficiales de clase, y a la izquierda, la del reformismo, sobre la que se pavonean los hombres dedicados al pueblo, los menesterosos del oportunismo, los progresistas. Las dos bandas se increpan desde su dique, pero en definitiva están de acuerdo en que el río permanezca en su lecho. Pero el inmenso río de la historia humana tiene también sus crecidas irresistibles y amenazadoras, y a veces, a la vuelta de un recodo, salta bruscamente por encima de los diques, ahogando las bandas miserables en la ola impetuosa e irresistible de la revolución que arrasa las formas antiguas y da un nuevo rostro a la sociedad.

CAPÍTULO II

A pesar de todos los trabajos que se han consagrado a la revolución rusa y a la sociedad soviética, pensamos que, lejos de estar concluido, ese estudio está aún por comenzar en realidad, porque se han escamoteado dos cuestiones esenciales: la comunidad y la periodización del Modo de Producción Capitalista durante la dominación formal y real del capital. De éstas se derivan otras varias, que nosotros señalaremos simplemente, ya que no intentamos tratar de una manera exhaustiva la cuestión rusa, sino lanzar de nuevo el debate sobre la misma a través de la obra de Bordiga.

La revolución rusa, según los miembros de lo que podemos llamar el partido histórico, hubiera debido y podido, ser el prólogo de la última revolución de nuestra especie. Por eso fascina y reclama un estudio no de ella en sí, sino en cuanto que representaba el momento inicial de la que era tan esperada como cierta (Bordiga). Ella ha universalizado concretamente la revolución comunista porque se ha desarrollado en un ambiente en que el fenómeno comunitario era aún pujante y ha mostrado que la revolución comunista no es sólo solución para la sociedad de clases. Ha alargado el horizonte de los revolucionarios de Occidente que sólo la concebían realizable en sus propios países, y no han pensado una solución humana más que en función del movimiento de su civilización dentro de su ambiente particular. Hasta la revolución rusa hay yuxtaposición de dos mundos, aquel en que la propiedad privada, el individuo, las clases, el valor de cambio se han automatiza-

do, y aquel en el que el hombre es aún la meta de la producción, en que el progreso no ha nacido aún. ¿Cómo iban a unirse las dos humanidades, la que pasaba a través del infierno de la sociedad de clases y la que estaba aún encuadrada en sus comunidades? En 1858, Marx se planteaba la cuestión sin tener solución a la vista:

> «Para mí la *cuestión* difícil es ésta: la revolución es *inminente* en el Continente y tomará en seguida un carácter socialista; pero ¿No será *ahogada* seguramente en este pequeño rincón, ya que, en una extensión mucho mayor, el *movimiento* de la sociedad burguesa está aún *ascendiendo*?»

Él prevé aún la necesidad de que todos los pueblos pasen por la fase burguesa capitalista. Ni sueña en la posibilidad de un salto. Encontrará la solución tras el estudio de Rusia y gracias a los revolucionarios rusos, efectuando así esa generalización necesaria y vital a nuestro común destino, que implica también la reconciliación de los hombres en los diversos momentos de su proceso, sin establecer una escala axiológica obligatoria en su interior.

Pudo comprender el problema de la revolución en Rusia porque había reflexionado ya sobre la cuestión de la comunidad. La redescubrió sobre la base de una aproximación clasista, porque en el caso de que en la época de Marx tuviesen aún vida algunos restos de comunidades, como en la región de Tréves en Alemania, en Córcega, España, etc. no tenían fundamento suficiente como para servir de base a tal estudio. Se trata, pues, de la cues-

tión central del comunismo. Marx constata en *Para una crítica de la filosofía del derecho de Hegel* que la verdadera superación del Estado no puede darse más que en la comunidad (*Gemeinwesen*), lo que aparece de una manera luminosa en *La cuestión judía*. En los *Manuscritos de 1844* precisa que esa comunidad no puede oponerse al ser individual, mientras que en su artículo contra Ruge «El rey de Prusia y la reforma social» (1844) afirma que el ser humano es verdadera *Gemeinwesen* del hombre; sin embargo, quizá sea en las anotaciones al libro de James Mill (1844) donde se encuentren las indicaciones más notables sobre la *Gemeinwesen*[7] y el comunismo, don-

---

[7] Marx emplea muchas veces la palabra *Gemeinwesen*, y también se encuentra con frecuencia en Hegel, para el que dicho tema tiene una importancia considerable. En ciertos casos en posible traducirla por comunidad, pero en otros esa palabra le quita fuerza y sentido. *Gemeinwesen* quiere decir también comunidad subjetivada tal y como se afirma en una individualidad humana, el hombre social; es decir, tal y como un hombre social la subjetiva en él mismo. Es, pues, el modo de ser de la comunidad objetiva el que existe siempre fuera de él. Marx afirma en los *Manuscritos de 1844* que no es preciso oponer al individuo a la comunidad; en las *Anotaciones* al libro de James Mill dice que el hombre social reproduce su individualidad y su *Gemeinwesen*. Si la unidad elemental (atrozmente llamada individuo) no es más que singular, estamos siempre infectados por la oposición metafísica binaria singular-universal. El comunismo –que no es una sociedad– se caracteriza por la destrucción de esta bipolaridad. La totalidad es frecuentemente totalitaria y, a veces, no es más que una unidad inflada, una totalidad reducida, es decir, una especie de triunfo sobre lo igual, sobre lo idéntico, sobre la muerte. El comunismo no puede existir más que si hay multiplicidad-diversidad de realizaciones de la *Gemeinwesen* y multipli-

de los individuos son hombres sociales y el ser humano es su *Gemeinwesen*. Sin esta superación de orden teórico, debida a la irrupción del proletariado en la escena histórica –clase que debe abolir todas las clases–, Marx no hubiera podido reconocer en la Comuna de 1871 una revolución contra el Estado que realizó un ensayo de *Gemeinwesen*-ser humano, lo que explica que Engels haya podido decir que había que traducir la palabra comuna en su sentido de 1871 por el viejo término alemán *Gemeinwesen*. Insistimos, pues, sobre el hecho de que para Marx no puede definirse el comunismo por la anarquía, porque así como el «el ateísmo es el último grado del teísmo, el reconocimiento negativo de Dios», así la anarquía es un reconocimiento negativo del Estado, el último grado del Estado.

El estudio de la *Gemeinwesen*, sin embargo, toma verdadera amplitud en los años 1850, cuando Marx intenta delimitar el movimiento del valor de cambio y la transformación de éste en capital. Los textos claves sobre esto se encuentran en el *Urtest* y en el capítulo de los *Grundrisse* «Las formas que preceden a la producción capitalista».

> « Si el trabajo libre y su cambio contra el dinero, a fin de reproducir y de revalorizar el dinero, a fin de ser consumido por el dinero como valor de uso, no para su disfrute, sino como valor de uso para el dinero, es un presupuesto del trabajo asalariado y una de las condiciones históricas del capital, la separación del traba-

---

cidad-diversidad de los hombres sociales (de las individualidades), porque el comunismo es vida.

> jo libre de las condiciones objetivas de su realización –de la herramienta y del material de trabajo (materia prima)– representa otra de esas condiciones históricas. Por tanto, ante todo, separación del trabajador de la tierra, su laboratorio natural, y como consecuencia, disolución tanto de la pequeña propiedad territorial libre como de la propiedad territorial colectiva basada en la comuna oriental.» (*Fundamentos*, t. 1, p. 425.)

Es evidente, por tanto, que hay que estudiar la actividad de los hombres desde su discontinuidad con la naturaleza y comprender cómo su actividad se ha exteriorizado, autonomizado, hasta llegar a hacerse fuerza opresora que desintegra sus comunidades. En este momento la filosofía, la política y la religión no aparecen más que como interpretación de un fenómeno profundo, la expropiación de los hombres. Por otra parte, a partir de este estudio va a poderse sacar de la fórmula del *Manifiesto* «La historia de toda la sociedad hasta nuestro días no ha sido más que la historia de la lucha de clases» toda su rigidez y limitación, que ni siquiera la precisión anotada por Engels llega a borrar, y el esquema rígido de 1859 tiene que ser corregido con la ayuda de estudios posteriores de Marx. Las clases no pueden desarrollarse más que con la destrucción de la comunidad; mientras ésta persista, estarán inhibidas. Puede haber división del trabajo sin sociedad de clases, y una sociedad de castas expresa la imposibilidad de una determinada sociedad para engendrar clases, lo que no significa que la clase sea una necesidad ni que la casta sea

su precursora. Son dos organizaciones humanas dentro de formas sociales muy diferentes.

Teniendo en cuenta el movimiento del valor y de sus presupuestos, podemos, con Marx, hacer la siguiente periodización: su fundamento sería la formación primaria que engloba todas las formas en las que la base de la sociedad es la propiedad común de la tierra. Lo que se llama el comunismo primitivo no es más que la forma primera, antiquísima, producto probablemente de la evolución del hombre desde el *australantropo* (hace más de un millón de años) hasta el *homo sapiens*, lo que implica una evolución biológica paralela a la evolución técnico-social. El comunismo primitivo es, pues, el comportamiento social de la especie humana producido allí donde existe unión inmediata de los miembros que la componen y de éstos con su medio ambiente natural. Es la forma social donde el movimiento del valor no ha comenzado aún, donde la división del trabajo, el trabajo, el sistema de cambios, que de hecho consiste en una serie de donaciones recíprocas más o menos diferidas, que aseguran la circulación de los productos e impiden el proceso de desigualdad, todo esto es aún totalidad, no ha sido fragmentado todavía. Sobre todo, como dice Marx, el miembro individual no es todavía un trabajador.

Después el movimiento del valor de cambio se incorpora a estructuras preexistentes y tiende a autonomizarse. Tendremos entonces las diversas formas que Marx llama asiáticas, por encontrarlas –al menos sus huellas– en ese inmenso continente (Carta de Marx a Engels, 14-3-1868). En *Las formas* hace la siguiente observación:

> «Una vez que los hombres se establecen fijamente, la comuna primitiva sufrirá modificaciones más o menos profundas según las diferentes condiciones del medio (clima, situación geográfica, constitución del suelo, etc.) y sus aptitudes naturales (raza, etc.).» (*Ibíd.*, pp. 436-37.)

Es muy importante que Marx hable de formas asiáticas y no de forma asiática. A partir de estas observaciones puede afrontarse el estudio de las formas comunitarias que persisten aún en África, que se parecen a las formas asiáticas y que tienen caracteres originales, que un estudio detallado podría poner claramente de manifiesto, lo que permitiría completar la obra de Marx, que no abordó lo de África, fuera de sus notas sobre la Argelia de 1882. Como quiera que sea, lo que aquí nos importa es poner de manifiesto que la mayor parte de la humanidad no ha conocido una historia de lucha de clases, lo que no quiere decir que no haya habido lucha entre grupos humanos. Marx dice que la guerra era la principal actividad-producción de la comunidades. Por otra parte, incluso en las sociedades que habían sufrido un proceso clasista, las comunidades han perdurado largo tiempo y han frenado la lucha de clases.

Marx considera una serie de formas en el seno de la formación primaria, pero el modo de producción asiática no puede incluirse ahí. Es un modo particular, el asiático, que a consecuencia de las condiciones geográficas bien determinadas y correctamente expuestas por Wittfogel ha tenido un desarrollo original (a esta sociedad condicionada de esta manera le

da el nombre de hidráulica). Por otra parte, el famoso inmovilismo asiático no quiere decir que en este continente no pudiese nacer una tecnología importante, así como en las ciencias y las artes; es posible también un cierto desarrollo de las fuerzas productivas, aunque choque necesariamente con ciertos límites, como la imposibilidad de la autonomización de los individuos, de las clases, lo que indica que el valor de cambio no llega a autonomizarse; por lo que las dos condiciones esenciales para el nacimiento del capital no llegan a producirse. El salto, pues, de las fuerzas productivas no consigue realizarse. También nos encontramos en Asia grandes períodos de florecimiento, en los que se llega a un punto en que parece que va poder darse el salto; aparecen todos los elementos necesarios para el paso al Modo de Producción Capitalista, tal y como se encuentran en Occidente, salvo la ruptura del cordón umbilical de la comunidad (Marx).

La formación secundaria agrupa a todas las formas que se basan en la propiedad privada, lo que implica que haya individuos (personas objeto de cambio, como dice Marx en el *Urtest*) y clases. Tenemos, pues, el esclavismo o modo de producción antigua –forma antigua–, la forma feudal o modo de producción feudal, el modo de producción asiático, en que la propiedad privada, cuando existe, no permite una autonomía de los individuos, ya que los hombres dependen totalmente de la unidad suprema constituida por la esclavitud generalizada; la verdadera propiedad privada existe, de hecho, al nivel de la unidad global (*zusammenfassende Einheit*) solamente.

La formación terciaria es la forma capitalista o modo de producción capitalista, que no

se funda en la propiedad del que trabaja, sino en la propiedad del trabajo de otro (cf. la alteración indicada en el *Manifiesto*, los *Grundrisse* y el capítulo 24 del libro I de *El Capital*).

En el capital se da la unión de dos movimientos, el de expropiación de los hombres que engendra el proletario y el de la autonomización del valor.

A partir de ahí el capital que reemplaza el papel del dinero en la destrucción de las viejas comunidades tiende a constituirse en comunidad material, aunque ficticia, lo que se realiza en el transcurso de la dominación del capital sobre la sociedad. De esta forma resuelve el capital a su manera las viejas contradicciones nacidas al surgir el valor de cambio en las comunidades arcaicas; por eso se presenta como estructura eterna, positiva y como sujeto especulativo que le permite transformar todo movimiento negativo en afirmación de sí mismo.

La revolución comunista no puede ya operar sobre el terreno anterior que ha recorrido el capital y sobre el que aún se desenvuelve actualmente, es decir, no puede operar ya sobre el crecimiento de las fuerzas productivas. Se trata de la formación de una nueva *Gemeinwesen* del ser humano. De ahí la necesidad de la ruptura más radical con todas las actividades y comportamientos ligados a la revoluciones que nos han precedido, y en especial a la revolución rusa. Por otra parte, nos damos perfectamente cuenta de hasta qué punto coinciden en la misma afirmación las dos investigaciones de Marx, correspondientes a dos momentos diferentes de su vida.

En lo que toca al área eslava, Marx, en su *Formas*, caracteriza así a las comunidades:

> «pequeñas comunidades que vegetan unas junto a otras, en las que el individuo y su familia trabajan independientemente sobre el trozo de tierra que le han asignado». (*Fundamentos*, t. 1, p. 438.)

En esto se diferencia del modo de producción asiático, en el que las comunas se bastan a sí mismas (como en el caso precedente) y son dominadas, hay que insistir en ello, por una unidad global que es el verdadero propietario del suelo, no siendo las pequeñas comunidades más que posesoras.

En los borradores de su carta a Vera Zassoulitch, Marx precisa:

> «Todas las otras comunidades se apoyan en relaciones de consanguinidad entre sus miembros. No se puede pertenecer a ellas a no ser que sea pariente o adoptado. Su estructura es como la de un árbol genealógico. La "comuna agrícola" fue la primera agrupación social de hombres libres, no aglutinados por lazos de sangre.» (Tercer borrador. Cf. p. 1563 en Marx: *Obras*. Economía, II. Ed. Gallimard.)

Otra característica es su dualismo: hay un elemento colectivo y un elemento individual, de forma que la individualidad puede desarrollarse (el individuo podría autonomizarse).

> «Se comprende que el dualismo inherente a la constitución de la comuna agrícola pueda dotarla de una vida pujante.

> Emancipada de los fuertes y estrechos lazos del parentesco natural, la propiedad común del suelo y las relaciones sociales que de ella dimanan, le garantizan una sólida base, al mismo tiempo que la casa y el patio, domino exclusivo de la familia individual, el cultivo parcelario y la apropiación privada de sus frutos dan un esplendor a la individualidad incompatible con el organismo de la comunidades primitivas.» (*Ibíd*, p. 1564.)

Hemos visto que para Marx el proceso hacia el comunismo no puede realizarse más que si el hombre se emancipa como comunidad y como individualidad; la reducción del comunismo a una sociedad donde la comunidad esté emancipada, pero en la que el individuo no viva más que para ella, es decir, no está liberado, recuerda la visión del comunismo cuartelero del que habla Engels en su polémica contra Tkatchov. Por otro lado, Tchernychevski quería salvar la *Obchtchina*, porque gracias a ella sería posible realizar las dos liberaciones tan íntimamente ligadas. Marx encontró en Tchernychevski y los populistas rusos la solución a la cuestión planteada implícitamente en 1858.

El dualismo permite dos evoluciones, porque hay que señalar que la disolución de la comuna no nace de una fatalidad.

> «Su dualismo innato admite una alternativa: su elemento de propiedad le conducirá hacia su elemento colectivo, o éste le llevará a aquél. Todo depende del medio histórico en que se encuentre situada.»

En cualquier caso,

> «para salvar la comuna rusa es necesaria una revolución rusa».

En este texto no analiza la cuestión del Estado eslavo, como tampoco en las *Formas*. Sin embargo, en el último texto Marx aborda la relación entre *Gemeinwesen* y Estado. En la formación secundaria, en la que existe propiedad privada, encontramos una escisión entre ésta y la propiedad común, y es el Estado el que se convierte en representante de la *Gemeinwesen*. Es lo que sucede en Atenas, que es donde nace la política cuya esencia es la representación. Sin embargo, el Estado puede nacer de alguna manera sin que haya clases, por ejemplo, entre los Incas, en opinión de Marx. En este caso encontramos una comunidad jerarquizada. El Estado, producto de la transformación de la *Gemeinwesen*, tiene por misión fundamental defenderla y mantener su perennidad a todos los niveles. Encontramos una división del trabajo de tipo biológico; el Estado hace el papel de cerebro social. La sociedad que resulta de tal organización es más de tipo animal que de tipo humano: sociedad en la que la especie es despótica y anula todos los individuos-partículas humanas. Es el caso en que el hombre no llega a cortar efectivamente su vínculo con la Naturaleza, a efectuar la discontinuidad, sino que es reabsorbido por ella (por la Naturaleza).

No es éste el caso de Rusia, sino que el Estado se ha impuesto a las pequeñas comunidades, lo que ha sido facilitado por el aislamiento que los hacía vulnerables. Por otra parte:

> «La federación de repúblicas rusas del Norte prueba que este aislamiento que parece haber sido primitivamente impuesto por la inmensidad del territorio fue en gran parte consolidada por el destino político que Rusia tendría que soportar tras la invasión mongólica.»

Marx insistirá durante mucho tiempo sobre esta cuestión (incluso citará la destrucción de Novgorod por parte de los moscovitas en *Rusia y Europa*, recopilación de panfletos contra Rusia y la diplomacia inglesa que sostenía el país). En Rusia el Estado se justifica, sobre todo, por su papel de defensa contra las otras comunidades, más tarde contra los otros Estados; el zar es el protector. La importancia considerable de la cuestión militar en los destinos de Rusia está directamente ligada a su estructura social: para mantener su existencia, el Estado necesita que no evolucionen las comunidades agrarias; de ahí el despotismo sobre la sociedad; el Estado justifica su existencia a través de la expansión del territorio. El expansionismo ruso es constante a partir del siglo XVI. Desde entonces Rusia no ha hecho más que crecer, y ese ansia de expansión no ha amainado en nuestros días. Además, ese carácter protector causará una enorme inercia en las masas campesinas, y algunos populistas hacen notar que las grandes revueltas campesinas no pudieron desarrollarse más que sobre la base de la usurpación (una especie de justificación), lo que les llevó a ser también ellos usurpadores.

En todo caso, lo determinante es que el Estado es de origen externo, aunque las condi-

ciones internas hayan favorecido su inserción en el cuerpo social. De donde la observación esencial de Marx:

> «No es el Estado el que amenaza la vida de la comuna rusa, ni ninguna teoría, sino la opresión del Estado y la explotación de los intrusos capitalistas hechos poderosos a expensas y a costa del mismo Estado.»

Esto, repitámoslo, había sido comprendido perfectamente por lo populistas. Pero antes de abordar la relación entre el Estado y la *Obchtchina* saquemos algunas consecuencias de lo que antecede. Puesto que para salvar la comunidad y evitar a Rusia la infamia del Modo de Producción Capitalista es necesaria la revolución, es evidente que, estando el país fundamentalmente poblado de campesinos, tenían éstos que jugar un gran papel revolucionario. Por tanto, no pueden utilizarse los escritos de Marx a propósito de los campesinos franceses para comprender el fenómeno ruso. Esto no quiere decir, sin embargo, que los campesinos rusos formasen una verdadera clase comparable al proletariado. Su unidad provenía de que ellos conservaban una forma pasada necesaria para el desarrollo futuro y para la regeneración de la comunidad humana. En ese sentido se diferencia de los proletarios portadores del futuro, que han roto con todo el pasado, del que de hecho han sido expropiados. En Rusia se trataba de una revolución de caracteres no clasistas. Estos caracteres clasistas le serían aplicados por el contexto internacional cuando se considera evidente, a partir de 1880, que la revolución rusa no puede triunfar más que si es acom-

pañada por la revolución proletaria de Occidente. Pero Marx no eliminó pura y simplemente la posibilidad de que Rusia consumase ella misma la revolución y utilizase las adquisiciones técnicas de Occidente. Es otra de las características esenciales expuesta en los borradores de la carta a V. Zassoulitch, que la

> «contemporaneidad de la producción (capitalista) occidental, que domina el mercado mundial, permite a Rusia incorporar a la comuna todos los logros positivos elaborados por el sistema capitalista sin tener que pasar por su horcas caudinas».

Tal fue la perspectiva de Tchernychevski.

Por otra parte, en caso de victoria general de la revolución en Rusia y en Occidente, podría hablarse de dictadura del proletariado, pero ¿Expresa este término bien la realidad en el caso de Rusia, y más en el caso de que la victoria no tiene lugar más que en ese país y se retrasa en Occidente? Durante ese retraso, ¿Podrá hablarse de dictadura del proletariado? Estas cuestiones dependían también del medio histórico (la fórmula de Lenin de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos era bastante compatible con el análisis de Marx y de los populistas). Pero no fueron estudiadas en toda su amplitud, porque para los marxistas, a finales del siglo pasado, la comuna agraria no tenía ya importancia.

En lo que se refiere al Estado (un Estado más fuerte que la sociedad, como diría Wittfogel), habían comprendido sus particularida-

des, como lo acreditan las citas de sus obras que hace Plekhanov en *Nuestras controversias* (Ed. Moscú, t. 1, pp. 135-36):

> «El Estado no encarna entre nosotros el interés de ninguna clase. Las aplasta todas... Entre nosotros..., por el contrario, la forma social le debe su existencia al Estado, un Estado que se tiene por un pelo, un Estado que no tiene nada de común con el régimen social existente, un Estado cuyas raíces se hunden en el pasado y no en el presente.»

Este texto es de Tkatchov, que si no formaba parte de los populistas (era considerado jacobino), tenía en común con ellos[8] la apreciación de la *Obchtchina* y la del Estado. Pero estos últimos se daban cuenta de que la fuerza del Estado estaba pendiente de un hilo, porque se basaba, entre otras cosas, en el culto al zar profundamente enraizado en la mentalidad de los campesinos. En lo demás Tkatchov tenía razón: el Estado zarista introdujo la servidumbre y el régimen de asalariado. Milioukov no iba desorientado cuando observaba que si en Occidente las clases habían producido el Estado, en Rusia el Estado produciría las clases. De ahí la preocupación constante de los populistas: destruir el Estado. Por eso llegaron a la conclusión de eliminar al zar:

---

[8] Tampoco se puede decir de Bakunin que fuera un populista. Sin embargo, concedió mucha importancia a la *Obchtchina*, y tuvo mucha influencia sobre el movimiento populista entre 1860 y 1870 (cf. a este respecto la obra de Venturi indicada en la nota 7).

> «El verdadero responsable es el zar. Lo demuestra la historia rusa. Son los zares los que han creado poco a poco, en el transcurso de los siglos pasados, la organización del Estado y del ejército; son ellos los que han distribuido la tierra a los nobles. Pensadlo bien, hermanos, y veréis que el zar es el primero de los nobles.» (Karakozov, citado por Venturi, p. 608.)[9]

En este punto estaban de acuerdo tanto con Marx como con los anarquistas. Las explicaciones, pues, de Bordiga coinciden curiosamente en este terreno con el análisis de los populistas, cuando observa que en la U.R.S.S. quien domina no es una clase indígena, sino la clase internacional, en relación con la cual el Estado soviético no es más que una abominable organización despótica a su servicio.

Esta importancia del Estado explica también los rasgos fundamentales de los revolucionarios rusos: una voluntad exacerbada; destruyamos el Estado, movilicemos a los

---

[9] Franco Venturi: *Los intelectuales, el pueblo y la revolución. Historia del populismo ruso en el siglo XIX*, E. Gallimard, 1972, obra de una importancia excepcional para comprender los profundos caracteres de la revolución rusa. Se sabía, sin embargo, gracias a las cartas de Marx y de Engels, que el primero sobre todo, tenía profundas simpatías por los populistas. No obstante, las posiciones reales de éstos no se conocían bien, si se descartan tal vez algunos especialistas. Con el libro de Venturi se rompe la farsa y el mito creados por los marxistas rusos de cara a sus adversarios. El populismo se presenta como parte integrante del movimiento comunista, lo que Venturi afirma con otras palabras.

campesinos y todo se arreglará; y un cierto fatalismo deducido de la constatación del inmovilismo de la vida social, que les conduce fácilmente, tras una cierta fase de exaltación, a colaborar con el poder establecido. Fatalismo y voluntarismo están frecuentemente unidos, pero el verdadero substrato que los aglutina es el despotismo zarista.

Engels no sostiene totalmente la postura de Marx, en particular en lo que concierne al salto del Modo de Producción Capitalista, y, ya al fin de su vida, tiende a considerar que el valor de cambio está bastante desarrollado en Rusia, estando progresivamente condenada al capitalismo. En esto preparó el camino a Plekhanov y a Lenin.

Hay que advertir que en el decenio 1890-1900, en que desaparece Engels, y Lenin escribe sus primeras obras, nos encontramos con una situación particular: la comuna agraria estaba disgregada, pero el Modo de Producción Capitalista no se ha implantado aún en realidad. Lo que plantea algunos problemas a los populistas, que son suplantados por los marxistas, que sostienen la imposibilidad del salto por encima del Modo de Producción Capitalista (Plekhanov). Este es el que plantea la tesis del papel primordial del proletariado en la revolución rusa:

> «Para concluir, yo insisto, aunque tenga que repetirlo, sobre un punto capital: el movimiento revolucionario en Rusia no triunfará más que si triunfa el *movimiento obrero* o no triunfará jamás.» (Discurso al Congreso socialista de París, 1889.)

En este sentido la posición de Plekhanov será determinante para el desarrollo del

marxismo ruso. Lenin dedicará toda la actividad de su juventud a luchar contra los populistas y afirmará que en el fondo no podía recurrirse a Marx para explicar el futuro desarrollo ruso, porque él no había estudiado la cuestión con profundidad. Y cita, en efecto, la carta de Marx a Mikhaïlovski:

> «Marx dice que M. Mikhaïlovski no tenía derecho a considerarlo adversario de la idea del desarrollo peculiar de Rusia, ya que él estima igualmente a los que la sostienen; mientras que M. Krivenko, en su interpretación, pretende que Marx "ha reconocido" como un hecho ese desarrollo peculiar. Lo que supone una falsificación manifiesta. La declaración de Marx citada antes muestra con sobrada claridad que él rehúye pronunciarse sobre el fondo de la cuestión. (...) Marx responde explícitamente en la misma "carta" a la cuestión de cómo puede aplicarse su teoría a Rusia. Y su respuesta muestra a las claras que evade pronunciarse sobre el fondo del asunto y analizar los datos propios de Rusia, los únicos susceptibles de ofrecer una solución.» (Lenin: *Obras completas*, t. I, pp. 288-89.)

Nada más falso. Marx había estudiado con muchísima atención la evolución social rusa, y había aprendido ruso para ello; incluso este estudio había de ser fundamental (así como el de la estructura agraria de los EE.UU.) para explicar cómo se da el paso de la propiedad territorial al capital; en cuanto a los EE.UU., analizó en *El Capital* la teoría de Wakefield, cuya importancia explica en las *Grundrisse*; y

en cuanto a Rusia, sus estudios fueron muy amplios; lo que pasa es que nada ha sido publicado.

Lenin muestra ya su rigidez teórica, lo que podría llamarse también su unilinealismo; en contra de los populistas, rehúsa afrontar correcta, amplia y concretamente las particularidades y la originalidad del proceso de Rusia; más tarde negará también, de cara a los comunistas llamados de Izquierda, como Gorter, la evolución peculiar de Occidente y el hecho de que no puede calcarse el esquema ruso; la táctica y la estrategia no pueden ser idénticas.

Y volviendo a la polémica con los populistas, Lenin no mantiene más que la segunda posibilidad de evolución indicada por Marx:

> «Marx dice que "si" ella (Rusia) tiende al capitalismo, no tendrá más remedio que convertir una buena parte de sus campesinos en proletarios.» (*Ibíd*., p. 289.)

En su estudio sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia* transformará el «si» condicional en certidumbre, con lo que podrá apuntalar la conclusión-solución antes indicada:

> «*El obrero ruso*, poniéndose en cabeza de todos los elementos democráticos, abatirá el absolutismo y conducirá al *proletariado ruso* (unido al proletariado de *todos los demás países*), por la vía directa de una revolución política declarada, hacia la *victoria de la revolución comunista*.» (*Ibíd*, p. 325.)

Sin embargo, las revueltas campesinas de 1902, la formación del partido socialista revolucionario (compromiso entre populismo y marxismo ruso, que marca un retroceso del movimiento populista defensor de la *Obchtchina*)[10] influyen enormemente en la evolución de Lenin. A partir de este momento él afirma claramente «La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesino», artículo escrito en marzo de 1905 (cf. t. 8, pp. 294-304). Esa dictadura será precisada, apuntalada y fundamentada en *Dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática* (1905) y sobre todo en el *Programa agrario de la social-democracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*. Aquí se ve una ruptura, una discontinuidad en la postura de Lenin con respecto a lo que decía en las obras de su juventud (Bordiga no le da bastante importancia a este momento particular, más bien lo escamotea. Por un lado, no se interesa en el estudio del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, y por otro, se centra más bien en la coherencia entre *Dos tácticas* y las *Tesis de abril*, lo que está bien, pero es insuficiente). Lenin reconoce que sobrestimó

---

[10] La revolución de 1905 relanza el movimiento populista. Prueba de ello es la formación en 1906 de una «Unión de los socialistas revolucionarios maximalistas», que reemprendía el programa mínimo de los partidos socialistas, quería una «república de trabajadores» y organizar la sociedad, inspirándose en la *Obchtchina*, sobre la base de la comuna (cf. Anweiler: *Los soviets en Rusia, 1905-1921*, Edit. Zero, Bilbao).
Sobre la comuna de 1871, sobre su apreciación por parte de los diversos revolucionarios rusos y la influencia que ella ejerció sobre ellos, cf. A. Lehning: «Anarquismo y marxismo en la revolución rusa», *Spartacus*, núm. 40.

el grado de desarrollo capitalista en la agricultura (t. 13, p. 306). Rusia no tiene, sin embargo, por delante más que un solo camino, el del desarrollo burgués (t. 13, p. 251), y para eso hace falta una revolución agraria campesina:

> «Sólo la revolución campesina será capaz de sustituir una Rusia de madera por una Rusia de hierro.» (*Ibídem*, p. 423.)

Lenin tiende a conceder a los campesinos una fuerza revolucionaria propia, y no que sean sólo una fuente de mano de obra. Desde entonces la consigna de la dictadura del proletariado y del campesinado toma otra trayectoria, la afirmación de la lucha de dos clases esenciales para la transformación revolucionaria de Rusia. Desde este hecho, Lenin, que ya había dedicado un gran número de trabajos a la cuestión agraria, va a seguir minuciosamente el desarrollo de las relaciones sociales en la agricultura, y en ese sentido hace un verdadero retorno a Marx (esta cuestión es determinante para Rusia, como la cuestión nacional lo había sido para Alemania). Por eso, después de la revolución de 1905, surge la escisión en torno a la apreciación del papel del campesinado. Hasta ahora se han polarizado demasiado todos en las cuestiones de organización. Se han hecho verdaderas querellas teológicas de algo que no era más que una consecuencia de las tomas de posición sobre datos fundamentales de la revolución. Después de 1905, pues, los marxistas legales se hunden definitivamente en el clan de los que no sólo sueñan con el capitalismo, como decía Marx, sino que orientan toda su acción hacia una revolución burguesa de tipo occi-

dental. Sin embargo, Lenin comprendió (tal vez no en toda su amplitud) la importancia del fenómeno no campesino en Rusia, mientras que Trotski los considera (a los campesinos) como tropa de la revolución, y sobre todo no comprenderá (quizá hasta el 17, como dice Bordiga) que en la revolución rusa se trataba de hacer la revolución burguesa al estilo proletario, incluso si el proletariado llegaba a ser fuerza dirigente (esto es teóricamente válido desde el momento en que el salto del Modo de Producción Capitalista *parece* eliminarse).

> «Nuestra tarea es unir al proletariado para la revolución socialista, sostener toda clase de lucha contra el viejo régimen con la mayor energía posible, y por otro lado defender las condiciones más adecuadas que se puedan para el proletariado en la sociedad burguesa en desarrollo.» (*Ibíd.*, p. 447.)

Desde el momento en que se admite la disolución de la comunidad e incluso se rechaza su necesidad (como dice Lenin) se plantea el problema de cómo van a desarrollarse las fuerzas productivas, cómo va a progresar el capital en un área tan inmensa. No se trata de cómo sortear el peligro del capitalismo, sino cómo se va a desarrollar. Se ha tomado como punto de referencia el segundo libro de *El Capital* de Marx: en efecto, la polémica surgió a la hora de saber si es posible constituir un mercado interior en Rusia o si el capital tendría que recurrir a mercados exteriores para conseguir la plusvalía. En esta polémica toman parte, entre otros, Strouvé, Tougan-Baranovski, Lenin y también Rosa Luxem-

burgo. Ahora bien: Marx en esto ha sido interpretado de una manera estricta e inmediata. La sección III no pretende, ni mucho menos, que el capitalismo pueda siempre desarrollarse, ni que lo tenga que hacer según los esquemas de la reproducción simple y amplia (aunque tampoco mantiene la tesis contraria). Marx estudia las condiciones de reproducción del capital y las posibilidades de crisis, poniendo en evidencia las dificultades que encuentra el capital para realizar su proceso. Por ejemplo: desequilibrio entre las dos secciones, superproducción del capital fijo, contracción o dilatación demasiado rápidas de los períodos de rotación, etcétera... También estudia cuál es la condición fundamental para superar todas estas dificultades, la creación del sistema de crédito. El libro II entero es una demostración de la necesidad de esta creación (cosa que Hilferding comprendió en su *Capital financiero*, aunque no supo sacar las consecuencias). Marx estudia las posibilidades de desarrollo del capital; en el libro III es donde aborda las formas concretas, las ya efectuadas. En este libro llegará además hasta el borde de la solución del modo como el capital engulle sus contradicciones y apunta a establecerse como eterno: el capital ficticio. Ahora bien: éste no puede desarrollarse más que si el crédito se generaliza en todas sus formas.

Este estudio de la reproducción del capital nos hacer ver, por otra parte, hasta qué punto del desarrollo de la social-democracia rusa estaba vinculada a la occidental y hasta qué punto los rusos reemprendieron los debates teóricos en la II Internacional, aunque como consecuencia del abandono de la perspectiva del salto, su postura había perdido amplitud

con relación a la de los populistas con lo que Marx estaba de acuerdo.

A partir de este momento la obra de Marx sufre una importante modificación, se la eleva al rango de teoría del desarrollo, del crecimiento, y se la codifica con el nombre de marxismo. Hay que eliminar en la inmensidad del imperio (mucho más teniendo en cuenta que la onda revolucionaria afecta a los países periféricos, lo que le da una importancia mundial) todo lo que sea arcaico, asiático; hay que permitir un desarrollo de la forma capitalista; para explicar esto se invoca *El Capital* de Marx. Desde entonces no se consideran las posturas populistas más que como reliquias cada vez más reaccionarias; su antidespotismo irremediable y su antizarismo se ocultaron. El terreno está ya preparado para una reconciliación de la *intelligentsia* con el capital, lo que hasta entonces era como entrar en el infierno. En 1908, Trotski, en un artículo con motivo del 25 aniversario de la *Neue Zeit*, escribió que la doctrina marxista ha servido para reconciliar la *intelligentsia* rusa con el desarrollo capitalista. Se comprende que Gramsci, que no había visto más que una parte del fenómeno (su desenlace) y que no conocía probablemente las posturas de Marx sobre Rusia, pudiera escribir en 1917 que la revolución rusa triunfa contra *El Capital* de Marx. No tenía razón, aunque lo que quería decir era verdad.

El marxismo como teoría del crecimiento, engendrado por el marxismo legal (por el populismo legal en cierta medida) y después aceptado por los bolcheviques, será el fin aceptado también por los bolcheviques. Conocerá un gran desarrollo tras las polémicas

Boukahrine-Preobrajenski sobre la acumulación socialista, y su existencia predominará consolidada como consecuencia del debate sobre el crecimiento económico de países como China, India, Cuba, Argelia, etc., después de su revolución o su independencia, de tal manera que actualmente impera tanto en las universidades como en las fábricas. De hecho se ha pasado de la afirmación enunciada claramente por Trotski, por ejemplo, en la *Revolución traicionada*[11], e implícita ya en Lenin, de que el socialismo va a permitir acrecentar la producción y va a mostrar en ese terreno su superioridad con relación al capitalismo, a la afirmación de que el crecimiento de las fuerzas productivas es el socialismo: stalinismo, krouchtchevismo y trotskismo. Por lo que se nota que la teoría de la emulación del capitalismo por el comunismo que se abre paso con Lenin se desarrolla ya en Trotski. Por una ironía de esa emulación, Rostow (*Etapas del crecimiento económico*), queriendo hacer un anti-manifiesto, vomitó una teoría del crecimiento, una teología del despegue. ¡Graciosa coincidencia!

Esta teoría del desarrollo, el materialismo histórico, no fue un producto exclusivamente ruso. En Italia la defendió Antonio Labriola en *La concepción materialista de la Historia*. En ella defiende la importancia primordial de los

---

[11] «Ya no hay por qué discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no ya en las páginas de *El Capital*, sino en un campo económico que cubre la sexta parte de la superficie del globo; no en lenguaje dialéctico, sino en el lenguaje del hierro, del cemento y de la electricidad» (10-18, p. 10).
Esto demuestra hasta qué punto para Trotski no hay diferencia entre capitalismo y socialismo.

hechos económicos, de los hechos materiales en general, junto con una visión cientifista acompañada de la exaltación del proletariado y de su dictadura. En el fondo, es a principios del siglo cuando mejor se ha expresado la ideología según la cual el proletariado tenía que convertirse en clase dominante y dirigir el proceso económico global y a partir de organizaciones económicas. Sorel lo expresó notablemente en *Materiales para una teoría del proletariado*, y de una manera contundente en *La ruina del mundo antiguo*:

> «El proletariado no quiere volver a caer bajo ningún yugo; él desecha las resecas teorías de la lógica revolucionaria burguesa; él construye su propio cuerpo y se levanta contra la antigua organización de clases. El puede intentar disolver las fuerzas del Estado transfiriendo a sus Uniones todo lo que pueden llevar de administración pública, porque ha hecho por sí mismo creaciones que le son propias.» (Ed. Rivière, 1933, p. 318.)
> «El socialismo se torna hacia el pensamiento antiguo; pero el guerrero de la ciudad es hoy el obrero de la gran industria; las armas han sido reemplazadas por las máquinas. El socialismo es una filosofía de productores, y nada podría enseñarle un Evangelio que se dirige a mendigos.» (*Ibíd*, p. 311.)

Hoy no son las organizaciones económicas las que son aplaudidas, sino el aparato de producción. Los socialistas más modernos son los más consecuentes en su expresión de la integración de la clase obrera y de la inte-

riorización de la dominación del capital, como nos lo prueba S. Malet en su artículo «¿La clase obrera desaparecerá?» (*Realités*, junio de 1971):

> «Si se entiende por conciencia "revolucionaria", en el sentido clásico de la palabra, la voluntad de apoderarse en primer lugar del poder político, por cualquier medio y a cualquier precio, y sólo después, en una fase ulterior, organizar la sociedad de una forma nueva, no cabe duda que la nueva clase obrera no es ya revolucionaria. No lo es en estas condiciones, porque pone una condición previa a la transformación de las estructuras existentes: que no debe hacerse al precio de destruir el aparato de producción ni de su seria debilitación. "La máquina es demasiado cara para romperla.»

Kautsky hace el mismo razonamiento en 1919: ¡fuera bromas en cuanto al desorden en las cuestiones de dinero! Ahora bien: ¿Qué es la revolución para muchos a partir de mayo del 68? En su prólogo al libro de Sorel, Berth termina ponderando que

> «la ciudad no podrá reconstruirse más que sobre la base del trabajo, jugando éste el papel que antes realizaba la guerra en la heroica ciudad: al héroe de la Antigüedad, al santo de la Edad Media y al ciudadano moderno ha de suceder el trabajador social».

Sorel propone incluso una ética extraída de las obras de Marx:

> «Ya he dicho que para hacer el análisis crítico de nuestro conocimiento debemos recurrir a las máquinas. Karl Marx, que penetró tan bien en la importancia de la maquinaria industrial, no pudo dejar de buscar el principio fundamental de la ética en los fenómenos humanos que se desenvuelven en torno a la máquina.» (*Antigua y nueva metafísica*, citada por Berth en su prólogo, p. XIV.)

¡Estamos muy lejos, como puede verse, de la exigencia proclamada por Marx de la destrucción del proletariado! El fracaso del movimiento revolucionario de principio de siglo implica también el fracaso de la erección del proletariado en clase dominante, sobre la base de organizaciones económicas que lleva consigo la imposibilidad de la dictadura del proletariado, concebida como una larga fase de la post-revolución comunista.

En su libro *Marxismo y filosofía*, K. Korsch se pregunta si el marxismo producido en un período de revolución es adecuado para otro contrarrevolucionario, y critica a Kautsky cuando afirma que textos como la *Dirección* de 1864, *La introducción a las luchas de clase en Francia* (1895) hubiesen permitido «extender la teoría de la revolución social (...) también en las épocas no-revolucionarias» (Ed. de Minuit, p. 29). En cambio, afirma:

> «El marxismo no ha sido para el movimiento obrero, que lo había adoptado de manera formal, una verdadera "teoría", es decir, una expresión general, y no otra cosa, del movimiento histórico real (Marx).» (*Ibíd.*, p. 35.)

Y también:

> «que el movimiento práctico ulterior de la clase obrera se había rezagado, por así decirlo, con respecto a la teoría.» (*Ibíd*, p. 33.)

Este «retraso» se notaba mucho en el partido social-demócrata alemán. Y estas observaciones son muy interesantes en lo que concierne a Rusia. Desde el final del siglo pasado, después de la derrota de *Zemlja i Volja* y de *Narodnaja Volja*, y de un cierto repliegue de las revueltas campesinas, aunque el movimiento obrero experimentase un determinado desarrollo, se consideraba absolutamente imposible la vieja perspectiva de saltar el Modo de Producción Capitalista. ¿Cómo iba a obrar el proletariado y cómo iba a insertarse en un movimiento revolucionario en Rusia y en Europa? Aquí es donde hemos de añadir al análisis de Korsch el concepto de representación y decir: gracias a la obra de Marx el proletariado podía presentar concretamente su posición en el proceso total de la producción; en él se veía exaltado y encontraba justificada su acción mediadora. O dicho de otra manera: la teoría expresión del movimiento de la clase obrera se transformaría en ideología tras su asalto al capital, y la obra de Marx se convertiría en marxismo, con la eliminación de todas las corrientes populistas. Y lo mismo sucede en Occidente: la fase contrarevolucionaria y el desarrollo del Modo de Producción Capitalista (se sale de la crisis catastrófica) plantea la validez de una acción del proletariado, y la de su inserción en la sociedad, ¿Qué idea pude hacerse de su mar-

cha futura en ella y cómo a la vez (al menos al principio, antes de su inserción en la sociedad), puede seguir luchando por su objetivo final? En realidad, ese objetivo se perderá rápidamente en el movimiento intermediario que tendría que haber sido simple mediación en su proceso hacia el comunismo: el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, el desarrollo del capital. Una nota de Plekhanov en su obra *Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la Historia (Obras filosóficas*, ed. de Moscú, t. I, p. 874, nota 61) expresa muy claramente esta transformación simultánea en Rusia y en Occidente y las interacciones entre las dos:

> «Conozco la actividad de los social-demócratas. Ella ha contribuido al progreso del capitalismo suprimiendo las caducas fuerzas de producción, como la industria a domicilio. En el Congreso de Breslau, en 1895, Bebel resumió bastante bien la actitud de la social-democracia occidental con respecto al capitalismo: "Siempre me pregunto a propósito de cualquier medida si perjudica al progreso del capitalismo. Si le perjudica, me opongo a ella."»

El comunismo, en cuanto movimiento y teoría, reclamaba la destrucción del proletariado. Sin embargo, en la fase contrarevolucionaria el proletariado fue llevado a exaltar su número y su organización a fin de poder resistir. Mas ésto no era necesariamente nefasto, y cabía esperar, durante cierto tiempo y en la medida que el objetivo final (el programa máximo) no se ocultase, la vuelta,

de alguna manera, a la revolución, acelerando incluso el movimiento. Y aquí se encuentra la razón que justifica la inserción del proletariado en la sociedad capitalista. Lo cual era imposible de realizar de no ser en período de dominación formal del capital sobre la sociedad, en la que, aunque el proletariado estuviese ya absorbido en el proceso de producción, tenía un cierto margen de maniobra en el tiempo libre en que no trabajaba.

La teoría es movimiento, la ideología es la parte del movimiento que se autonomiza, y puede, dentro de la esfera de la representación, tener su propio movimiento. Como consecuencia de su disociación con el ser (el proletariado), se convierte en una cosa (cosificación de la teoría) que se puede transferir. La respuesta de Lenin al *¿Qué hacer?* Es importar el marxismo dentro del proletariado.

Otro componente de esta ideologización es la aceptación de la ciencia, del positivismo y la importancia del materialismo clásico burgués, cuya influencia –como lo muestra Korsch– es considerable sobre Lenin. Pero Occidente tampoco se ha librado de esta enfermedad: es como una infección recíproca. Kautsky considera al marxismo como un darwinismo social en *Ética y concepción materialista de la Historia*, 1906. Incluso los críticos de Lenin, como Pannekoek, no hacen más que exponer un neopositivismo y no una posición comunista coherente con la de Marx. Hay que notar que el positivismo, que concede tanta importancia a la ciencia como ideología más que como fuerza productiva, es perceptible sobre todo en lo que solemos llamar países en vías de desarrollo: en Brasil hubo a principio de siglo un verdadero entusiasmo por el positivismo. El culto a la ciencia

y al progreso reemplaza las antiguas concepciones religiosas, que son justamente un freno para el desarrollo del capital.

El culto a la ciencia va acompañado de la ilusión de poder dominarla, y dominar la técnica (cf. lo que describía Lenin sobre el sistema de Taylor, y Bordiga, que al defender a Lenin, se deja absorber por la ideología dominante) ha conducido al culto a la racionalidad, a la pretensión de disciplinar las fuerzas productivas, al dominio de la Naturaleza, todo en correlación con la ideología del desarrollo. Al mismo tiempo en la U.R.S.S. se da una de las primeras manifestaciones de la ciencia de la manipulación humana: la teoría de Pavlov sobre los reflejos condicionados o adquiridos no es una casualidad que haya surgido en la U.R.S.S. Esta ciencia adquiere un gran esplendor, como nos lo muestra Soljenitsyne en *El primer círculo*, y los diversos internamientos psiquiátricos la exaltan todos los días. En la U.R.S.S. tiende a realizarse otro aspecto de la utopía del capital descrito por Zamiatine en 1920: condicionar a los hombres hasta el punto de arrancarles la imaginación por completo, convirtiéndola en propiedad del capital, que es el que organiza a los hombres. Notemos que la anticipación del término *nosotros* es el punto de partida de esa ficción científica, que describe el despotismo racional de las sociedades al realizar la utopía del capital. Casi treinta años después, en 1948, d'Orwell, nacido después del positivismo, del materialismo implicado en el capital, tiene como consecuencia la revitalización de la religión. Siempre hubo en Rusia sectas religiosas que se opusieron al poder autocrático. Los populistas se unieron muchas veces a los

raskolniki a fin de reforzar su lucha contra el zarismo. Actualmente la religión permite una manifestación humana contra el capital, porque Dios es un producto humano. Gracias a él, el hombre puede aún preservar su ser del influjo maléfico del capital. Tanto en la U.R.S.S. como en las democracias populares la religión ha conservado su viejo papel, en el que se ha insertado esta lucha contra el capital. La situación es parecida en América Latina, mientras que en Europa y en EE.UU. prevalece el segundo aspecto. Por otro lado, es el dios de Feuerbach el que se reivindica cada vez más.

CAPÍTULO III

Sin embargo, todo lo que precede no es suficiente aún para emitir un juicio sobre la transformación social de Rusia a principio de siglo. Para precisar el cambio, real o no, tenemos que recurrir a la periodización del Modo de Producción Capitalista, del que ya hemos tratado. En el libro I, sección 6, cap. 14, p. 533, de la edición alemana (Dietz Verlag, *Werke*, t. 23), y sobre todo en el capítulo VI inédito de *El Capital*, Marx distingue una dominación formal (o sumisión formal del trabajo al capital) y una dominación real (o sumisión real) del capital en el seno del proceso de producción inmediato. La gran diferencia consiste en que en uno se da producción de plusvalía absoluta y en el otro producción de plusvalía relativa. Ahora bien: para producir esta última es preciso que el capital modifique el antiguo proceso de trabajo, y en lugar de dominarlo simplemente, ha de hacerlo funcionar según su propia racionalidad. Con lo que se transforma el proceso de trabajo en proceso de trabajo para el capital o proceso de producción capitalista.

Esto es importante en lo que concierne a las formas antidiluvianas del capital, como el capital mercantil y el capital usurario. De éste dice Marx:

> «Pero no entra en el proceso mismo de producción, que tanto antes como después sigue a su lado la marcha tradicional.» (10/18, p. 198.)

El capital no puede autonomizarse. Siempre está a merced del poder político o de una revuelta de los hombres, añade Marx:

> «En realidad, el capital usurario se desarrolla una vez que el modo de producción tradicional se marchita; y lo que es más, él es el medio para debilitarlo y para hacerle vegetar en las condiciones más desfavorables. Pero *todavía* no se da la sumisión formal del trabajo al capital.» (*Ibíd.*, p. 198.)

Además, incluso si en ciertas zonas el proceso de trabajo ha sido sometido al capital, su dominación puede discutirse. En todo caso, en lo que a Rusia se refiere, el *koulak* aparece casi siempre (y es descrito) como un usurero más que como un granjero capitalista. El *koulak* permanece dentro de la comuna y explota en su provecho a sus elementos más pobres. Para ello utiliza el dinero, pero éste no es aún capital; en todo caso, se encontraría en su tercera forma, el dinero en cuanto dinero, forma de transición al capital. En su carta a Danielson (29-10-1891), Engels describe la figura social del *koulak*:

> «En la medida que puedo juzgar los *koulaks* prefieren tener entre sus garras al campesino como *objeto de explotación* antes que arruinarlo de una vez por todas y arrebatarle la tierra. Por eso tengo la impresión de que el campesino ruso, en los sitios que no pueda ir a trabajar a las fábricas o a la ciudades, morirá penosamente; y antes que muera, sería mejor matarlo muchas veces...» (*Werke*, t. 38, p. 196.)

En esto Engels fue profeta verdaderamente. En cambio, Lenin asimiló con demasiada ligereza el *koulak* al granjero americano, lo que le permitió teorizar dos vías de evolución posibles para la agricultura rusa: una prusiana y otra americana (cf. *El programa agrario de la social-democracia en la primera revolución de 1905-1907*). Esta interpretación capitalista aparecerá de nuevo a propósito de Neuman, considerado como un verdadero capitalista. Estos errores de análisis tendrán consecuencias enormes para el desarrollo de la revolución rusa y para el del campesinado soviético: la violencia y el terror en el campo. La famosa deskoulakización fue un intento de imponer por la fuerza un desarrollo capitalista quitando el obstáculo usurario (en Occidente el capitalista tuvo también que luchar terriblemente para eliminar la usura. Cf. a este respecto el libro IV de *El Capital*), pero con ello, como puede apreciarse a través del estudio de Bordiga, lo que consiguió fue una criatura de *mir*, y del *mir* tal como era antes de la revolución, en el momento en que se estaba disolviendo.

Dicho de otra manera: la perplejidad de Marx, como la de muchos populistas, en cuanto a la posibilidad de un desarrollo real del capital en Rusia, estaba totalmente justificada. La estructura agraria, unida a condiciones geográficas bien determinadas, era un obstáculo para el capital.

Incluso si el capital llega a dominar el proceso de producción (tengamos en cuenta que en 1917 muchos obreros de Petrogrado mantenían importantes vínculos con el campo, por lo que no estaban totalmente proletariza-

dos), su existencia no está asegurada aún a escala social. Su desarrollo está condicionado por la transformación del antiguo proceso de circulación en proceso de circulación propia del capital, que, unido al proceso de producción inmediata, constituye el proceso de producción global del capital. Por eso hemos extendido el campo de conceptos de Marx y hemos hablado de una dominación formal y de una dominación real del capital sobre la sociedad. Esta última dominación es realizada una vez que se han transformado todos los presupuestos sociales exigidos por el mismo capital, cuando se ha convertido en comunidad material y ha realizado su proceso antropomórfico y se establece como comunidad ficticia. Lo que no quiere decir que su dominación sea total y absoluta, de forma que implique la desaparición de toda posibilidad de lucha por parte de los hombres.

Por eso nos parece un grave error decir que en Rusia el modo de producción capitalista predominaba en 1917. Si se afirma tal cosa, no hay más remedio que afirmar que la revolución tenía que ser la revolución comunista, puesto que tendía directamente a implantar el comunismo. La victoria de los bolcheviques es aún inexplicable por completo, ya que ellos defendían la tesis de hacer la revolución burguesa al estilo proletario (un transplante del desarrollo occidental).

La solución estaba en el escamoteo puro y simple de la acción de los bolcheviques y del problema campesino. Se dice que había Modo de Producción Capitalista al principio y también al final. No fue revolución lo que hubo, sino una cierta perturbación, de la que fueron protagonistas los bolcheviques entre otros. Sus puntos de vista gestionarios permitieron

un mantenimiento del Modo de Producción Capitalista. Sin embargo, la lógica no fue totalmente respetada, porque habría que definir a los bolcheviques desde el principio como reaccionarios y afirmar que debió darse y pudo darse un movimiento revolucionario. No obstante, algunos reconocen, con una falta de lógica total, que hubo realización de tareas democráticas, ¡Siendo así que dominaba ya el Modo de Producción Capitalista!

Si se dice que la revolución rusa fue una revolución burguesa (considerando siempre dominante el Modo de Producción Capitalista), hay que aclarar inmediatamente que fue una revolución política que dotó a Rusia de un Estado proporcionado a la estructura económica reinante. Es la única manera de no caer en contradicción:

> «Al contrario, el alma política de una revolución consiste en la *tendencia* de las clases sin influencia política a suprimir su *aislamiento* de cara al ser del Estado y del poder. Su punto de vista es el del Estado, el de una totalidad *abstracta* que no existe *más que* por la separación de la vida real, lo que sería *impensable* sin la contradicción *organizada* entre la idea general y la existencia individual del hombre. Conforme a su naturaleza *limitada y desunida*, una revolución que tenga *alma política* organiza siempre una esfera dominante en la sociedad y a expensas de ella.» (Marx: «Glosas críticas marginales a un artículo: "El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano"», en *Spartacus*, núm. 33.)

Lo que permitiría a Trotski salvar su teoría de la revolución permanente es la afirmación de la necesidad de una revolución política solamente. Porque si en la U.R.S.S. persistía algo revolucionario y socialista, no había más que rematar la obra, por tanto, la permanencia de la revolución. Pero reclamar una revolución política en la U.R.S.S. es reclamar la permanencia de una esfera dominante en la sociedad a expensas de la sociedad, lo que no es incompatible con el vagabundeo de Trotski, ya que es concebir la sociedad en marcha hacia el comunismo como equivalente a la sociedad burguesa.

En realidad, se tenía una dominación precisamente formal en el proceso de producción concebido a escala de toda la sociedad. En la agricultura en particular, el capital no había abolido, en manera alguna, los antiguos presupuestos. Actualmente podemos decir que en Rusia el capital no termina de dominar realmente, porque no llega a dominar la agricultura todavía, y esto confirma la previsión de Marx cuando afirmaba que tras la reforma de 1861 Rusia tenía que pasar inevitablemente de exportadora a importadora de cereales y que conocería crisis periódicas[12]. Es evidente que la presión de la competencia americana (países latinoamericanos, pero sobre todo EE.UU.) ha jugado un gran papel en el bloqueo de la agricultura rusa[13].

---

[12] No podemos tratar esto aquí. Indiquemos, no obstante, que Engels a finales del siglo pasado preveía que una guerra mundial conduciría a la ruina de Europa y a una dominación de la agricultura estadounidense

[13] Esta cuestión la hemos tratado en un artículo titulado «La crisis agrícola rusa es de origen social» en *El programa comunista*, núm. 18, 1965.

Por otra parte, cuando Bordiga definió el Estado ruso como un Estado de los campesinos kolkhosianos y del capital mundial, expresaba aún la debilidad del Modo de Producción Capitalista en la U.R.S.S. ¡En otro aspecto puede constatarse que los kolkhosianos hacen el papel de usureros!

Y aún no se han agotado nuestras preguntas sobre el destino de la comuna rusa. ¿Tenía o no tenía vitalidad en 1917? Porque esto condiciona en gran medida la apreciación de la postura bolchevique. Para responder vamos a dar un ligero rodeo, recordando que en todo proceso revolucionario existen dos fenómenos importantes que en cierta medida se oponen: el fenómeno del transcrecimiento, sobre el que volveremos, y el de la reaparición de contradicciones, de choques y conflictos, que se habían olvidado porque se creía que estaban superados. Pero, como índica Marx, el valor de cambio, en su devenir, no resuelve ninguna contradicción, sino que las engloba, y al capital le pasa lo mismo. Por eso, a la vuelta de cualquier crisis, de cualquier desequilibrio o perturbación del sistema establecido, pueden renacer las contradicciones, que no habían sido más que integradas, y pueden reaparecer viejos comportamientos humanos, especialmente en las zonas en que la domesticación llevada a cabo por el capital no alcanzó aún una dimensión histórica. Lo que quiere decir que si estadísticamente podía registrarse una desaparición de la *Obchtchina* en 1917, no deja de plantearse también el problema de su revitalización desde el momento de la irrupción revolucionaria.

Lenin se percató de una parte del fenómeno y en 1918 y 1919 (cf. el VIII Congreso del

P.C.R.) insiste sobre el resurgimiento de antiguas formas. Sin embargo, él no analiza los fenómenos más que desde el punto de vista del desarrollo del capital y no del de la *Obchtchina* que no son incompatibles, ni mucho menos); ¿No podría ésta renacer una vez que el inmenso aparato zarista (que precisamente impedía todo desarrollo de la comunidades) fue abandonado tras la desaparición del zar y después totalmente desmantelado tras la puesta en marcha de las luchas campesinas? Los rusos perdieron su antigua comunidad a partir de 1861 –es un hecho que reconocen muchos autores–, sin que haya sido reemplazada por formas de organización estables; cuando más, el capital llega a desarrollarse formalmente en algunos sectores.

El que estas comunidades hayan podido renacer tiene un interés excepcional para comprender uno de los caminos que podría haber cogido la revolución rusa y para emitir un juicio de conjunto sobre la misma. En efecto, hemos visto que el poder central zarista se había insertado en las pequeñas comunidades; con su desaparición, la comunidad del proletariado mundial (dictadura del proletariado) podía facilitar al comunismo un desarrollo armonioso y, por así decirlo, no violento, en vista de los horrores que ha conocido la U.R.S.S. desde la revolución hasta nuestros días. La revitalización, pues, de estas comunidades no es una hipótesis gratuita. Engels escribía a propósito de Polonia:

> «En Polonia, especialmente en la provincias de Grodno, donde la mayoría de los hidalgüelos se arruinaron a consecuencia de la insurrección de 1863, los campesinos compran o arriendan ahora con fre-

> cuencia los dominios señoriales, y los cultivan en común y por cuenta de todos. Ahora bien: estos campesinos no tienen ya propiedad comunitaria desde hace siglos, y no son señorones rusos, sino polacos, lituanos y bielorrusos.» (*Sobre la cuestión social en Rusia*, MEW, t. 18, p. 565, nota.)

Se puede decir, de una manera general, que mientras que el capital no ha llegado a transformar al hombre, a producir otra especie, existen constantes humanas más enterradas donde el dominio del capital es más antiguo; estas constantes sufren además la influencia de las circunstancias geográficas, y así, la tendencia constante de volver a la comunidad des más fuerte y persistente en las zonas donde las condiciones ambientales hacen difícil una autonomización del individuo. Por eso, a escala mundial, una vez que la comunidad material y ficticia del capital hubiera sido disgregada, los hombres y mujeres podrían emprender la reconquista y la creación de su vida. En la U.R.S.S la tendencia a formar una comunidad humana será muy pujante, en virtud de lo que acabamos de decir sobre la historia de este país.

La persistencia, e incluso la revitalización en Rusia de la comuna agraria, han sido afirmadas por un especialista en cuestiones eslavas, P. Pascal:

> «La comuna no ha muerto después de la revolución.» (*Civilización campesina en Rusia*, «Slavica», de. L'Age de l'Homme, 1969, p. 25.)

Incluso la considera aún viva en 1966.

Evidentemente, no pueden sacarse conclusiones sólidas de unas cuantas observaciones proporcionadas por el autor en su libro; sin embargo, existen otros testimonios, directos o indirectos, que prueban la revitalización de la comuna. Por ejemplo, el de Voline en su libro *La revolución desconocida*, pero son simples alusiones sobre las que no se puede construir nada.

El testimonio de Trotski es interesante, sobre todo, por su postura marxista rigurosa. En su *Historia de la revolución rusa* escribe:

> «Al mismo tiempo comienza un movimiento "comunal" de los campesinos acomodados, que se habían separado de las comunidades cogiendo parcelas independientes sobre la base de la ley de Stolypine del 9 de noviembre de 1906.» (Ed. du Seuil, t. 1. pp. 356-57.)

Lo cual expresa la voluntad de los campesinos de reconstruir la *Obchtchina* –lo que Trotski no plantea–. Él se sorprende de que los campesinos pobres se hayan ido en busca de los *koulaks* para saquear juntos las residencias señoriales. Ahora bien: los *koulaks* estaban aún en la comunidad. La fuerza de ésta se le impone con toda claridad:

> «Durante el gobierno de Koursk se persigue a los campesinos que habían adquirido parcelas y se oponían a entrar en la comunidad. Ante la gran revolución agraria, el campesinado intenta presentarse como un todo único antes de un reparto equitativo general de las tierras. Compartimentos en el interior pueden

> crear impedimentos. El *mir* ha de marchar como un solo hombre. La lucha por la conquista de las tierras de los nobles va acompañada, en consecuencia, de violencias en las granjas contra los cultivadores individuales.» (*Ibíd.*, t. 1, p. 360.)

La reforma de Stolypine había sido la única consecuente en orden a la penetración del Modo de Producción Capitalista en la agricultura, a través de la intervención del Estado, en lugar de dejar obrar a los mecanismos económicos elementales. En el texto de Trotsky se transparenta la voluntad de la comuna de reconquistar su totalidad, de redefinirse en su integralidad. La explicación de Trotsky es excesivamente superficial: un intento de justificación de su teoría puramente clasista.

En *Rusia y revolución en la teoría marxista*, Bordiga defiende a Lenin y dice que la comuna agraria estaba definitivamente eliminada antes de 1917, aunque en *Estructura económica y social de la Rusia de hoy* escribe:

> «La reforma más audaz, la de Stolypine en 1906, no consigue tampoco establecer en el campo un régimen de explotaciones particulares. (...) Se cree que en vísperas de la gran guerra sólo se habían liquidado la cuarta parte de las explotaciones colectivas.»

Esto es aproximadamente lo que afirma el historiador Carmichael.

Esta observación de Bordiga explica también por qué Lenin habla siempre de desencadenar la lucha de clase en el campo (tema que recoge Stalin aún en 1928), con el fin de

desarrollar las fuerzas productivas, por una parte, y de destruir la fuerza de los *koulaks*, por otra. Cuando Lenin escribe:

> «Nos hará falta mucho tiempo para escindir al campesinado e integrar a los elementos no *koulaks*.» (t. 30, p. 523)

¿No indica que la *Obchtchina* persiste a pesar de que las estadísticas no la registren como tal? Más tarde señala que sólo en 1921 se llegó por primera vez a un pacto con los campesinos en el terreno económico (t. 33, p. 157 y 273). La evolución de Lenin de cara a los campesinos se refleja en cambios de fórmula: dictadura democrática del proletariado y del campesinado, que se convierte en dictadura democrática del proletariado y del campesinado pobre, y después dictadura del proletariado sostenida por los campesinos pobres y los semiproletarios (cf. t. 27, p. 154 y 182 en lo que se refiere a esta última fórmula).

Esto no es decisivo, pero es suficiente para tener que reexaminar la cuestión. Habrá que hacerlo también a propósito de la famosa medida inscrita en el programa de los socialistas revolucionarios, que, por otra parte, fueron incapaces de aplicar, y que los campesinos realizaron directamente con el consentimiento y la ayuda de los mismos bolcheviques: la tierra para los campesinos. ¿Qué otra cosa, si no, significa la revancha de los campesinos contra el zar, que los había liberado de la servidumbre, pero teniendo que pagar el rescate? Porque los campesinos, como recuerda Plekhanov, consideran que la tierra les pertenecía:

> «"Nosotros somos de ustedes, pero la tierra es nuestra", decían los campesinos a los señores.» (*O. c.*, p. 260.)

No se puede afirmar de manera categórica que esto era una prueba de la mentalidad pequeño-burguesa de los campesinos ni de su instinto de propiedad; abatido el zar, ellos recobran lo que les pertenecía. Es evidente que entre tanto habían cambiado muchas cosas: nobles y burgueses habían conseguido acaparar tierras, creando así antagonismos secundarios. Pero fundamentalmente, y en esencia, sucedió lo mismo que con la comuna:

> «La comuna fue la nueva toma del poder del Estado por la sociedad, de la que llega a ser una fuerza viva, en lugar de ser la fuerza que la dominase y subyugase.» (Marx: *Primer ensayo de redacción de la guerra civil en Francia*, ed. Soc., p. 213.)

Los obreros impusieron la república que el segundo Imperio había escamoteado. Los campesinos rusos habían recuperado la tierra de su comunidad, que el zarismo les había arrebatado. Esto hubiera podido constituir el punto de partida para una reforma de las comunidades a un nivel superior, a condición de que los campesinos fuesen apoyados por el nuevo Estado, el cual tenía que quitar los obstáculos que impedían el desarrollo de las comunas, como afirmaba Marx en los borradores de su carta a V. Zassoulitch. El triunfo del marxismo impidió la realización de esta solución. El Estado fue concebido (y obró) como creador de formas de organización (cf.

creación de comités de campesinos pobres en 1918) y no como una fuerza vivificante coordinadora de las diferentes comunidades y de éstas con los pueblos. No fue expresión de un centralismo orgánico, sino despótico.

En fin, es más que probable que el fenómeno comunitario no resurgió en todos los sitios con la misma intensidad (falta documentación para establecerlo con seriedad), pero hay regiones donde no cabe la más mínima duda, como en Ukrania. La *makhnovtchina* hubiera sido imposible sin la resistencia de los campesinos sobre su base comunitaria, y los datos fundamentales de Archinoff no han sido refutados realmente por Trotski. Este, en su polémica (*Escritos militares*), no hace más que confirmar negativamente los caracteres fundamentales antes indicados. Se ha acusado a este movimiento de ser anarquista, y es verdad que ha habido anarquistas en su seno (y fueron los únicos en defenderlo y en exaltarlo); pero eso no es más que una verdad a medias: sería olvidar que todo el movimiento populista, expresión de la *Obchtchina*, era antiestatal..., y nosotros hemos constatado cómo el marxismo ruso, en su deseo de favorecer el desarrollo del capital, había perdido esta dimensión populista; y no era ésa la postura de Marx, que escribía en un borrador de la carta de V. Zassoulitch:

> «(El aislamiento de las comunas que favorece la inserción del despotismo, n. d. r.) es hoy un obstáculo fácil de eliminar. Bastaría sustituir simplemente a la *volots*, institución gubernamental, por una asamblea de campesinos elegidos por las mismas comunas que sirviese de órgano

económico y administrativo de sus intereses.»

Ahora bien: eso es lo que intentaron hacer los ukranianos, como lo explica Archinoff en su libro *El movimiento makhnovista*.

Otro caso difícil de analizar es el de Kronstadt y el de la sublevación en el gobierno de Tambov, mucho más conocido. Así, pues, como consecuencia de su postura de cara a los populistas y de su no-comprensión de las posiciones de Marx sobre Rusia, es evidente que los bolcheviques no estaban en condiciones de comprender el fenómeno ni de asimilarlo; mucho menos si tenemos en cuenta que a escala occidental el marxismo veía en el capitalismo un elemento de progreso que había que defender. Y además, cuando se oponía a él, no hacía más que exaltarlo en realidad, porque su tema siempre era el mismo: desarrollo de las fuerzas productivas. En definitiva, es la clase proletaria en su totalidad la que no fue capaz de afrontar de manera exhaustiva la cuestión rusa.

Queremos indicar, por fin, un gran movimiento histórico que, en nuestra opinión, muestra la persistencia de la comunidad, al menos como comportamiento: la colectivización forzada de 1929 que Deutscher considera como una segunda revolución, «más profunda aún y más radical que la primera» (*Stalin*, Gallimard, Livres du poche, p. 362). Y aunque Deutscher denuncia el carácter de imposición de esta colectivización, también señala un movimiento de entusiasmo inicial. «El comienzo de la colectivización fue un éxito indudable.» (*Ibíd.*, p. 395.)

Lo mismo afirma Broué:

> «En realidad, la colectivización se desenvuelve de manera menos esquemática y sobre todo menos lineal. Provoca un incontestable entusiasmo entre las capas más pobres de campesinos, llamados así a reemprender, de una forma original, la lucha secular por la tierra de quien consideran el explotador (el *koulak*, n. d. r.), y se ha podido hablar, en este sentido, de un verdadero "Octubre campesino."» (*El partido bolchevique*, ed. de Minuit, página 316.)

Sin embargo, es importante observar que muy pronto la lucha de los campesinos pobres contra los *koulaks* se convierte en lucha contra el Estado. En muchos casos el conjunto de la villa era solidario de los *koulaks*. Inconsecuencia de los *moujiks*, se dirá, ¿O es que existe una razón más profunda, como es quizá la defensa de su comunidad?

Ya en 1918 los comités de campesinos pobres establecidos por el Estado habían fracasado: los campesinos respondieron con la inercia (no querían colaborar en el plan económico) a la destrucción de sus viejas relaciones comunitarias. Por eso se ilusionaron al principio sobre el sentido de la colectivización, para rebelarse en seguida. Pero después que Stalin tuvo que soltar lastre y que los *kolkhoses* se estabilizaron un poco sintió (Stalin) el peligro de esta resurrección comunitaria:

> «Sorprendió al partido diciendo que las granjas colectivas podían llegar a ser más peligrosas aún para el régimen que las

> explotaciones agrícolas privadas. En otro tiempo los campesinos estaban diseminados y reaccionaban con lentitud; eran incapaces de organizarse desde el punto de vista político. Después de la colectivización, los campesinos estaban organizados en cuerpos compactos, que podían sostener los soviets, pero que también podían volverse contra ellos con mayor eficacia que los cultivadores independientes. Para que el partido pudiese vigilarlos estrechamente se establecieron secciones políticas rurales.» (Deutscher: *Stalin*, pp. 406-07.)

Stalin hubiese querido hacer de los campesinos asalariados, ni más ni menos, que dependieran del Estado directamente, barriendo definitivamente su vieja organización comunitaria, cosas que, a partir de 1861, con el movimiento populista, ellos habían rechazado. Stalin no pudo, pues, resolver la dificultad más que transformando cada vez más el conjunto de los *kolkhoses* en *koulaks* usureros, no ya de cara a los campesinos, sino de cara a las capas urbanas predominantemente obreras[14].

Sin embargo, según diversos autores, el hecho comunitario no ha desaparecido aún día totalmente. Así lo afirma, como hemos

---

[14] Después de retroceder en diferentes ocasiones, Stalin utilizó siempre las ideas de sus adversarios. Por eso es cierto que, para hacer triunfar su teoría del socialismo en un solo país, él se apoya en el viejo fondo paneslavo y populista de los rusos. En efecto, construir el socialismo solo, sin la ayuda de Occidente, requería la exaltación de Rusia (paneslavismo) y la afirmación de que Rusia podía tener su vía particular (populismo).

dicho ya, P. Pascal; y lo mismo sugiere B. H. Kerblay en su artículo «Cambios en la agricultura soviética»:

> «Los recientes debates atestiguan una tradición campesina comunitaria y familiar que, en ciertos casos, aparece a contracorriente de las soluciones preconizadas por las estructuras agrarias.» (*Problemas económicos*, número 1,162, 1970)[15].

---

[15] El historiador Carr también hace indicaciones que parecen contradictorias. En efecto, dice que la redistribución de las tierras comienza con la revolución de octubre afectando en 1920 la totalidad de la república de los soviets. Proporciona una estadística sobre dimensiones donde se ve que la propiedad que tenía 4 *desjatine* ha pasado del 58% en 1917 al 72,1% en 1919 y al 86,0% en 1920. Lo que indicaría una parcelación de tipo francés (cf. *La revolución bolchevique, 1917-1923*, Ed. Peguin Books, t. 2, p. 171). Sin embargo, Carr nos enseña, por otra parte, que «el sistema de propiedad común con la redistribución periódica no fue afectado por la reforma» (*Ibíd*, p. 53). Se trata aquí de la socialización de la tierra, ley promulgada bajo la influencia de los S-R de izquierda.
«El *mir*, con su redistribución periódica de la tierra entre sus miembros, continuó existiendo al lado de la propiedad campesina industrial, sin discriminación oficial entre ellos. Pero la actitud de las autoridades era ambigua» (*Ibíd*, p. 287). En una nota, Carr indica que había en el seno del *mir* fuertes oposiciones a la salida de cualquiera de sus miembros. También señala que la ley fundamental sobre la utilización de la tierra, de mayo de 1922, reconoce tanto la existencia del *artel*, de la comuna y del *mir* como la posesión aislada bajo la forma del *otrub* o del *khutor* (p. 288).
También se encuentran bastantes datos sobre esta cuestión en *Socialism in one country, 1924-1926*, del mismo autor, en las pp. 205-352.
Panaït Istrati, por su parte, hace esta observación que dice mucho sobre el embrollo agrario: «El campo ruso es un misterio incluso para los rusos de las villas; en él se elabo-

Prevenimos en seguida un posible malentendido: de ninguna manera queremos decir que el Modo de Producción Capitalista no podía o no puede implantarse en Rusia. La cuestión es más compleja. Lo que queremos decir es que el Modo de Producción Capitalista, en un cierto momento de su vida histórica, es incapaz de desarrollarse en ciertas zonas. Así, en Alemania el capitalismo en su forma primordial mercantilista, comercial (o sea, libre concurrencia y fase liberal), encontró grandes obstáculos. Parecía que el «carácter» alemán y la naturaleza del país fuesen totalmente refractarias a los principios del capitalismo. El mismo Marx ironizaba el patriarcalismo alemán y la vida campestre del filisteo alemán, etc... Sin embargo, cuando el capital adquirió cierta amplitud como capital fijo y se hicieron necesarias la ciencia y la organización «el carácter» alemán se hizo compatible con el capital. Sabemos hasta qué punto a finales del siglo pasado y a primeros de éste la racionalización hizo progresos en este país, anticipándose, en los años 20, a todo el movimiento futuro del capital, que se desarrollaría en EE.UU. después de la Segunda Guerra Mundial.

En su polémica contra los populistas, Plekhanov se valió mucho del ejemplo alemán. Cita a todos los autores que afirmaron en otro tiempo que el Modo de Producción Capitalista no podía desarrollarse en Alemania para echarles en cara la realidad alemana de su época y así decir a los populistas que en Ru-

---

ran procesos insospechados, cuyas manifestaciones irrumpen frecuentemente y sorprenden a los observadores más atentos» (*Rusia desnuda*, Ed. Rieder, 1929).

sia tampoco había nada que se opusiese a la instauración del Modo de Producción Capitalista.

Precisamente ahí está la insuficiencia del análisis de Plekhanov. Es cierto que el Modo de Producción Capitalista puede desarrollarse en Rusia a partir del momento en que en Occidente se ha constituido en comunidad material apta para reemplazar al Estado zarista (en China reemplazará a la unidad superior e integrante). Es lo que ha sucedido y a la vez ha facilitado la instauración de la dominación real en las zonas más avanzadas. No puede identificarse stalinismo y nazismo, pero coinciden en el desenlace de la acción. El totalitarismo nazi ha podido ser pasajero y transitorio, porque el verdadero despotismo del capital opera ahora, mientras que en la U.R.S.S. aún no ha llegado a existir. Por tanto, puede uno preguntarse si el capital no ha de rematar su dominación para poder luego imponerse en la U.R.S.S. y si no ha de llegar a producir no sólo otro tipo de hombre (como se produce a cada cambio de modo de producción), sino otra especie y realizar la utopía portadora de mala suerte de Zamiatine *Nos-otros*.

En los EE.UU, algunos sabios, como ha mostrado Marcuse en particular, intentan intervenir en la herencia, manipular el patrimonio genético y trastornar la biología humana a fin de volver al hombre totalmente adaptable al capital (¡El viejo sueño del capital!; cf. Galbraith). El progreso conseguido en este país y en otros, añadido a los que han alcanzado los adeptos de la manipulación humana en la U.R.S.S. (¡Se ha pasado del campo de la concentración trabajo al de concentración psiquiátrica!), permitirá la producción de hombres que no tengan ya necesida-

des rurales; así se eliminaría la dependencia con respecto a la agricultura. Se espera que la producción de la demencia sea un medio de domesticar a los hombres. En Occidente la engendra el capital por su propio proceso vital esclavizando hombres; en la U.R.S.S., como consecuencia de su retraso, hacen falta empresas especializadas en locura... Pero la convergencia es evidente: delincuencia y demencia como determinaciones actuales del capital.

Planteado esto, el debate de 1906 en el Congreso de Estocolmo sobre la nacionalización de la tierra y el peligro de restauración que implicaba es significativo en cuanto a la falta de conocimiento del proceso del capital hacia la comunidad material y del abandono de toda perspectiva de utilizar las estructuras comunitarias agrarias después del paso al comunismo.

> «... Plekhanov defiende a Maslov e intenta convencer al Congreso de que la nacionalización propuesta por Lenin no era más que un préstamo para los social-revolucionarios y para los populistas.» (Lenin: *Informe sobre el Congreso de unificación*, t. 10, p. 341.)
>
> «Aunque la nacionalización de la tierra existía en la Rusia moscovita (o en el caso de que existiera), su base económica era *un modo de producción capitalista* el que se ha desarrollado en Rusia a partir de la segunda mitad del silgo XIX y el que en el siglo XX domina sin lugar a dudas.» (*Ibíd.*, p. 354.)

Ahora bien: no ha habido Modo de Producción Asiático, y afirmar que el Modo de Producción Capitalista es dominante es desvirtuar los hechos. ¿Por qué, pues, como ya lo hemos observado, una revolución que sólo ha de realizar la dictadura de los obreros y campesinos, por qué esta revolución es fundamentalmente burguesa según las palabras del mismo Lenin?

¿Y por qué Lenin quería la nacionalización? Para quemar etapas y permitir el desarrollo de las formas capitalistas más evolucionadas. Aceptando estas premisas, no hay más remedio que estar de acuerdo con él. Sin embargo, para que su demostración sea sólida haría falta que él refutase los presupuestos de la argumentación de Plekhanov. Ahora bien: éste, en lo relativo a esta cuestión, recurre a los elementos de su antigua teoría populista: la importancia del Estado, por ejemplo:

> «Las cosas se han presentado entre nosotros de manera que la tierra y los cultivadores han sido sojuzgados por el Estado, sobre la base de esta servidumbre se ha desarrollado el despotismo ruso. Para romper ese despotismo hay que eliminar su base económica. Por eso yo estoy ahora en contra de la nacionalización.» (Citado por Lenin, cf. t. 13, p. 343.)

Otro social-demócrata hace la siguiente observación:

> «Si la revolución había propugnado la nacionalización de las tierras comunitarias de los campesinos o la de las tierras señoriales confiscadas, como lo propone el camarada Lenin, esta medida hubiese

> conducido a un movimiento contrarevolucionario, no sólo en las regiones periféricas del país, sino también en el centro. No tendríamos una Vendée (revolución bretona contra la República francesa en 1793, n. d. t), sino una sublevación general del campesinado contra la tentativa del Estado de disponer a su gusto de las tierras comunitarias *propias* (subrayado por John) de los campesinos contra el intento de nacionalizarlas.» (*Ibíd.*, p. 273.)

Los mencheviques recurrían a una solución artificial, la manipulación, y, para probar que sería una garantía contra la autocracia, citaban la resistencia del movimiento autónomo de Armenia, los cosacos, etc. Ahora bien: sobre todo en este último caso, la persistencia de la comunidad agraria era intensa a principios del siglo XX. En realidad, la verdadera solución era de los populistas y la de Marx: devolver las tierras a las comunidades y transformar el Estado convirtiéndolo en aliado de ellas. En aquel momento no podía situarse por encima como un déspota, sino como un órgano vinculante entre la ciudad y el campo (para el reparto de máquinas agrícolas por ejemplo) y como defensor de los *koulaks*, a fin de no destruirlos, sino de reabsorberlos en las comunidades. De esta manera se podía haber realizado el Estado-Comuna.

Tal medida no significaría confiar la tierra a una sola clase de productores, porque, como decía Marx (*Sobre la nacionalización de la tierra*), eso no nos haría progresar de ninguna manera hacia el comunismo.

La propiedad de la tierra no puede pertenecer más que a la especie. Se trataría únicamente de revitalizar las comunidades, a fin de poder integrar el progreso técnico y evitar el desarrollo del capital. Lo que hubiese significado a corto plazo la aplicación de un punto fundamental del programa comunista de entonces: abolición de la separación-oposición ciudad-campo. Actualmente el capital ha hecho esto a su manera y en su provecho. La relación del hombre con la Naturaleza se plantea de forma diferente.

Al faltar esta perspectiva, Lenin no podía afirmar sino que una garantía contra

> «una restauración en Rusia (después de la victoria de la revolución en Rusia) dependería *exclusivamente* de una revolución socialista en Occidente». (*Ibíd.*, p. 347.)

En eso tenía razón, pero desplazó el problema. El no podía ver el peligro de restauración, no tanto concebido como la vuelta a otro modo de producción (la restauración en Francia no restableció el feudalismo, sino que la monarquía fue una monarquía burguesa, y tuvo que ponerse a la cabeza de una sociedad que se le escapaba y ante la que no podía más que frenar su movimiento), sino como la reafirmación de una forma anterior de dominación política que tenía que haber sido suprimida. Tendría que haber comprendido el proceso del capital hacia la comunidad material, como se realiza en Occidente sobre la base de la socialización de la producción y de los hombres. En la U.R.S.S. no podía ser igual, porque el capital no está lo bastante desarrollado para domesticar a los hombres

ni para imponerles la vida del capital, metiéndoles en la cabeza, particularmente, el tiempo cuantitativo, el tiempo del capital. Es preciso una verdadera autoridad despótica que regule todos los aspectos de la vida, es decir, la restauración del despotismo. Había una gran parte de verdad cuando a Stalin se le daba el sobrenombre de Zar Rojo. Este despotismo no podía ser oscurantista, sino ilustrado, y es en eso donde nosotros encontramos la importancia del marxismo. La intervención del Estado implica una cierta voluntad, una cierta conciencia. El materialismo histórico era apto para proporcionarlas y para explicar los mecanismos fundamentales del modo de producción y las representaciones necesarias para los diferentes elementos-clase implicados en el proceso. Desde el momento en que el Estado ha de desarrollar el Modo de Producción Capitalista con la perspectiva de reducir la duración del período de existencia del capital, ello significa que el cuerpo social entero no ha sido capaz de producirlo o de superarlo. No es él, por tanto, el que engendrará, en el curso de su movimiento, su representación adecuada ni su conciencia. Hay que proporcionarle la conciencia de lo que *tiene* que hacer. Este deber es más ineludible, ya que hay un abismo entre la mentalidad del *moujik* y la que se requiere para que el capital pueda desarrollarse. ¡No en balde proclamó Lenin que hay que aprender a trabajar!

El Estado, al fin, ha sido reforzado (como pasó en Francia después de cada revolución), y tras el fracaso de la revolución en Occidente la previsión menchevique se ha cumplido. La burocracia no es más que un hecho secunda-

rio. Los burócratas se han encargado de ejecutar las decisiones del Estado. Ellos no pueden formar una clase autónoma (ni en la época zarista ni en la soviética). No son ellos los que dan vida al Modo de Producción Capitalista, sino los que viven a costa de él, como en otro tiempo los capitalistas, que ahora se han convertido en funcionarios del capital (cf. Marx y la despersonalización del capitalista). Pero incluso en Rusia los personajes dominantes, como afirma Bordiga, no son los burócratas, sino los especuladores, los negociantes, las bandas, etc., que proliferan sobre la base de la comunidad material en vía de edificarse (en el dominio industrial). Esto sólo en la U.R.S.S. tiene un aspecto más estatal, donde, como dice Bordiga, chupan del Estado. Este análisis es coherente con el de Marx cuando habla de los «intrusos capitalistas que se han hecho poderosos a costa y a expensas del mismo Estado».

El capital sin clase capitalista es lo único que puede realizar el Modo de Producción Capitalista, como lo afirman Ricardo, Marx y Bordiga[16]. En occidente no es posible eso

---

[16] En todas las revoluciones que se produjeron a partir de 1871 la burguesía no fue una clase motora, movilizadora, porque era demasiado débil y porque fue destruida por la misma revolución (caso de Rusia). Las capas burguesas estaban ligadas, en general, a la clase capitalista mundial. Ahora bien: al menos al principio, las revoluciones se hicieron contra el Modo de Producción Capitalista. Además, cuando éste llega a imponerse en zonas nuevas, no es debido a los capitalistas. Por consiguiente, es un error hablar de revolución burguesa con respecto a la revolución china y a todas las revoluciones anticoloniales. Hay que hablar de revolución capitalista porque el modo de producción que tiende a instaurarse por voluntad de los

hasta que el capital se ha constituido en comunidad material y ha derruido los viejos presupuestos estatales. En la U.R.S.S. ha sido la restauración del despotismo, el medio, por así decirlo, para escamotear a la clase capitalista (en el área asiática la tendencia es idéntica), de forma que no domine según su propio ser; pero la intervención cada vez mayor del capital mundial, a través sobre todo de los EE.UU., tenderá a realizar una adecuación más rigurosa entre él (el capital) y el poder de dominación sobre la sociedad.

Una preocupación común al zar, a los populistas y a los mencheviques fue utilizar las fuerzas productivas del capital sin tener que aguantar la existencia de una clase capitalista. Para los zares se trataba de utilizarlas en orden a perfeccionar su domino sobre el pueblo ruso y con el fin de poder luchar contra los otros Estados. Para los populistas había que saltar el Modo de Producción Capitalista y para los bolcheviques acortar su duración. Pero si los marxistas, como dice Bordiga, tuvieron que jugar el papel de iluministas y cumplir una tarea romántica, también era inevitable, tras el bloqueo de la revolución en Occidente, realizar la tarea de la contrarevolución de cara al proletariado, para lo que no tenían más que administrar el capital. Lo que engendra la teoría según la cual la masa no puede comprender sus propios intereses. Sólo el partido y el Estado tienen la ciencia y la conciencia de lo que necesita (la masa). Por tanto, la represión es útil y humana, ya que

---

que hacen la revolución o sin ella es el Modo de Producción Capitalista. En cuanto a la revolución rusa, más vale decir que fue una doble revolución capitalista y proletaria.

es por su bien por lo que se masacra a los hombres. ¡El Estado es un verdadero benefactor!

También los populistas eran conscientes de las tareas que tenían que cumplir:

> «Tenemos que hacer lo que desde hace tiempo vienen realizando en toda Europa, no los partidos socialistas, sino los burgueses.» (Kibaltchitch, 1881, citado por Venturi, *o. c.*, p. 1079.)

Al mismo tiempo ellos comprendían la necesidad de un Estado revolucionario, pero la *Obchtchina* seguía siendo, para ellos, la garantía de un desarrollo plenamente revolucionario de la transformación social.

Otra prueba, en fin, inversa del inmenso poder del Estado, abominable collar opresor, fue el desarrollo de la actividad intelectual y artística después del hundimiento del zarismo (en pocos años los rusos se pusieron en cabeza), así como el desarrollo de las relaciones humanas y de una sexualidad liberada, como atestigua la obra de V. Schmidt. En cambio, desde la renovación del despotismo se exaltará la familia monogámica, la moral rígida y estúpidamente estrecha, el culto al trabajo y el realismo soviético. La representación ha de ser el doble de la realidad. No cabe ninguna evasión: la imaginación está encadenada.

Una última consecuencia hay que sacar y analizar de esta periodización que divide la dominación en formal y real. Ya hemos recordado uno de las componentes de la postura de Marx y Engels de cara al zarismo, como Bordiga lo recuerda constantemente. Marx no pensaba más que en una cosa: la destrucción del zarismo (la famosa rusofobia que se atri-

buye a Marx), porque el zarismo es un obstáculo para la revolución burguesa en primer lugar y para la comunista después. Hay que evitar que el zarismo impida o destruya la expansión del Modo de Producción Capitalista en Alemania, porque en ese país existe un fuerte proletariado que pone al socialismo en el umbral de la vida. Sin embargo, en un momento dado, el análisis de Marx, y sobre todo Engels, se manifiesta incoherente. En efecto, la postura antirrusa es válida mientras que en Alemania el Modo de Producción Capitalista es débil (sobre todo, él no puede desarrollarse más que sobre la base de una cierta extensión del país, siendo la cuestión nacional la cuestión central de este país) y mientras que en Rusia no se ha desarrollado ningún movimiento revolucionario. Pero cuando Marx afirma que la revolución rusa será el prólogo de la revolución europea, cuando considera que allí la revolución está en marcha, mientras que en Europa occidental impera el dominio burgués, ya no es correcta la vieja estrategia ni su táctica correspondiente. Por otra parte, a partir del momento en que se realiza la dominación formal sobre la sociedad en Alemania y se manifiestan elementos de la dominación real, está claro que el zarismo no puede amenazar la expansión del capitalismo alemán; para vencer será preciso que el zarismo se transforme... En nuestra opinión, a partir de 1871, el Modo de Producción Capitalista ha demostrado con claridad su superioridad.

El momento de discontinuidad que se produce a finales del siglo pasado se percibió, pero no fue comprendido ni reconocido en cuanto tal. El capital terminaba de integrar al

proletariado, asegurando, pues, su dominación real en el proceso de producción inmediato y tendía a generalizarla en el proceso de producción global y en la sociedad en general, lo que no llegaría a conseguir más que con posterioridad a las dos guerras mundiales y a los diversos movimientos, como el fascismo y el nazismo, el *new-deal* y, dentro de su peculiaridad histórica, el franquismo, el peronismo, etc. Este momento de discontinuidad implicaba el fin de la posibilidad de utilizar la democracia y de aplicar la táctica indirecta, dado que no cabía ya competencia posible en cuanto a la toma del poder de dirigir las fuerzas productivas, una vez que el capital había triunfado definitivamente. Este momento, por otra parte, se había hecho efectivo ya en 1871 en lo que se refiere a Europa occidental y a EE.UU. El mismo Marx escribió:

> «Una guerra mundial nacional es el mayor esfuerzo de heroísmo de que es aún capaz la vieja sociedad; y hoy ya está comprobado que no se trata más que de un engaño de los gobiernos, destinado a retrasar la lucha de clases y al que se le da de lado inmediatamente cuando esa lucha de clases estalla en guerra civil. ¡La dominación de clase no puede ya esconderse bajo un uniforme nacional, los gobiernos nacionales no son más que *una sola cosa* en la lucha contra el proletariado!» (*La guerra civil en Francia*, ed. Soc., p. 62.)

En este contexto el zarismo no podía ya frenar el desarrollo del Modo de Producción Capitalista en Alemania, porque se había hecho su tributario. Un conflicto en Alemania

requería una industrialización de Rusia para modernizar su ejército y provocaría el aumento de las contradicciones sociales en el seno del país, haciéndolo más vulnerable.

El otro aspecto del momento de discontinuidad era el poder del movimiento revolucionario en Rusia, movimiento que se había reforzado continuamente a partir de 1861, y del que los populistas fueron sus más notables representantes. Fueron elevados por los marxistas a principio del siglo XX; los temas fundamentales de su actividad serán los mismos en definitiva, con excepción del de la *Obchtchina*.

El enemigo más peligroso de la revolución proletaria es el Modo de Producción Capitalista. A la clase dominante de Europa occidental, como observará el mismo Engels, le interesará intervenir en Rusia para restablecer el poder del zar, y también, como ocurrirá en 1917, para intentar dirigir la revolución capitalista desde arriba, descartando al proletariado del poder y asfixiando la revolución proletaria en Occidente.

No era posible considerar a Rusia con los ojos del Marx polémico de la *Neue Rheinische Zeitung* o de la *New York Tribune*. Engels se apercibió y por ello se opuso durante cierto tiempo a la fundación de la II Internacional, diciendo que hacía falta esperar que los acontecimientos madurasen en Rusia; más tarde R. Luxemburgo, después de la revolución de 1905, se dio cuenta y llegó a concebir a Rusia como centro revolucionario, e incluso Kautsky, como recuerda Lenin (t. 30, p. 541), había escrito en 1902:

> «Los esclavos fueron en 1848 la cruda helada que mató las flores de la primavera popular. Quizá ahora les toque ser la tempestad que rompa el hielo de la reacción y aporte irresistiblemente una nueva primavera de felicidad para los pueblos.» (*Los esclavos y la revolución.*)

No se podía expresar mejor el cambio que se operaba. Sin embargo, la mayoría de estas afirmaciones no prosperaron (Kautsky) o no pudieron imponerse (R. Luxemburgo). Las fluctuaciones de los revolucionarios alemanes ante la cuestión rusa y finalmente su retorno a un antieslavismo simplista, que los atrapa en una perspectiva de la revolución centrada únicamente en Alemania, se encuentran ya expresadas de manera extraordinariamente precisa, definitiva podríamos decir, por Engels. El 24-10-1891 escribía a Bebel:

> «Si la burguesía francesa comenzase una guerra semejante y se pusiese al servicio del zar en Rusia, que es enemiga de toda la burguesía europea occidental, renegaría de la misión revolucionaria de Francia. En vista de eso, nosotros, socialistas alemanes, que llegamos al poder habiendo conservado la paz durante cinco años, tenemos la obligación de defender esta posición que hemos conquistado a la cabeza del movimiento obrero, no sólo contra el enemigo interno, sino contra el enemigo exterior. Si Rusia vence, nosotros seremos oprimidos. Por tanto, ¡adelante! Si Rusia comienza la guerra, ¡adelante contra los rusos y sus aliados, cualesquiera que sean!... Aún no hemos olvidado el glorioso ejemplo de los franceses de

> 1793; y si se nos obliga, puede suceder que celebremos el centenario de 1793 demostrado que los trabajadores alemanes de 1893 no son indignos de los *sans-coulottes* de entonces.» (*Werke*, t. 38, pp. 185-89.)

Es sorprendente constatar que, después de la Comuna, Engels pueda hablar de misión revolucionaria de Francia, mucho más cuando a propósito de Rusia había escrito, en polémica contra Tkatchov, que no había ya pueblos elegidos. Además, una victoria de los rusos contra los alemanes no hubiera significado necesariamente un fracaso del Modo de Producción Capitalista, porque en ese caso, a pesar de una derrota militar, la forma más evolucionada triunfa frecuentemente. Ya lo constató Horacio: la Grecia conquistada conquista a sus vencedores (¡Los romanos!). En realidad, Engels se halla aquí en plena ilusión democrática. El piensa que con la ayuda de las elecciones los obreros van a llegar al poder. Una guerra impedirá este glorioso acontecimiento. Pero ése era su pensamiento, puesto que volvemos a encontrar estas ideas en un artículo publicado en 1892, «El socialismo en Alemania», en el que invoca la defensa de la nación alemana, y la necesidad, después de la guerra, de recoger las palabras de la «Marseillese» sobre las legiones extranjeras, y afirma:

> «La paz asegurará la victoria del partido social-demócrata alemán dentro de unos diez años.» (*Werke*, t. 22, p. 256.)

En fin, para comprender esta posición aberrante hay que tener en cuenta que, para Engels, en 1891 el movimiento obrero tiene aún que completar la revolución alemana:

> «No tenemos derecho a retrasar desde arriba la revolución hecha en 1866 y 1870; antes al contrario, tenemos que complementarla y mejorarla por un movimiento desde abajo.» (*Crítica del proyecto de programa social-demócrata de 1891*, ed. Soc., p. 88.)

Lenin había comprendido perfectamente, sobre este punto, la discontinuidad y nunca cayó en la trampa de la guerra nacional, de la guerra progresiva (para el Occidente de entonces). La discontinuidad era tanto más notable en cuanto que tuvo que salir al paso de las orientaciones del maestro Engels, que en otra carta (13-10-1891) hablaba incluso de proponer al Gobierno, ¡En caso de guerra, una ayuda condicionada!

Así, pues, a principio de siglo el capital comenzaba a toparse con sus límites geográficos y tenía que pasar a una fase intensiva de su desarrollo (lo que algunos recogerán después al teorizar la colonización interior), con lo cual se enfrentaba con un área inmensa en que los hombres habían conservado sus estructuras comunitarias. Esto obligaba a los revolucionarios a considerar la revolución mundial en términos no exclusivamente clasistas y la fase capitalista como no necesariamente obligada para dar el paso al comunismo.

Lo difícil en la lucha revolucionaria es precisamente detectar las discontinuidades, y en función de ellas adaptarse a un nuevo com-

portamiento teórico, con el fin de captar, ya en el momento en que se opera la discontinuidad, el fenómeno revolucionario que se producirá años más tarde y cuyos caracteres vienen determinados justamente por la discontinuidad previamente reconocida. Lo mismo que es preciso imponer la solución más radical en los momentos de la lucha, porque entonces es cuando es posible siempre efectuar la discontinuidad a su más alto nivel. Por eso los años revolucionarios abundan en acontecimientos e ideas y después no cabe más que la triste repetición de lo que fue hasta que se produzca la nueva discontinuidad.

Esto se hace mucho más difícil por cuanto la clase dominante se preocupa intensamente de ocultar las discontinuidades, de hacer creer que todo es como antes y que hay que persistir en la continuidad, que no es otra cosa que su dominio. Los socialistas franceses se creían en la obligación de continuar la Revolución francesa, sin darse cuenta de la discontinuidad que implicaba su propio movimiento; los marxistas, pensando trabajar en la formación de otra sociedad, no hacían, a finales del siglo pasado y a comienzos de éste, otra cosa que asegurar la continuidad del proceso del capital, puesto que no ponían en tela de juicio el principio del aumento de las fuerzas productivas.

La emergencia del capital ha hecho saltar, según Marx, el cerrojo que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas, liberando a los hombres de los viejos presupuestos sociales y desarrollando la técnica, ambas cosas indisolublemente unidas. El capital ha puesto fin a la idolatría de la Naturaleza y a la ten-

dencia a considerar lo que ya es como tabú existencial, es decir, como algo que no puede modificarse; en adelante, el hombre no se concibe a sí mismo como el signo de lo inmutable, como un elemento de la Naturaleza que no puede cambiar, base a partir de la cual el hombre se considera como un ser creador autónomo:

> «Cuando el sistema manufacturero y comercial vio la fuente de la riqueza no ya en el objeto, sino en la actividad subjetiva, es decir, en el trabajo comercial y manufacturero, se realizó un gran progreso.» (*Fundamentos,* 1, p. 33.)

Lo que ya fue reconocido por la filosofía de Kant, que puso en tela de juicio el viejo modo de conocer:

> «Hasta aquí se ha admitido que todos nuestros conocimientos tenían que determinarse sobre la base de los objetos...»

Es preciso, por el contrario,

> «que los objetos se determinen sobre la base de nuestro conocimiento». (Kant: Prólogo a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura.*)

El cambio de *método* consiste en centrarlo todo en el sujeto.

La ruptura real, discontinuidad del hombre con la Naturaleza, se efectúa con el Modo de Producción Capitalista (cf.: el padre Breuil afirma que en nuestros días la civilización campesina se agota y que el ciclo que co-

menzó con el neolítico se está terminando). Ese es el punto de partida de un desarrollo cuyo objetivo sea el hombre mismo en un proceso verdaderamente infinito, no indefinido. Ese es el aspecto que Marx exalta en las *Grundrisse* sobre todo. Dicho de otra manera, a partir del momento en que el hombre es totalmente liberado de su vieja comunidad o de sus formas modificadas, puede rechazar todos los dogmas, todos los límites sociales y naturales. Pero si se había encontrado la solución, era preciso también dominar las nuevas fuerzas que se autonomizaban; los burgueses y los capitalistas se abandonaron totalmente al devenir[17] y aceptaban plenamente la exteriorización del hombre y su recombinación en forma de máquinas (porque no era un hombre cualquiera el que sufría esto, sino el hombre proletario), aceptando la formación de nuevos dogmas: el del progreso, el del desarrollo de las fuerzas productivas, el del crecimiento, venerando la ciencia como una nueva divinidad.

Además, a partir del momento en el que la expansión las fuerzas productivas es un hecho consumado en un lugar determinado y para una fracción determinada de la humani-

---

[17] Los burgueses creyeron poder dominar la técnica, siendo así que por su propio desarrollo engendra el capital, déspota automatizado, del que habla Marx; ellos creyeron también dominar el movimiento del valor del cambio y, sin embargo, gracias a la revolución burguesa se salvaron los obstáculos que se oponían a su autonomización y el valor pudo convertirse en capital. Los burgueses han producido una falsa conciencia de su propio movimiento histórico y del movimiento histórico del capital. Los socialistas se contentaron la mayor parte del tiempo con expresar-oponer una verdadera conciencia, el marxismo.

dad, los otros hombres que permanecen en sus formas comunitarias podrán utilizarla (sobre todo si son como en la comuna eslava aptas para permitir la emancipación de la individualidad), y así, evitar el trayecto sanguinario que ha tenido que recorrer la sociedad occidental. Esa fue también la preocupación fundamental del populismo ruso, lo que proporciona un carácter grandioso a los debates que las diversas corrientes populistas tuvieron entre ellas y con los marxistas y los anarquistas.

A finales del siglo pasado el desarrollo de las fuerzas productivas de base y punto de partida para la afirmación de una comunidad humana emancipada de los límites naturales y sociales se transformaba en poder esclavizante, que reduciría al hombre a una situación más degradante que aquella en la que se encontraba dentro de los modos de producción anteriores en el momento de la autonomización del capital. Es decir, que después de haber sometido a la clase negadora, al proletariado, domina a la misma clase dominante, que no impera en adelante más que por su mediación. Desde entonces las potencialidades liberadoras desaparecen y no quedan más que las realidades opresivas. Sin embargo, todo el cuerpo social continúa captando al modo antiguo; lo que fue una de las causas de la sagrada Unión de 1914.

Es evidente, repetimos, que no se trata únicamente de comprender que hay un momento de discontinuidad, de percibir los aspectos nuevos presentados como extraños, sino que hay reconstruir todo el comportamiento teórico. La dificultad de tal acción podemos leerla en el mismo Marx: él nos proporciona todos los elementos para compren-

der la dominación real del capital sobre la sociedad y captar su forma de hacerlo y los datos teóricos para comprender en su peculiaridad las fuerzas sociales distintas del capital y la innecesidad de pasar por el Modo de Producción Capitalista. No obstante, las obras en que se puede encontrar todo esto no fueron publicadas estando él vivo. Y donde las vacilaciones son más claras es en la respuesta a V. Zassoulitch, que es muy corta, mientras que los borradores son largos, y sobre todo contienen los verdaderos elementos para una respuesta que trasciende a la que en sí da.

No es cuestión *a posteriori* de recomponer un Marx al estilo moderno, sino de afrontarlo en toda su complejidad, y de continuar, evidentemente, la lucha. Inventar una coherencia en función de nuestras exigencias y de los acontecimientos actuales es escamotearle su vida y ridiculizar su muerte.

A partir de 1848 la suerte de la revolución en Rusia estaba ligada a la de la revolución en Europa occidental, y a la inversa. El retroceso teórico y práctico que se opera a finales del siglo pasado, en que se abandona la perspectiva de salto del Modo de Producción Capitalista, tuvo por colofón la génesis del marxismo-teoría del crecimiento, un reforzamiento absoluto del europeocentrismo con una concepción unilineal del desarrollo de las sociedades humanas, etc. Sabemos hasta qué punto la II Internacional no se preocupó de las cuestiones nacionales y coloniales (fuera de R. Luxemburgo y Lenin). Bernstein justificaba el colonialismo en nombre de la misión civilizadora del capital. Bajo el impulso de la revolución rusa y de los movimientos insu-

rreccionales de Asia, el Congreso de Bakou (1920) proclamó la guerra al imperialismo, la guerra a Occidente. En el II Congreso de la I.C., Lenin vuelve a presentar la perspectiva de salto del Modo de Producción Capitalista.

> «La cuestión se planteaba así: ¿Podemos considerar como justa la afirmación de que el estado capitalista de desarrollo de la economía es inevitable para los pueblos atrasados actualmente en vías de emancipación, y entre los que se observa, después de la guerra, un movimiento hacia el progreso? Nosotros hemos respondido negativamente. Si el proletariado revolucionario victorioso lleva a cabo entre ellos una propaganda sistemática, y si los gobiernos soviéticos les ayudan por todos los medios a su alcance, nos equivocaríamos en creer que el estado de desarrollo capitalista es inevitable para los pueblos atrasados; debemos, por tanto, no sólo constituir los cuadros independientes de militantes de las organizaciones del partido para continuar desde ahora la propaganda en favor de la organización de los Soviets de campesinos, tratando de adaptarlos a las condiciones precapitalistas, que son las suyas, sino que la Internacional Comunista debe incluso establecer y justificar en el plano teórico el principio de que con la ayuda del proletariado de los países avanzados los países atrasados pueden llegar al régimen soviético y, pasando por ciertos estados de desarrollo, al comunismo,, sin pasar por la fase capitalista» (t. 31, pp. 251-52).

Sin embargo, dado que no se había hecho ningún análisis serio de los caracteres peculiares de las formas sociales en que estalló la revolución y se propagó, la solución de facilidad consistió en calcar el esquema ruso (producto ya de un trabajo resumido) a todas las luchas en curso. Lo que condujo, por ejemplo, a inventar un feudalismo en China para justificar la alianza con una pretendida burguesía nacional. El resultado fue la masacre de los obreros de Cantón y de Shangai. Las masacres de proletarios se repitieron además después de parecidas maniobras en Irak en 1958, en Indonesia en 1965 y en Sudán en 1971, por no citar más que algunos ejemplos entre los más recientes.

Afirmar las particularidades de un área geosocial se consideró durante mucho tiempo, en el seno de todas las corrientes que se proclamaban marxistas, como un comienzo de revisionismo. Se prefería anunciar la serie de modos de producción válidos para toda la humanidad. La izquierda italiana no se escapó de este error, aunque entre ella no tomó nunca proporciones caricaturescas. Sin embargo, a partir de 1958, bajo el impulso de las revoluciones anticoloniales, un estudio de las «Formas» permite reexaminar el conjunto de la cuestión, como puede observarse en el escrito de Bordiga *Las luchas de clase y de Estados en el mundo de los pueblos no blancos, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista*, donde lo fundamental es el rechazo de toda idea de superioridad de la civilización europea. Volviendo a Marx, afirma de nuevo que las sociedades en que el hombre era el objetivo de la producción eran superiores a la nuestra. Por otra parte, en 1960

apareció, ciclostilado y en italiano, un folleto, *La sucesión de las formas de producción en la teoría marxista* (debido en su mayor parte a R. Dangeville), en el que se expone un comentario de las «Formas» y en el que se resume, en un cuadro, de manera detallada, los diferentes caracteres de éstas[18].

Estos trabajos no encontraron más que un débil eco. No podemos detenernos en explicar porqué de tal fracaso, porque nos interesa más indicar el resultado en definitiva del abandono del comportamiento teórico de Marx y de los populistas de cara al Modo de Producción Capitalista. Hemos perdido –(ha perdido) el proletariado en cuanto clase histórica, ahora la humanidad–, para ciertas zonas del globo, la posibilidad de saltárselo, y hemos sido totalmente incapaces incluso de concebirlo, al estar inficionados por la idea de que el progreso es, para todos los pueblos, el desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, en definitiva, del capital, lo que suponía afirmar en el seno de los proletarios, la interiorización de su victoria. Es, pues, natural que los pueblos, a los que hemos obligado a soportar a causa de nuestra alianza con el mortal enemigo el camino infame del paso al Modo de Producción Capitalista, nos acusen (críticas virulentas al etnocentrismo de Marx

---

[18] Este folleto acaba de publicarse en francés: «Sucesión de las formas de producción y de sociedad en la teoría marxista», en *El hilo del tiempo*, núm. 9, julio de 1972. Esta edición contiene, sin embargo, algunos añadidos, en particular «Las dos fases del desarrollo social de la producción capitalista», que muestra que Dangeville no comprendió, como lo hemos mostrado en «El VI capítulo inédito de *El Capital* y la obra económica de Marx», en *Invariance*, núm. 2, serie I, 1968, la periodización de Marx.

han sido hechas por diversos etnólogos originarios de estos pueblos); es preciso que a través de éste (de Marx) y sobre la base del comunismo (movimiento y teoría) encontremos todos el camino de nuestra común liberación.

CAPÍTULO IV

Toda revolución tiene un triple carácter que depende del espacio de tiempo con relación al cual nos situamos. Si se mira dentro de un gran ciclo histórico, aparece como un fenómeno de la Naturaleza que se desarrolló espontáneamente con una violencia irresistible. Así se nos muestra la revolución rusa cuando se la estudia desde el movimiento de los decembristas en 1825 (muchas posiciones de Pestel serán recogidas por los populistas, y él mismo había tomado algunas de Radichtchev de hacía por lo menos treinta años) hasta la revolución de octubre de 1917. Sin embargo, si se la examina en el momento de su paroxismo, que culmina en el período de febrero a octubre, puede parecer que no se hubiera producido sin unos hombres que tendemos a considerar «fuera de lo normal» y sin cuya acción la revolución nos parece imposible. Algunos han hecho de Lenin un Mesías, y Zinoviev decía de él que era un tipo de hombre de los que aparecía cada quinientos años. Pero cuando se estudia la revolución *a posteriori*, mirando lo que ha realizado y se compara con el período pre-revolucionario, aflora en muchos la duda de su necesidad: todo lo que ella ha hecho tendían a hacerlo los hombres de la clase dominante y se agiganta la convicción de su inutilidad: hay que saber plantear a tiempo las reformas necesarias. Y es verdad, la revolución no resuelve ningún problema de los que ella misma crea, pero sí soluciona los que había engendrado el modo de producción anterior y él mismo era incapaz de solucionar.

Hemos analizado el primer carácter; nos quedan los otros dos íntimamente ligados entre sí y determinados por el primero. No se trata de hacer una justificación, sino una exposición lo más realista posible de lo que tenía que acontecer inevitablemente, desde el momento en que la discontinuidad de que hemos hablado no había sido integrada en la teoría.

Nos limitaremos a afirmar las cosas, ya que no es posible, en el cuadro de esta introducción, dedicarnos a probar adecuadamente su veracidad.

Digan lo que digan algunas críticas de los bolcheviques, éstos no dieron un golpe de Estado en octubre de 1917, en el sentido de constituir un movimiento que vendría a forzar la situación y a imprimir una vía diferente a la establecida. Su toma de poder fue un momento absolutamente necesario del proceso revolucionario comenzado en febrero, que permitió la realización de lo que ya estaba en marcha, pero que hubiera sido arrasado si no hubiese consumado el acto de destrucción del antiguo Estado, que era un obstáculo al libre desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Sin ese acto no se hubiera podido realizar ni siquiera una revolución capitalista, y Rusia hubiese tenido una evolución parecida a la de la India. En cambio, los bolcheviques no pudieron –a pesar de lo que afirma Bordiga– efectuar la «revolución burguesa al estilo proletario».

La paz de Brest-Litovsk no fue lo que esperaba Lenin,

> «una paz de las masas trabajadoras *contra* los capitalistas» (t. 24, p. 381).

En septiembre de 1917 afirmaba:

> «Para impedir el restablecimiento de la policía no hay más que un medio: crear una milicia popular identificada con el ejército (sustitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo.» (*Ibíd.*, p. 63.)

Sin embargo, la policía fue restablecida y el mismo Lenin proclamó su necesidad. Y el ejército rojo fue constituido de la misma manera que el ejército de la Revolución francesa, una verdadera amalgama separada del pueblo.

El control obrero había sido, antes de octubre, uno de los puntos fundamentales del programa revolucionario, que fue rápidamente reemplazado por la gestión de la economía, la necesidad de emulación e incluso la utilización del sistema Taylor (que tan violentamente había criticado antes Lenin). Hay una muchedumbre de datos que atestiguan que el transcrecimiento de la revolución negociado por Lenin desde 1905, y en el que habían confiado la mayoría de los revolucionarios, se desvanece en un año por falta de impulso internacional y, desde entonces, se impone el contenido puramente capitalista. Por otra parte, atrapados en el Estado, los bolcheviques perderán en seguida la capacidad de comprender todos los renuevos de transcrecimiento que pudieron producirse y perderán la receptividad que les permitía no cortar totalmente con el proletariado y con los campesinos.

En el transcurso de 1919 se producirá una cierta radicalización como consecuencia de los movimientos revolucionarios de Occiden-

te, que permite la creación de la III Internacional, pero el reflujo abre el camino para la integración capitalista. El Estado soviético se convierte progresivamente en un Estado más fuerte que la sociedad, pero se convierte en pasto del capital mundial. Los bolcheviques querían conservar el Estado tal y como estaba constituido; no lo hubieran modificado más que obligados y forzados, y sobre todo, no lo hubieran traspasado al proletariado más que a partir del momento en que éste se hubiese reformado como consecuencia de la reorganización de la economía y el nuevo arranque de la industria. Era, de alguna manera, la misma postura que la de ciertos populistas de la *Narodnja Volja*, como lo muestra Venturi:

> «El partido revolucionario no devolvería el poder a los representantes del pueblo más que el día en que se terminase la revolución; hasta entonces lo retendría sólidamente entre sus manos contra cualquiera que intentase arrancárselo.» (*O. c.*, p. 1075.)

En otras palabras, el proletariado ruso no ha conseguido constituirse en clase dominante en la forma que indica Marx en el *Manifiesto* y en la *Crítica del programa de Gotha*. Ha fracasado, pues, como el proletariado occidental en 1848 y 1871. La Comuna de Kronstadt y su represión y la gran huelga de Petrogrado lo prueban de la manera más satisfactoria. Paralelamente el retroceso se traduce en el hecho de que Lenin, después de 1921, hablará cada vez más de edificación de socialismo en Rusia. La constitución en clase dominante se realizará en realidad de manera

engañosa –como en Occidente– ulteriormente, cuando los últimos movimientos de oposición fueron eliminados.

Dirigir la «revolución burguesa» incluso al «estilo proletario» no podía menos que repercutir en la concepción del partido. Se le concibe al modo institucional: es preciso organizar primero a la clase obrera, que a su vez organizará finalmente al campesinado, y tras eso, a la sociedad rusa, sumida en un caos mayor desde la disolución de la *Obchtchina*. Para ello hace falta un partido sólidamente estructurado, único elemento dotado de voluntad absoluta, inflexible, apto para ser intermediario entre el Estado y los campesinos.

Lenin fue bastante circunspecto en relación con los soviets (estaba de acuerdo con los mencheviques en un punto: su aparición era debida a la falta de partido y de sindicatos). Los exalta, por un lado, diciendo que son «el embrión del nuevo poder revolucionario», «órganos de insurrección», y, por otro, desconfía de ellos, porque temía el peligro de espontaneísmo y las influencias anarcosindicalistas. Ahora bien: los soviets son una especie de adaptación de un organismo operante en la *Obchtchina* (Le Skhod). Por eso, cuando terminaron por ser adoptados de una manera decidida en 1917, hasta el punto que en *El Estado y la revolución* se encuentran en primer plano, Lenin recogía aún elementos populistas, porque la revolución en Rusia no podía dejar de tener un fondo populista. Pero no puede evitarse el identificarlos como un fenómeno occidental. Él (Lenin) decía que los populistas realizaban la democracia proletaria, mientras que los soviets se situaban desde el principio más allá de la democracia precisamente por su intento de recomponer la

comunidad misma fuera de sus bases geosociales históricas: el campo. La formación de los soviets representaba la afirmación de la clase proletaria en cuanto clase. Pero sobrevino demasiado pronto la ruptura entre ellos y el partido comunista: los soviets no fueron lo suficientemente poderosos para integrar al partido, y éste no consiguió tampoco, a partir de su base, como movimiento espontáneo contra el zarismo y contra el capital mundial, dar un paso adelante. La imposibilidad de unión partido-soviet es una expresión del fracaso de la revolución rusa en cuanto revolución socialista.

La emergencia de los soviets, como el modo de ser del proletariado ruso en su movimiento de destrucción del capital, permite dar una explicación con la siguiente diferencia: en Alemania, antes de 1914, el S.P.D., con lo sindicatos que controla, agrupa la casi totalidad de los obreros, mientras que en Rusia, en vísperas de la revolución, no existe un partido semejante. En Alemania el partido era expresión del movimiento proletario y tendía a ser una sociedad –como algunos han observado–, aunque nosotros diríamos que tendía a formar una nueva comunidad, que conservaba, por otro lado, los presupuestos del capital; de ahí el fracaso del S.P.D. Su proyecto será realizado, sin facha ilusionista, por el partido nazi: integración del proletariado en cuanto productor en la comunidad capital. Salir del partido era ponerse al margen de la sociedad, y R. Luxemburgo lo comprendió muy bien cuando esperó hasta el fin para hacer la escisión, es decir, cuando ésta se había efectuado en el seno del proletariado. Para los rusos la escisión no planteaba tales problemas, por-

que la comunidad que los obreros tienden a constituir se materializa en formas diferentes del partido, los soviets. El fenómeno partido, en cuanto expresión de una oposición global de clase, no podía producirse en Rusia por el hecho de la dimensión aclasista de la revolución. Se ha insistido mucho sobre el aspecto popular, populista de la revolución de 1905 (por eso los historiadores de la revolución rusa prefieren tratarla rápidamente), y eso se refleja de nuevo en febrero de 1917 e incluso en octubre. De tal manera que será preciso reconquistar los soviets, mientras que en Alemania los consejos, que en seguida estuvieron en manos del S.P.D., no podían ser conquistados y el proletariado revolucionario tendría que engendrar las Uniones.

En los dos casos, Alemania y Rusia, hubo una cierta inconsecuencia, al querer imitar al otro: primero Lenin y los bolcheviques (e incluso en cierta medida los mencheviques) soñaban con crear un partido semejante al S.P.D.; después los comunistas alemanes se plantearon como meta bolchevizar su partido.

A pesar de todos sus vínculos con la masa, los diferentes partidos operaban al margen de la acción y del movimiento proletario y campesino. En 1917 la separación podía haberse superado. Quizá en virtud de esta discordancia entre partidos y masas algunos han afirmado que la revolución de octubre era prematura. En nuestra opinión, ésta constituye una tentativa de unificación, más exactamente de coalescencia entre los partidos y las masas, con la cuestión –siempre en suspenso– de la lucha entre estos partidos portadores de diferentes visiones históricas y con el abandono, siempre presente-ausente, de la perspectiva del Salto del Modo de Producción Capitalista,

factor determinante del proceso revolucionario. El transcrecimiento socialista no es realizable más que sobre la base esta unificación.

Una de las medidas más controvertidas fue la proclamación del derecho de las naciones a disponer de ellas mismas, medida burguesa en verdad, pero necesaria para desorganizar el imperio de los zares y debilitar así el poder central. Por eso, ya en el programa de los miembros del partido de la *Narodnaja Volja* se dice:

> «3. Los pueblos anexionados por la fuerza al Estado ruso serán libres de abandonar la federación pan-rusa o de permanecer en ella.» (Citado por Venturi, *o. c.*, página 1110.)

Lo mismo habían afirmado también otras corrientes populistas anteriormente. Por otra parte, no hay que olvidar que Lenin no se oponía a que los miembros de los partidos proletarios de los países sujetos a dominación rusa sostuviesen la necesidad de mantenerse dentro del área rusa, sino todo lo contrario. Pero la debilidad consiste más bien en el hecho de no haber comprendido la importante mutación que se había operado con respecto al siglo XIX; en esta época, la Polonia reconstruida jugaba un papel revolucionario, pero en el siglo siguiente su reforma no podía ser más que una creación de la contrarevolución. Esto fue lo que intuyó ya R. Luxemburgo[19].

---

[19] Las posiciones de R. Luxemburgo han sido generalmente deformadas. Es verdad que ello es debido en parte a no haber aparecido sus obras completas. En lo referente al

En efecto, es insuficiente atribuir el fracaso de la revolución, en los países que se separaron de Rusia, a esta postura de los bolcheviques; más bien es debido a la debilidad de todo el movimiento internacional. En lo que concierne a los países de la periferia Sur, o sea, fundamentalmente Turquía, Irán, las Indias, etc., que también habían sido tocadas por la onda revolucionaria, fueron, naturalmente, bloqueados con mayor facilidad por el

---

problema de Polonia, su contribución es notable y no puede resumirse aquí. Un análisis serio de su posición hay que hacerlo partiendo de su tesis «Die industrielle Entwicklung Polens («Desarrollo industrial de Polonia»), en *Gesammelte Werke*, Dietz Verlag, t. 1, donde muestra el papel fundamental del capital polaco en la industrialización rusa, que tuvo como consecuencia la formación de una interdependencia entre Polonia y Rusia. La revolución de 1917 destruyó, evidentemente, este proceso. Sería interesante estudiar sus múltiples consecuencias, tanto sobre el desarrollo ulterior de la U.R.S.S. como sobre el de Polonia, y la sujeción de esta última actualmente al despotismo soviético.

A propósito de Polonia, se manifiesta claramente una cierta inconsecuencia en Marx y, sobre todo, en Engels. Este escribió a Marx el 23-5-1851 (MEW., t. 27, p. 266): «Mientras más reflexiono sobre la Historia, mejor comprendo que Polonia es una "nación ridícula" de la que podemos servirnos hasta que sea arrastrada a la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia no tendrá ya razón de ser.»

Y anteriormente había dicho: «Fuera de Hungría, Alemania no tendría más que un aliado posible, Rusia, a condición de que haya en este país una revolución campesina» (*Ibíd.*, p. 266).

Ahora bien: de 1860 a 1870 se desarrolla un fuerte movimiento revolucionario en Rusia y, no obstante, en 1863 Polonia es aplastada. Desde entonces tendría que haberse manifestado la perspectiva de R. Luxemburgo.

capitalismo mundial; es evidente que la U.R.S.S. los utilizó demasiado tarde a fin de disminuir la presión que se ejercía sobre ella, y de esta manera contribuyó a paralizar su desarrollo.

Sin embargo, Europa central y el conjunto de estos países constituyen los dos ejes en que revolución y contra-revolución se oponen aún, y son como dos líneas de falla de la sociedad capitalista contemporánea; no es una casualidad que sea a lo largo de estos dos ejes donde se encuentran los Estados más represivos del mundo. La contra-revolución tenía que bloquear el desarrollo provocando una balkanización tanto en Europa central (donde no estaba más que reestructurada en el fondo) como en la otra zona con los diversos países del Medio Oriente y, sobre todo, la división de las Indias en India, Pakistán, Bangla-Desh, Ceylán, además de los pequeños Estados himalayos. Sin embargo, la revolución no se desarrolla ahora allá arriba y el espectro de la revolución popular no ha sido totalmente conjurado, toda vez que en Ceylán el movimiento de 1971 ha manifestado una dimensión comunista.

Los bolcheviques no han conseguido reimponer la teoría comunista. Bordiga afirma lo contrario, aunque daba el nombre de marxismo a esta teoría. Ahora bien: no siendo el marxismo para nosotros más que el resultado de la ideologización de la teoría, es evidente que la proposición de Bordiga sería verdadera tomada a la letra, pero teniendo en cuenta lo que precede, mantenemos nuestra afirmación. En realidad, por lo que concierne al Estado, la revolución, el partido, el proceso de Modo de Producción Capitalista y el de las

sociedades humanas, etc., los bolcheviques han «restaurado», en el fondo, lo que les hacía falta para la lucha inmediata.

La debilidad del partido bolchevique se ve claramente en esta definición que da Lenin del comunismo (t. 31, páginas 305-06):

> «¿Qué es un comunista? Comunista es una palabra latina que quiere decir común. Sociedad comunista quiere decir sociedad donde todo se pone en común: la tierra, las fábricas, el trabajo de todos; he aquí lo que es el comunismo.»

En nuestra opinión, una restauración no se impone ya (aunque se quite a esta palabra todo lo que tiene de reaccionario), porque se trata de hacer más, de sobrepasar la obra de Marx y de todos aquellos que trabajan por la revolución comunista. Es el movimiento del capital el que nos lo impone. Ha sobrepasado sus límites, como había vislumbrado Marx; por eso no es cuestión, por ejemplo, de desplegar una actividad en orden a reestructurar la clase obrera y de unificarla, sino de actuar en el movimiento mismo de negación de las clases; por tanto, no se trata ya de imponer de nuevo la dialéctica, sino pensar en trascenderla.

Pero más importante que estudiar los errores y las debilidades de los bolcheviques –aunque eso tenga sus enseñanzas– es el análisis de lo que en definitiva se ha conseguido con esta revolución rusa y su difusión en el mundo. En primer lugar, dado el peso del fenómeno comunitario, es absolutamente insuficiente comparar la revolución rusa con las de 1789-1794 y la de 1848-1849 o incluso con la de 1871, como lo hace Lenin siguiendo

a Engels. Es evidente que se pueden encontrar algunos rasgos comunes, pero falta siempre la dimensión del salto del Modo de Producción Capitalista, en cuanto perspectiva y como posibilidad, que subyace en todo el proceso revolucionario ruso.

La revolución rusa ha sido útil al Modo de Producción Capitalista, siendo ésto aprovechado por la U.R.S.S., como sucedió, también en Rusia, en el siglo pasado:

> «Ahora bien: la diplomacia rusa, que había pasado ya por tantas revoluciones occidentales, no sólo sin tropiezo, sino incluso con provecho, podía muy bien saludar la revolución de 1848 como un acontecimiento inmensamente favorable.» (Engels: *La política exterior del zarismo.* En K. Marx-F. Engels: *Escritos sobre el zarismo y la Comuna rusa.* Cuadernos del I.S.E.A., julio de 1969, p. 1402.)

En los siglos XVIII y XIX Rusia había ayudado a Inglaterra a ser la primera potencia capitalista, y manteniendo el *statuquo* europeo, sobre todo después de 1848, facilitó la realización de la dominación formal del capital; en el siglo XX la U.R.S.S. se convierte en aliada de los EE.UU, contribuyendo a asegurar la supremacía de éstos sobre el globo, lo que simultáneamente facilita la realización del dominio real del capital sobre la sociedad[20]. Dos grandes revoluciones intentaron

---

[20] Varios autores, y entre ellos Marx y Tocqueville, han hecho estudios comparados de la evolución de Rusia y de los EE.UU. Los populistas se habían percatado de ciertas similitudes en el proceso de los dos países, los únicos en

momentáneamente poner en cuestión estas alianzas maléficas: la francesa y la china. Las dos veces el choque se superó, y actualmente puede constatarse que China está integrada a la comunidad del capital y que el dominio real de éste tiende a insertarse en la sociedad china.

En cada una de ellas, la revolución fue ahogada. La derrota se ha concretado en la destrucción del proletariado alemán, que Marx tanto había temido. Pero en lugar de que sea el zarismo el que lo efectúe, es el joven capitalismo soviético, contribuyendo de esa manera enormemente a la realización, a escala mundial, de la dominación real del capital sobre la sociedad.

El resultado final fue un rejuvenecimiento del capital, ya que fue él quien aprovechó las fuerzas jóvenes de la humanidad, es decir, de todos los países que no habían sido conmovidos por la expansión del valor de cambio. El capital ha resuelto, a su manera, la cuestión que Marx planteaba a Engels en una carta en 1858. Pero la irrupción de las masas humanas, apenas separadas de su comunidad o en trance de separarse, pesa enormemente en la marcha de la humanidad, de tal manera que resurge a cada paso el debate que enfrentó populistas y marxistas sobre cómo resolver los problemas planteados por la introducción del capital en estos países, tratando de evitar la vía occidental. Las cosas se precipitan, sin duda, y lo que hace veinte años aparecía así ha sido superado en gran parte porque el capital mismo ha aprendido las lecciones del

---

que se podía hacer algo nuevo, piensan ellos. Uno de los elementos comunes, entre los más notables, es el fenómeno de la frontera.

desarrollo de la «vía» occidental. Ya los japoneses, sin destruir las antiguas relaciones humanas, fueron capaces de insertar el modo de producción capitalista en una sociedad feudal no totalmente disuelta: sólo ahora se ha realizado esta disolución. Seguramente la constitución del proletariado en cuanto clase ha podido ser limitada, al no haberse roto aún con los antiguos presupuestos sociales. En China no es posible efectuar una acumulación primitiva según el modelo occidental, porque ante la inmensidad de la población, una expropiación de los campesinos provocaría un caos absoluto. Además, el capital utiliza el fenómeno comunitario para obstaculizar la autonomización de la clase obrera, como sucede en África del Sur, donde el proletariado negro, después de reencontrar a su comunidad –zona de reserva para el capital– tras algunos años pasados en las ciudades, es reabsorbido por ella (por la comunidad). En fin, en las zonas en que las condiciones climatológicas son difíciles, el capital no ha podido implantarse más que utilizando el fenómeno comunitario: de ahí los *kibboutsim* de Israel y también experiencias parecidas en Angola o en el Zaire en la época de la ocupación belga. En general, el capital que ha conseguido llegar a la fase de comunidad material no tiene necesidad de disolver totalmente las antiguas relaciones sociales para poder dominar; mucho más teniendo en cuenta que el disolverlas destruiría incluso su posibilidad de implantación, porque al tener necesidad de hombres se hace imprescindible el que éstos puedan sobrevivir; por eso, en ciertas zonas del globo el único comportamiento vital y viable es el comunitario.

Otra constatación que se puede hacer a propósito del proceso de Rusia, y que puede generalizarse a casi todos los países que han realizado su revolución capitalista a partir de 1917, es que el liberalismo y la democracia no pueden florecer en ellos; no caben otras formas más que las comunistas o el despotismo. Esto lo comprendieron muy bien algunos populistas. En estos países no puede haber más que una inflación del Estado, lo que puede alcanzar aspectos grotescos e innobles, como en ciertos Estados de África.

A este respecto, todavía podemos darnos cuenta de la equivocación teórica de Lenin y de los bolcheviques: su defensa de la democracia, su voluntad de instaurar una democracia proletaria. Todo el debate entre ellos y los social-demócratas (Kautsky y Bauer, sobre todo) es un constante tira y afloja. Estos últimos reprochaban los primeros el no ser demócratas, a lo que los bolcheviques respondían que ellos sí realizaban la democracia, pero no la democracia pura, sino la verdadera, la que concierne a la inmensa mayoría, etc... Ahora bien: en Rusia ese democracia era imposible, ya que es un país que por sus características histórico-sociales podría pasarse o engendrar el despotismo, lo que facilitaba la postura de los social-demócratas, dado que la dictadura del proletariado se convertía rápidamente en la del partido y, por tanto, en la del Estado. Por otra parte, para Occidente la defensa d ella democracia no podía consistir más que en la defensa del capital, pero esto los bolcheviques no podían afirmarlo ni teórica ni prácticamente, puesto que se habían atascado en la glorificación del parlamentarismo revolucionario. Tal vez sólo Bordiga adopta una postura revolucionaria:

rechazo total de la democracia («El principio democrático», 1921), pero dada su actitud de cara a la revolución rusa y de la I.C., su ruptura fue rápidamente reabsorbida. Los revolucionarios se manifestaron por debajo del nivel de su fuerza histórica. Si en 1848, como dice Marx, «la frase desbordaba el contenido», a partir de 1917, sobre todo en Occidente, la frase ocultaba la incapacidad de captar el contenido.

En resumen, puede decirse que desde 1848 a 1917 (y es preciso tener en cuenta las otras revoluciones, como la china, que se han llevado a cabo durante la fase de rejuvenecimiento al que hemos aludido), la revolución proletaria, que se ha producido en fase de dominio formal del capital sobre la sociedad, se ha manifestado fundamentalmente como una revolución clasista, porque el proletariado tenía que constituirse en clase dominante una vez conquistado el poder y destruido el Estado burgués. Y tenía que hacerlo no sólo para poder destruir los restos de clase adversa, sino porque tenía que generalizar su propia condición con el fin de acrecentar las fuerzas productivas, condición fundamental para pasar al comunismo. Vinculado a esta característica encontramos lo que podemos llamar el reformismo revolucionario de Marx: una vez conquistado el poder hay que proceder a las reformas del aparato económico y a dictar leyes que favorezcan a la clase proletaria, como, por ejemplo, disminución de la jornada de trabajo:

> «La condición esencial de este desarrollo (del socialismo, n. d. r.) es la reducción

de la jornada de trabajo.» (*El Capital*, lib. III, t. 8, p. 199.)

Esto condicionaba la existencia de fases postcapitalistas anteriores al comunismo integral. Además, siendo así que es necesario un cierto desarrollo de las fuerzas productivas, por tanto, un proletariado bastante numeroso, será preciso aplicar una táctica indirecta: luchar contra los enemigos del capital o bien presionarle, por medio del Estado, con el fin de obtener una mejora de su situación, aunque también de obligar al capital a expansionarse (cf. *El Capital*, lib. I, cap. X: «La jornada de trabajo»). Escribiendo Marx, entre otras cosas, una fenomenología del capital, ha producido para sus defensores una teoría del desarrollo. Evidentemente, él trataba de comprender el desarrollo del capital, no sólo para describir cómo se produciría su destrucción (el estudio hecho por Marx, decía Bordiga, que era una necrología), sino también a fin de poder –sobre todo en los países donde el Modo de Producción Capitalista estaba poco desarrollado o no se había llegado a instaurar– proceder de tal manera que no le fuese posible al valor de cambio desarrollarse y engendrar el capital. Desde que la revolución de 1848 no había sido capaz de abatir la vieja sociedad, era preciso explicarse la sociedad capitalista para comprender cómo podría la revolución lanzarse al asalto de aquélla. También hacía falta pulverizar las diferentes utopías que escamoteaban el proceso real, como la de Proudhon, ¡Cuando quería instaurar el crédito gratuito!

Los hombres que tienen la suerte de vivir en el momento en que surge una nueva forma social o en el momento en que una forma so-

cial tiene que dejar sitio a otra (los dos momentos coinciden siempre) pueden ser revolucionarios, mientras que a los que les toca vivir durante el período en que el nuevo modo de producción tiene que agotar su contenido son con frecuencia fácilmente integrados. Marx y Engels conocieron el gran fallo de 1848, pero también tuvieron que soportar, sobre todo a partir de 1871, la fase de expansión del capital. En el transcurso de éste manifestaron ellos su reformismo revolucionario; no en balde *El Capital* describe el movimiento del Modo de Producción Capitalista y sus crisis, y muestra cómo el proletariado puede luchar contra él, «la serpiente de sus tormentos», y sobre todo describe el comunismo, tal y como podía implantarse, sobre la base de la dominación formal del capital sobre la sociedad. Es evidente que su postura era difícil; no retirarse cuando el movimiento revolucionario era ya inoperante y evitar el dejarse absorber por la infame honestidad de la sociedad burguesa. La utilización de la política y de la democracia entrañaban un grave peligro de integración, mucho más pernicioso por el hecho de que se ocultaba bajo la tapadera de una lucha. En efecto Marx, y sobre todo Engels, fueron recuperados por la democracia. Gracias a ello pudo crearse el marxismo y pudo florecer el revisionismo, etc... Por eso nosotros, que hemos tenido la suerte de vivir en un fase en que el contenido dominante está agotado, que podemos, sin ningún mérito especial, tener una postura realmente revolucionaria y radical de nuestra pasión revolucionaria, sentimos muy cerca las «obras de juventud» de Marx, porque trascienden el capital y no se comprometen con su proceso de

mediación, que han sufrido generaciones enteras de proletarios.

Dicho de otra manera: los revolucionarios del siglo pasado tenían que hundirse en su propio negativo, no sólo con el pensamiento, sino con la vida; es decir, tenían que cooperar en la potenciación del capital, sin dejar de pensar en una salida de este proceso negativo; pero, como decía Hegel, dentro de un tal abandono se corre el peligro de perderse (extrañeización total). Eso es, por otro lado, lo que ha pasado al movimiento obrero en su conjunto; lo que ha sido muy bien teorizado por Bernstein: el movimiento lo es todo, la meta no es nada. Absorbido por el capital, que tenía que haber negado, no era capaz de ver el desarrollo de la humanidad más que a través del desarrollo infinito (el nefasto, es decir, el indefinido) de las fuerzas productivas, un desarrollo del capital en realidad. La dicotomía, programa mínimo, programa máximo, es otra expresión del momento histórico, y la segunda se convierte en seguida a una especie de hoja de parra revolucionaria arrastrada inevitablemente a la más mínima borrasca social.

Sin embargo, para mejor situar la revolución de 1917 es necesario tener en cuenta que, en definitiva, es una revolución en el seno de la contra-revolución. Es decir, que a escala mundial no ha habido, a pesar de las corrientes de izquierda, ruptura revolucionaria; ésta exigía el rechazo definitivo de la democracia. La revolución rusa no pudo, por otra parte, mantenerse al nivel del transcrecimiento, es decir, acortar la fase capitalista, y, en ciertos sectores de la vida social, saltarla; por eso se hizo compatible con el imperio de la contra-revolución (el desarrollo del capi-

tal, porque nosotros razonamos en función del comunismo). Lo mismo pasará con la revolución china y las revoluciones anticoloniales. Sin embargo, si estas revoluciones han reforzado de manera inmediata la contra-revolución, por otra parte acaban con ella, porque gracias a ellas la contra-revolución llega hasta el fin, agotando el potencial revolucionario de 1848. Tal es el fundamento del escamoteo del fenómeno revolucionario ruso que algunos hacen.

Esto manifiesta con evidencia el carácter parcial de la contribución de Bordiga, que defendió la teoría de una resistencia al capital, pero cuya «restauración» del marxismo por medio de una vuelta a las posiciones de los bolcheviques (hasta el segundo Congreso de la I.C. inclusive) mantenía el movimiento en la esfera de la contra-revolución, sin llegar a romperla, a pesar de hacer observaciones notables sobre el movimiento futuro. Esta afirmación de una resistencia posible al capital no puede entenderse sin tener en cuenta las dos afirmaciones de Bordiga: 1) el marxismo es una anticipación teórica (cf. *La conquista histórica del marxismo*); 2) el marxismo es también una teoría de la contra-revolución (en esto se aparta claramente de Korsch). Ahora que la fase de contra-revolución ha terminado desde la emergencia de la revolución (1968), el comportamiento teórico de Bordiga ha sido superado.

La teoría de la dictadura del proletariado, que hunde sus raíces en los jacobinos de la Revolución francesa y en Babeuf, fue recogida por Buonarroti y, con algunas diferencias, por Flora Tristan, S. Born y algunos cartistas, se desarrolló en Blanqui y sus discípulos (Tkat-

chov, por ejemplo), se da en Marx de forma clara y precisa, determinante, como dirá Lenin (Berstein reprochó a Marx, con virulencia, el haber sido capaz de deshacerse de su blanquismo), y adquiere hegemonía en Lenin y en los bolcheviques y se remata en Bordiga. Ella exigía que la intervención despótica del proletariado en el desarrollo del proceso económico podría acelerar el paso al comunismo. Era la exaltación de la acción política, que debía acortar las fases de expansión del capital. No puede escamotearse un modo de producción una vez que se ha instaurado... El ciclo, pues, comenzado en 1848 ha terminado ahora.

El debate que se establece desde entonces entre defensores de una revolución clasista y defensores de una revolución que podíamos llamar comunitaria (el populismo nace en 1848) terminó con el fracaso de ambos y el triunfo de la clase capitalista, del capital, que no puede asegurarse su victoria más que a través de la farsa del proletariado como clase dominante.

La revolución comunista se ha desarrollado hasta ahora sobre la base de la dominación formal del capital sobre la sociedad o, cuando más, sobre la base del período de tránsito de este dominio al real. Es necesario precisar los caracteres de la revolución futura, aunque sólo sea como homenaje a Bordiga, que terminó su estudio sobre Rusia precisando el momento de su advenimiento para 1975. En primer lugar, la revolución futura, no lejana, está condicionada por el hecho siguiente: el capital a escala mundial tiende a negar a las clases. Lo que efectúa mediante la generalización del asalariado, envileciendo a todos los hombres hasta el punto de convertirlos en

funcionarios-asalariados para él; de esta manera produce una clase universal (por su nombre y, potencialmente, por sus metas a conseguir). No hay que reestructurar de una forma precisa y clara las antiguas clases, sino impulsar hasta el fin el movimiento de negación destruyendo el engaño. Así es como se ha podido representar momentáneamente el fenómeno que fue, por así decirlo, paralizado en una de sus fases, mientras que no se tenía en cuenta la tendencia del Estado –en todas las sociedades de clase– a convertirse en la sociedad. Ahora bien: con el Modo de Producción Capitalista el Estado realiza esta tendencia, y la interiorización del dominio del capital por los hombres hace que cada uno se convierta en policía del otro. Además, no hay ruptura absoluta y hoy menos que nunca entre lo que es capitalista y lo que sería su negación; primero, históricamente, el proletario; después lo que podía llamarse el Hombre. En realidad, la dualidad está en cada ser, de manera más o menos clara y aguda, incluso en aquellos que se revuelven contra la dominación del capital; y lo que ha hecho decir a algunos que la lucha de clase se producía a nivel mismo del individuo. No se trataba de una lucha de clase, sino de una lucha de los hombres y de las mujeres contra el capital dueño de la humanidad, a la que éste ha jerarquizado en función de su proceso de valoración total. El Estado es como su encarnación social, que mantiene al conjunto de los hombres bajo su yugo mediante una presión externa, es decir, mediante una coacción ejercida por un cuerpo separado (policía, ejército; elementos de represión que se encuentran en cada unidad productiva –y todo es

producción para el capital–) y por una presión interna: aceptación cada vez más íntima de las representaciones del capital.

Solamente la humanidad puede levantarse contra la opresión del capital (aunque la contradicción esté en que es él quien ha favorecido su producción). Sin embargo, no puede haber choque con el capital más que si esta humanidad se revoluciona. Y esto no sucede mediante un frente único entre todos los componentes de la humanidad actual (lo que se ha llamado el proletariado más las clases medias, etc.), porque eso sería anclar al conjunto de los revolucionarios al nivel de las luchas de clase del pasado. Los hombres actuales deben trascender las viejas representaciones y no censarse a sí mismos a través de un esquema clasista, sino reconocerse en su común situación: esclavos del capital, y, a partir de ahí, descubrir el lugar y el momento de su liberación. La unificación de la humanidad no puede tampoco realizarse únicamente a través de una lucha entre dos elementos: los hombres, de un lado (antes se decía los proletarios), y el Estado capitalista (la clase dominante, se decía anteriormente), por otro; sino que debe también realizarse en el interior de cada uno de nosotros; porque todos, en grado diverso, eso sí, hemos sido capitalizados. Si la lucha pierde su maniqueísmo y su milenarismo, sigue siendo tan necesaria como siempre, e incluso se hace más dura y más virulenta. La revolución no es posible más que si se hacen revolucionarios. Ser revolucionario en nuestros días es tender a plantearse en cuanto hombre, no el pasado, sino lo que existe como posibilidad en la misma sociedad. En el momento actual esta sociedad está sometida al polo capitalis-

ta; el polo comunista es demasiado débil para que se pueda dividir esta sociedad solamente en dos campos opuestos; pero desde el momento en que el movimiento de autonomización de los hombres de cara al capital, por tanto de cara al Estado (considerado en todas sus determinaciones), tome amplitud, la sociedad tenderá a polarizarse también en torno al comunismo hasta que la tensión sea demasiado fuerte y la revolución –como fase eruptiva– estalle. Esta no tendrá ya por meta inmediata la edificación de un Estado, ni siquiera transitorio; ya no habrá –no podrá haber- dictadura del proletariado, puesto que éste está disuelto en el conjunto social, y, en todo caso, no podría triunfar más que negándose. La meta es la formación de una nueva comunidad. En abril del 17 Lenin quería realizar un Estado que no fuese Estado, el Estado-Comuna; actualmente la situación está madura para erigir de entrada una comunidad que sea capaz de imponer su dictadura con el fin de extirpar el capital y sus presupuestos.

Por eso, si el proletariado tenía en Rusia, como decía Bordiga en 1953 (Kibaltchitch lo afirmaba en 1881), una tarea romántica que realizar, y si en 1968 precisamos que «el proletariado no tiene que realizar tarea romántica alguna, sino su obra humana», es preciso indicar cómo debe realizarse. Es evidente que esto desborda el cuadro de la investigación de la revolución rusa, pero es necesario para concluir que en la inmensa Rusia, la U.R.S.S. actual, la única solución era y es el comunismo, porque al contrario de Occidente, donde después del feudalismo la sociedad ha podido gozar de una situación favorable, si no

en su totalidad al menos en una gran parte, en Rusia, en cambio, se pasó directamente de un despotismo a otro (imposibilidad de liberalismo y de democracia). La lucha de los rusos fue una lucha por recuperar las comunidades, y lo que era ya vago recuerdo en Occidente, entre ellos era aún realidad tangible. El proyecto de los populistas y el de Marx ha fracasado y el Modo de Producción Capitalista ha sido impuesto a este país. Sin embargo, nosotros estamos convencidos firmemente de que el proyecto se manifestará de otra manera; todas las energías no pueden dedicarse a salvar algo del pasado, sino a crear el porvenir. Y ahí Occidente y la U.R.S.S se tienen que encontrar inevitablemente.

La gran ola revolucionaria que culmina en París y en México en 1968 parece haber dispensado a la U.R.S.S.: sólo los países tapones se estremecieron seriamente. Sin embargo, la persistencia del choque es tal que en 1970 se da la insurrección de Polonia, lo que indica que el viejo frente de lucha entre revolución comunista y capital refleja una gran movilidad. Asimismo, los países asiáticos, situados todos en la línea de falla, bien en el mismo borde o algo más alejados, no han sido aún domesticados. Lo que indica que a escala mundial debemos considerar dos series de contradicciones: las que provienen del Modo de Producción Capitalista en su más alto nivel de desarrollo y las que dimanan de su imposibilidad de realizar su dominación en las áreas en que el hecho comunitario fue muy pujante.

Para caracterizar la revolución futura es necesario precisar aún cómo se presenta el dominio del capital actualmente, sobre todo en Occidente.

El proceso de antropomorfosis del capital se ha realizado, mientras que el de capitalización de los hombres está en plena expansión; el capital ha integrado en su proceso de desarrollo la utilidad (marginalismo y neomarginalismo), por lo que puede prever el comportamiento de los hombres, ya que éstos están totalmente sometidos a las leyes del capital, mucho más cuando ese dominio se realiza en nombre del trabajador productivo (Keynes y la teoría del pleno empleo) y fabrica la farsa del proletariado como clase dominante. De esta manera se llevó a cabo el programa de 1848 (o sea, totalmente al margen del comunismo).

El capital ha pervertido toda la revolución; todas la reivindicaciones fueron reanudadas y desnaturalizadas; el movimiento comunitario en la U.R.S.S., el utópico de los EE.UU. y de Israel (no ha de olvidarse que este país no ha podido nacer más que después de la derrota del proletariado: el judío emancipado en cuanto judío y no en cuanto hombre, destrucción del proyecto comunitario de Bund, destrucción después del de Borochov, aunque estos dos proyectos fueran menos radicales que el de 1848), e incluso la abolición del trabajo es una utopía del capital, porque sería convertir al hombre en un ser superfluo, el arrebatarle su actividad; asimismo, la voluntad de crear nuevas relaciones hombre-mujer se ha convertido en emancipación sexual y, como ha pasado siempre en la sociedad burguesa-capitalista, no se ha realizado la emancipación del hombre (de la mujer) en cuanto hombre (en cuanto mujer), sino en cuanto sexo, lo que ha permitido comercializar la vida afectiva y sexual humana.

Pero el capital no se contenta con haber restablecido y absorbido todo el pasado de los hombres, llegando a ser su inconsciente mercancía disputada entre los diversos mercaderes psicoanalíticos, sino que pretende colonizar el futuro de la especie, arrancándole la posibilidad de una marcha totalmente distinta y encasillándolo rígidamente en una vida cotidiana programada en su totalidad, encaminándose tenazmente hacia una dominación absoluta sobre los hombres.

Los movimientos revolucionarios permanecen hundidos en el pasado (la palabra revolucionario es, sin duda, una concesión estilística en estos momentos) y en el rejuvenecimiento del capital (triunfo del tercermundismo), sin que lleguen a dar el salto, a reconocer y aceptar la discontinuidad, tanto pesa el pasado como una pesadilla sobre el cerebro de los vivientes, y puede verse actualmente en acción la historia pendular: crecimiento de movimientos revolucionarios, represión, marasmo de esos movimientos; durante este tiempo, esplendor del capital, al menos del de los EE.UU.; después de nuevo subida, etc. Tanto la U.R.S.S. como EE.UU. tratan de aprovechar estas oscilaciones –como puede verse en América Latina–, pero el movimiento que intenta oponerse al orden existente choca contra un muro, retorna a su punto de partida y vuelve a lanzarse contra el muro obsesionante... Es el callejón sin salida generalizado. En algunos casos es aún peor, la masacre pura y simple: la de los palestinos, por ejemplo, a la que han contribuido directa o indirectamente los países árabes, Israel y la «izquierda» internacional, que se ilusionó con sus fuerzas e ilusionó a los palestinos con la suya, ¡la «izquierda» que esta-

ba a la caza de su acontecimiento revolucionario, de su nuevo Vietnam!

El movimiento revolucionario actual no tiene que luchar contra las perversiones ni eliminar mercaderes de un templo por reconquistar. Todo lo que se ha pervertido era lo que podía ser realizado sin revolución radical. Lo que hay que hacer es trabajar de cara a ésta. Llegados a ese punto, se encuentra frecuentemente la siguiente objeción: el capital puede recuperarlo todo. Pero precisamente lo característico de toda formación social que luche contra su eliminación es intentar sobrevivir integrando, por así decirlo, la forma social antagónica, con lo cual se convierte en una forma llena de un contenido que le es totalmente extraño, de manera que al primer choque se le caen las escamas y deja estremecerse, en un movimiento impetuoso, la nueva forma social. El capital ha llegado a tal punto en el terreno de la revolución que algunos –aunque esta última no se ha manifestado aún efectivamente– hablan ya de una nueva contra-revolución capaz de realizar la despolución, la regulación, demográfica, etc. Cuando hay revolución, hay efectivamente revolucionarios; nadie defiende al mundo antiguo; sólo cuando el movimiento se debilita es cuando la contra-revolución se organiza. Pero no basta perder el miedo a la recuperación, es preciso también estar en condiciones de vivir en función de la discontinuidad, porque la revolución futura presenta, en comparación a todas las que han precedido, una discontinuidad total.

Lo que hemos expuesto anteriormente es una explicación, no exhaustiva de la discontinuidad, en cuanto ruptura con el pasado,

aunque no la indique en cuanto momento actual y futuro. Ahora bien: ésta se ha manifestado claramente en el curso de una breve fase, mayo-junio del 68, que fue precedida de un período en el que ya era posible intuirla, y seguida de algunos movimientos que la confirman (Polonia en el 70 y Ceylán en el 71, por ejemplo). Todo el aparato ideológico se esfuerza evidentemente en ocultar esta discontinuidad (para lo cual no sirve la recuperación, y cualquier ministro hablará de cambiar la vida; ¡Imaginación del poder!); todos los chantajes políticos la niegan, porque sería reconocer su muerte. Algunos que se despertaron revolucionarios en mayo del 68 descubren ahora que mayo fue un movimiento reformista. Esta discontinuidad es profunda, porque toca la raíz del hombre mismo. Mayo proclamó la liberación del gesto, de la palabra, de la imaginación. Los dos primeros elementos han sido ya acaparados por el capital en el curso de su proceso antropomórfico y ahora intenta arrebatarnos el tercero. Ahora bien: por la imaginación y por la utilización de la parte frontal de su cerebro (neo-córtex) podrán los hombres llegar a ser creadores y realizar de alguna manera el viejo sueño de la humanidad, llegar a ser dioses. Mayo ha exigido también la liberación del individuo. También en ello se trata de un proceso cuyas raíces se hunden en toda la evolución de los seres vivos. Sólo en el caso del hombre, el individuo puede emanciparse sin ser esclavo de la especie. En los dos casos, la revolución biológica necesaria no puede cumplirse sin la revolución comunista total. Por eso el ciclo que comienza por la disolución del comunismo primitivo (primera forma de realización de la humanidad) se terminará al terminar la

prehistoria humana. Lo mismo que se acabará otro ciclo (arco histórico) de una amplitud increíblemente más grande, que comienza con la aparición de los vertebrados: desde la liberación de la parte anterior –miembros anteriores y rostro–, liberación de éste de los actos de prensión y compensación de esta pérdida en los Antropoides, al surgir la palabra, etc., hasta el desarrollo del substrato biológico de la imaginación[21].

No hacemos evidentemente más que señalar la importancia de esta dimensión biológica, porque exponerla sería demasiado largo, aunque es preciso al menos prevenir una objeción. No porque se hable de revolución biológica, ésta ha de ser conducida por científicos, ni que haya que esperar, para que se produzca, que todo el mundo haya adquirido los conocimientos requeridos. Queremos señalar, más bien, todo lo contrario: el hecho de que científicos y técnicos de diversas especialidades lleguen a plantearse el problema de una conmoción social y la deseen, obliga a no dar como solución una receta montada sobre las bases de su especialidad, y muestra que la capa social más próxima al proceso global

---

[21] Cf. Leroi-Gourhan, que en su magnífico libro *El gesto y la palabra* expone el fenómeno de la exteriorización del gesto y de la palabra, y cómo la técnica exudada del hombre se convierte en su enemiga; lo que se exterioriza se convierte en opresor. Reemplazando técnica por capital y demostrando a partir de qué momento esta sustitución es necesaria, es posible comprender el choque actual entre las exigencias biológicas humanas y las coacciones del capital. Volveremos sobre todo esto en un estudio ulterior. Señalamos que sobre el mismo tema aparecerá un panfleto en italiano, que se traducirá después al francés: *Apocalipsis y revolución*, de G. Cesarano y G. Collu.

de producción del capital (el capital no puede vivir sin la ciencia) es impulsada a separarse de la *Gemeinwesen* establecida (como dice Marx); lo que indica que existe un movimiento revolucionario funcionando. No son los sabios en cuanto sabios los que podrán dirigirla, porque ellos razonan aún con los presupuestos de esta *Gemeinwesen*. Como siempre, será el conjunto de los hombres, los más ignorantes a los ojos de la ciencia, los que serán capaces con su acción de destruir el Modo de Producción Capitalista. El movimiento de mayo lo ha demostrado también: no fueron los sabios los que mostraron por las calles, ni escribieron en sus muros, las consignas de la liberación.

Mayo del 68 y el movimiento que le precede, sobre todo en EE.UU., ha puesto en evidencia otra dimensión biológica, la necesidad de reconciliar al hombre con la Naturaleza. Por otra parte, exaltando la acción, rechazando las diversas ideologías y refutando incluso la teoría, el movimiento, en su deseo de afirmar la vida, ha manifestado otra exigencia: la civilización occidental desde su origen ha transformado toda vida en conocimiento, y es preciso transformar todo conocimiento en vida (como lo había intuido Nietzche). La sociedad del capital es la reina de la muerta, y no sería difícil mostrar que el capital, en cuanto forma autonomizada y cosificada (*Sachliche*), ¡No es más que saber absoluto!

Hay que abolir el antiguo proceso cognoscitivo, que implica que para conocer hace falta antes destruir, matar. Para eso es preciso que el hombre individual se reconcilie consigo mismo, por la reconciliación del cerebro con los sentidos, y se reconcilie en cuanto especie, y se reconcilie en cuanto especie. La revo-

lución futura incluirá las exigencias de las precedentes; la teoría comunista, que brota con el nacimiento del proletariado en la historia, no hay, pues, que rechazarla; al contrario, encuentra hoy día sus más señaladas verificaciones, pero no puede efectuarlas más que a través de una revolución radical –como Marx lo había afirmado desde 1843–: transformar la sociedad y a los hombres.

La revolución no resolverá solamente el problema engendrado por el Modo de Producción Capitalista, sino todos aquellos que en el transcurso del desarrollo de las sociedades humanas habían sido puestos entre paréntesis (por ejemplo, el retorno a un cierto paganismo, la rebelión del cuerpo contra el espíritu; cf. N. Brown: *La vida contra la muerte*). En la U.R.S.S., la comunidad buscada con tanta ansia desde la mitad del siglo pasado ha sido escamoteada tras la revolución de 1917; pero se impondrá de nuevo como exigencia irreprimible y como solución positiva al devenir humano, alcanzando así el movimiento de Occidente, y, partiendo de datos histórico-sociales diferentes, al del resto del mundo. La inmensa comunidad de los hombres y de las mujeres no aniquilará, sino que integrará, en su propio proceso, todas las diferencias humanas.

NOTA: Para redactar este trabajo hemos recurrido frecuentemente al estudio de P. P. Poggio *Marx y Engels con respecto a Rusia: un caso «atípico» de transición al capitalismo*.

Este texto, escrito originalmente por el autor como ensayo introductorio al análisis de Bordiga, sobre la estructura económica y social de la Rusia de hoy; descubre la necesidad de sobrepasar la crítica clásica del significado de la Revolución Rusa. J. Camatte participó, desde su juventud, en el Partido Comunista Internacional primero en Marsella y luego en París, de cuyas filas sale en 1966. Hacia 1968 inicia la publicación de la revista "Invariance" que afronta los problemas de la teoría revolucionaria en una perspectiva de superación de las ortodoxias oficiales o no.

"Comunidad y Comunismo en Rusia" es un trabajo rigurosamente crítico que trata de plantear el tema de la comunidad en el ámbito de la historia de la lucha de clases, de la revolución y de la transición.

La reinserción del problema de la descomposición y recomposición de la comunidad en la lectura histórica de las luchas de clases y de las tentativas revolucionarias de transición, vuelve a dar una más completa dignidad a la instancia fundamental del movimiento obrero y campesino.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL …….. 7

BORDIGA Y LA REVOLUCIÓN RUSA:
RUSIA Y LA NECESIDAD DEL COMUNISMO

I …… 16
II …… 43
III ……... 77
IV …….. 120

Publicado originalmente en Invariance nro.4 (1974) se trata de una serie de artículos sobre la revolución rusa pero no de una cronología o historización de los sucesos. Sino sobre las pocisiones de Amadeo Bordiga en cuanto a la cuestión rusa, la cuestión de la comunidad en Rusia (mir y posibilidades de revolución), campesinos, subsunción, partido, soviets y la correspondencia entre Karl Marx y Vera Zasulich sobre las posibilidades de la revolución en Rusia sin atravesar un período de transición capitalista.

"El capital sin clase capitalista es lo único que puede realizar el Modo de Producción Capitalista, como lo afirman Ricardo, Marx y Bordiga. En occidente no es posible eso hasta que el capital se ha constituido en comunidad material y ha derruido los viejos presupuestos estatales. En la U.R.S.S. ha sido la restauración del despotismo, el medio, por así decirlo, para escamotear a la clase capitalista (en el área asiática la tendencia es idéntica), de forma que no domine según su propio ser; pero la intervención cada vez mayor del capital mundial, a través sobre todo de los EE.UU., tenderá a realizar una adecuación más rigurosa entre él (el capital) y el poder de dominación sobre la sociedad."